



# LAS 7 CUMBRES KARLA WHEELOCK

Alcanza la cima de tu propia montaña

**AGUILAR**

# LAS SIETE CUMBRES

ALCANZA LA CIMA  
DE TU PROPIA MONTAÑA

KARLA WHEELOCK

**AGUILAR**



*A Valeria y a María Regina, mis nuevas montañas  
en la vida, quienes con su paciente espera me dieron  
la fuerza para concluir este gran proyecto.*

*A mi madre, quien a pesar de que nunca subió  
una montaña, me enseñó a escalar con su ejemplo,  
fortaleza y cuidado en los pequeños detalles.*

## Agradecimientos

A Dios, por permitirme ver su grandeza desde la cima de cada continente, y también por ubicarme en mi pequeñez.

A mis hermanos.

A Rosa, que con sus oraciones siempre me acompañó.

A mis maestros en la montaña, a mis compañeros de cordada, y a todos aquellos de quienes recibí aprendizajes y enseñanzas de vida.

A mis patrocinadores, que confiaron y creyeron en mí, y que más allá del estímulo, se volvieron parte de mi equipo y grandes amigos, en especial a Alejandro Martí, quien fue mi primer gran patrocinador.

A Heber Orona, quien me recibió con abrazos afectuosos en las cima del Aconcagua y del Everest, por su amistad y ejemplo.

A Mark Woodward y Peter O' Connor, que me enseñaron lo que es el trabajo en equipo.

A Don Javier Lopez del Bosque, que confió en mí.

A Don Armando Castilla, quien me apoyo en mis inicios.

A Cristóbal Thompson, patrocinador, amigo y mentor.

Al Club Alpino Mexicano y a José María Aguayo en especial, por su apoyo durante todo este proyecto.

A Miguel Ángel Onofrietti, quien me apoyó en el proyecto de 7 Cumbres

A Esperanza Platas y a su familia, quienes fueron parte de mi familia en el cierre del proyecto.

A mis amigos y amigas que, aunque muchas veces no entendían el para qué, me apoyaron siempre.

A Ada Huerta, quien se quedó con mis hijas y me ofreció su apoyo incondicional.

A todos aquellos reporteros que estuvieron conmigo durante años subiendo y bajando montañas, compartiendo éxitos y fríos terribles, en especial a Adrian Basilio, Arturo Xicotencatl, Daniel Contreras y Beatriz Vázquez, entre muchos otros, de medios impresos, revistas y trabajadores de la televisión, que me permitieron compartir la cima con miles de personas.

A Arturo Villanueva y a Ramón, quienes me han hecho parte del equipo y me han permitido compartir mi experiencia con miles de personas

A Malu, quien es mi cordada y equipo en la oficina. Gracias por ayudarme en todas mis otras montañas.



## PASOS INICIALES

*Seamos lo suficientemente buenos  
para hacer lo que estamos  
llamados a hacer.*

HENRI NOUWEN

Los primeros pasos siempre son recordados por nuestros padres, pues es así, con sólo unos pasitos, que emprendemos nuestro camino por la vida; siendo niños comenzamos el recorrido de nuestras vidas, la imaginación es nuestra aliada y nos permite viajar a lugares lejanos; ahí podemos ser todo lo que deseamos. Soñar es parte de nuestra esencia, las posibilidades son infinitas, tenemos toda la energía y el valor para lograr lo soñado; no hay límites y todo podrá hacerse realidad; estamos conscientes de que podemos llegar a la cima de nuestra montaña personal.

Conforme pasan los años, la familia, los amigos y la sociedad misma nos van dictando las reglas del juego, en las que las concepciones de éxito, conocimiento y logro son las que la sociedad ha determinado. Por tanto, se nos indica qué es lo que debemos hacer para “lograr ser alguien importante”, y en el trayecto, muchas veces se pierden de vista los sueños y se dejan de lado los planes que parecían tan claros y definidos.

Es entonces cuando aquellas metas parecen tan lejanas y empiezan las dudas: “Quizás es imposible lograrlo”, “mejor hago lo que debo hacer, aun cuando el camino sea un sendero incierto”. Otros ubican el cenit de su montaña, pero mientras avanzan se presentan obstáculos y estos inconvenientes los alejan de sus proyectos. Algunos más siempre luchan, tienen claros sus objetivos, pero son vituperados por los demás, tachados de inocentes o de tener sueños absurdos, o son llamados locos, como me dijeron a mí muchas veces.

En la vida, así como en la montaña, cuando iniciamos el camino hacia la cima elegida, los primeros pasos determinan los últimos; el entusiasmo y la convicción del inicio marcarán el ascenso, las jornadas exhaustivas y, la meta, aún lejana, parecerá imposible de alcanzar. Podría parecer que los esfuerzos son inútiles y entonces aparece la constante pregunta de los que nos rodean: ¿Para qué?

¿Quién no se ha encontrado en la disyuntiva de abandonar sus sueños y cambiar de horizontes, pues piensa que el objetivo que se ha propuesto es imposible de lograr? ¿Cuántas veces decaemos y desaparece la esperanza de alcanzar esa cumbre que es nuestra meta personal? ¿Quién no se ha enfrentado al abandono, la burla, la pérdida, mientras escala hacia sus objetivos? ¿En cuántas ocasiones hemos perdido la fe? ¿Cuántas veces hemos pensado que somos los únicos que no encuentran la manera de ascender y llegar a la cima de sus anhelos?

*Las 7 cumbres* es un libro que tiene como objetivo expresar cómo fue que logré el ascenso a la cima mas alta de cada continente, cómo fue que una persona normal como tú, en un momento determinado, encontró su meta personal: *el alpinismo*; y gracias a ello ubicó sus limitaciones y alcances, descubrió sus capacidades, corrió riesgos, tuvo pérdidas, sufrió censuras, pero nunca perdió la fe.

Quiero compartir contigo los aprendizajes increíbles que he experimentado durante todo este recorrido, los grandes maestros que tuve y que hoy me permiten conocerme más a fondo, pues en el autoconocimiento está el verdadero ascenso.

Espero que esta aventura te permita encontrar tu camino, saber qué herramientas tienes, las condiciones en las que se encuentran, e interpretar tus capacidades. Deseo que estas líneas te motiven para darte la oportunidad de explorar, de enfrentar las situaciones adversas, averiguar las respuestas a tus propias preguntas cotidianas, para que así puedas alcanzar tu meta principal: tu cumbre personal.

### **Palabras clave**

**Asertividad.** La montaña me enseñó que para llegar a su base y emprender el ascenso, debía ser asertiva a la hora de presentarme con las empresas que serían mis patrocinadores, estar consciente de mis expresiones, ser directa, clara y comunicar mis sentimientos de manera contundente, sin olvidar que tenemos que partir de la autoconfianza.

# PRIMERA MONTAÑA

## ROMPIENDO PARADIGMAS: EL ACONCAGUA

*A nadie le faltan fuerzas;  
lo que a muchísimos les falta es voluntad.*

VÍCTOR HUGO

### **Ficha técnica**

Continente: América (en Sudamérica)

País: Argentina

Cadena: Andes

Altura: 6962 metros

Rutas principales: Ruta Normal, Ruta Glaciar de los polacos, y Ruta Pared Sur

Autor del primer ascenso: Matthias Zurbriggen

Fecha del primer ascenso: 14 de enero de 1897

Otros nombres: Existe una discusión sobre el origen de su nombre. Es posible que provenga del mapudungun, Aconca-Hue, o del quechua, Ackon Cahuak (“centinela de piedra”)

**E**l Aconcagua fue mi primer gran reto en el extranjero. En esta primera expedición internacional, la montaña me dio lecciones de vida importantísimas. Entre otras cosas, aprendí que el dinero no es impedimento para lograr un sueño. Con el ascenso a esta montaña rompí mis propios paradigmas, como leerás a continuación.

Ninguna decisión que he tomado en mi vida ha sido concebida a la ligera. Soy una mujer comprometida con lo que hago, y actúo con completa responsabilidad y entrega. Desde niña siempre amé la naturaleza: ver los atardeceres, el cielo estrellado y las montañas; para ello, era necesario estar en un lugar alto, de manera que las casas de mi ciudad no me impidieran ver el panorama. Por eso disfrutaba subir a los árboles y trepar lo más alto que pudiera. Recuerdo que mis padres nos llevaban, a mis hermanos y a mí, a una montaña situada en los alrededores de la ciudad donde crecí: Saltillo. Las montañas

ejercían en mí una gran fascinación. De pequeña, mientras mis amigas decoraban sus cuadernos con muñecas o dibujos de animalitos, yo pegaba postales de montañas nevadas en las portadas de mis libros. Debido a mi inquietud, a los seis años entré a un grupo de *scouts* como “hadita”. Los *scouts* te marcan para toda la vida: cada actividad en el grupo y mi amor a la naturaleza, sin duda, sentaron las bases de mi personalidad.

Mi preparación como alpinista comenzó años más tarde. Cuando viví en Puebla, cierta vez subí a la azotea y visualicé lo hermoso del Popocatepetl; lo vi por horas, no me cansaba. Su belleza y altura me conquistó. Cuando escuchaba historias de alguien que lo había subido era como si me contaran sobre un astronauta que viajaba a la Luna o una aventura insólita. Así que la primera gran montaña que escalé fue el Popo (5452 metros sobre el nivel del mar). En esa ocasión sentí que mi sueño se había vuelto realidad. Durante años me había propuesto subirla, pero no sabía cómo, no tenía idea de a quién recurrir ni el tipo de equipo que requería. Empecé a investigar. Las personas a mi alrededor decían que era muy peligroso, que eso no era para mí. Entre el desamparo y la incertidumbre acudí a varias personas que se negaron a enseñarme o siquiera llevarme a la montaña; y finalmente, como dicen en el Tíbet, “cuando el alumno está listo, el maestro aparece”. En el momento justo conocí a quien más adelante sería mi entrenador y me enseñaría todo lo que sabía sobre la montaña. La noche previa al ascenso al Popo no pude dormir de tanta emoción. Mientras estaba en las faldas de la montaña, la vi tan grande que me impresionó. La montaña era enorme y pensé: “¿En qué momento dije que subiría TODO eso?” Sin embargo, me concentré sólo en un paso, y luego en un paso más, y así, paso a pasito, intentaría alcanzar la cima, aunque yo me arrastrara (que casi sucede por el cansancio). Aún así, subí. En la cima, fue como amor a primera vista: descubrí que a pesar de que me dolía cada músculo conocido y desconocido de mi cuerpo, la montaña era lo mío y a eso quería dedicar el mayor tiempo posible. A partir de ese momento, cada fin de semana lo dediqué a subir montañas.

Todavía tengo presente uno de los logros más representativos de mi carrera: cuando escalé el Citlaltépetl, mejor conocido como Pico de Orizaba; un volcán no sólo hermoso, sino un verdadero reto en ese momento. En mi mente sólo estaba la idea de alcanzar la cima más alta de mi país, con una elevación de 5700 metros.

Recuerdo que cuando íbamos subiendo el Citlaltépetl, estaba caminando al lado de mi compañero y él decidió que nos encordáramos. Una de las prácticas comunes en el alpinismo es, precisamente, encordarse al compañero, principalmente como una medida de seguridad, pero también como una forma de establecer un vínculo de confianza con el otro. Esto a veces puede ser muy afortunado; otras veces es muy difícil lidiar con alguien que no tiene disposición para ese compromiso. Conforme avanzábamos en el ascenso, mi compañero se desesperó y cambió de opinión. Cada paso que daba era muy pesado para mí, me estaba costando mucho. Por un momento olvidé la cumbre, me concentré en lo que estaba al alcance de mi vista y me ponía metas cortas. Para motivarme, visualizaba una aparente cima, lo que me incentivaba para llegar a ella; luego, al alcanzarla, veía otra nueva, y así sucesivamente, para llegar al objetivo. Sin importar qué tan duro sea, las adversidades como la falta de oxígeno o el cansancio se borran, y lo único que

permanece es el deseo y la voluntad de llegar. Nunca olvidaré el momento en que, desde esa altura, pude contemplar la magnitud del espacio. Citlaltépetl significa “Cerro de la estrella” y fue eso lo que conseguí: al llegar al punto más alto pude tocar las estrellas. Llegar a la cima por mi propio pie, tan cerca de las estrellas, me recordaba mi pequeñez y la grandeza de la montaña y de Dios.

Después de recorrer las cimas mexicanas, definitivamente, quería algo más. Mi ímpetu no podía conformarse con lo vivido. Fue así que en 1993 me lancé a una nueva aventura, una más grande y con mayores dificultades. Mis compañeros tenían el plan de ascender el Aconcagua. Les pedí que me permitieran ser parte del equipo y, a pesar de la negación inicial, decidieron darme la oportunidad. El monte Aconcagua se localiza al oeste de la República Argentina, en la provincia de Mendoza, y forma parte de la cordillera de los Andes. Su altura es de 6962 metros, por lo que es considerado como una de las cimas de mayor altitud de los hemisferios Sur y Occidental, y el más alto del continente americano; gran reto, ¿no?

Siempre he sido una mujer de retos, por ello, para mí era fundamental coordinar mi pasión, el alpinismo, con mi trabajo. En aquellos años me desempeñaba como subdirectora en la Secretaría Particular del Presidente de la República; mi sueldo era relativamente bueno, lo que me permitía pagar una renta y llevar mis gastos de manutención en la Ciudad de México de manera decorosa. Sin embargo, pensar en costear un viaje a Argentina era demasiado, ni con el ahorro de tres años de aguinaldo me hubiera alcanzado.

“¿Quién te va a dar dinero a ti?”, me decían. “¿A quién vas a acudir?”, “¿qué ganaría una empresa al patrocinarte?”, solían repetirme voces pesimistas que sólo pretendían desanimarme. Honestamente, en ese tiempo no tenía respuestas para ninguna de esas preguntas. De todos modos, no podía desertar de un sueño que apenas iniciaba, tenía que actuar y tenía que hacerlo pronto. Mi sueño no podía acabarse por falta de dinero, de ninguna manera. Entonces decidí buscar patrocinadores.

En esos momentos de incertidumbre vino a mi mente que cuando era niña se organizó una recaudación de fondos, donde los participantes nos comprometíamos a terminar una carrera de diez kilómetros. Fue necesario buscar patrocinadores, el trato era que cada corredor debía concluir la carrera mientras que el patrocinador donaría una cantidad por cada kilómetro recorrido, por ejemplo, diez pesos por el kilómetro uno, quince pesos por el kilómetro dos, y así sucesivamente.

Gracias a esa experiencia de mi infancia supe que en el pasado no necesité ser famosa ni tener un gran currículum para llegar a la meta, sólo debía tener la sinceridad suficiente y la voluntad de actuar, de eso no cabía la menor duda. Así se inician los grandes ascensos.

Con toda la determinación que había en mí, me decidí a pedir una cita con una persona que no sólo era alguien muy importante, sino que además era un empresario exitoso. Para mi sorpresa, Alejandro Martí me recibió amablemente. En nuestra entrevista pude conocer a un hombre accesible y sencillo, con un gran amor al deporte, pero sobre todo, con un enorme compromiso social. Cuando le conté lo que quería hacer estaba tan emocionada que, lo recuerdo bien, con una sonrisa en los labios me dijo que

sí, que me apoyaría. Había roto con los mitos de pesimismo y decepción que predominan en la sociedad, rompí con los paradigmas. Éste fue el comienzo de una búsqueda de patrocinadores que ha perdurado a lo largo de mi carrera.

### **“EL QUE SE PROPONE COSAS GRANDES LOGRA COSAS GRANDES”**

Cuando era niña mi madre me dijo: “El que se propone cosas grandes logra cosas grandes.” Esa frase se quedó grabada en mi corazón. Estas palabras que en apariencia son sencillas poseen la esencia de la motivación: si tú no tienes en mente objetivos valiosos para tu vida, nada te hará ser mejor persona. Recuerda que eres tú mismo quien se pone los límites. Fue en el Aconcagua donde lo confirmé, en ese ascenso me convencí de que alguien normal, común y corriente, pero con una fuerza y decisión sin límites, puede subir grandes montañas.

En diciembre de 1993 iniciamos la expedición. Mis compañeros eran mucho más experimentados que yo. Emprendimos el ascenso y cuando llegamos a confluencia escuché algo que me sorprendió: uno de mis compañeros, con increíble arrogancia me dijo: “Si quieres subir, recuerda que para ti yo soy Dios en la montaña.” ¿Cómo podía decir eso? Yo le ayudé con los gastos para que pudiera acompañarnos en la expedición; era un joven amable y educado pero al llegar a la montaña se transformó. La montaña no te cambia, sólo potencializa quién eres: saca lo mejor o lo peor de las personas. Después de varios días de trabajo realizando cargas a los campamentos Canadá y Nido de Cóndores, mis dos compañeros tuvieron una fuerte discusión y uno de ellos, Andrés, abandonó el equipo.

El 26 de diciembre subimos a Nido de Cóndores, donde habíamos dejado una tienda con nuestras provisiones para la cumbre, un anafre, una bombona de gas butano propano y algo de alimento; cuando llegamos al campamento nos dimos cuenta que Andrés se había levantado más temprano y subió antes que nosotros, con el único objetivo de retirar de la tienda todas nuestras provisiones, dejándonos en una situación vulnerable. Por esa razón, Andrés fue expulsado durante un año del Club España, después de un juicio de honor y justicia del consejo, por su actitud antiética en la montaña. Afortunadamente, en la dificultad es cuando se conoce a la gente. Digo afortunadamente, porque a lado de nuestra tienda estaba Heber Orona, un joven guía Argentino que nos compartió de su alimento y nos prestó un anafre y gas, lo que literalmente nos salvó, y nos permitió continuar con nuestro intento de cumbre.

Me llamó mucho la atención que el equipo que guiaba Heber estaba conformado por jóvenes egresados de Harvard y de MIT; jóvenes líderes de diferentes nacionalidades: brasileños, noruegos, norteamericanos, quienes de regreso a su país seguramente ocuparían cargos de relevante impacto; Heber sólo contaba con la profesión de electricista y aún así, este grupo de jóvenes ponía su vida en sus manos. En la montaña poco importan los títulos académicos; ahí quien tiene el conocimiento y toma las decisiones entre la vida y la muerte es el verdadero líder.

En la madrugada del 29 de diciembre salimos rumbo a la cima. A los 6000 metros de

altitud ya se sentía la falta de oxígeno. De alguna manera nos integramos al equipo guiado por Heber, cada quien a su paso. Yo iba lento, cada paso requería de mucho esfuerzo. Mientras me acercaba a la cima, llegué a la famosa canaleta: una morrena (piedras y barro acumulados por un glaciar) a gran altitud. Las rocas flojas hacían que por cada paso en ascenso retrocediera a la mitad. Era un desafío complicado, pues traía cargando más de quince kilos en mi espalda y la altitud dificultaba el recorrido; además, hacía frío y mis pasos eran cada vez más lentos y pesados: me estaba costando mucho trabajo avanzar.

Heber era quien abría la ruta. De pronto, levanté la vista y me di cuenta de que me estaba acercando a la cumbre. Entonces llegó “mi segundo aire”; como si me hubieran dado más oxígeno del necesario, me fortalecí y avancé cada vez más y más rápido, cada vez con más entusiasmo y seguridad. Estaba feliz. Mis pies me habían llevado a donde yo ya tenía la mente y el corazón. Frente a mí, ahí, estaba la cruz tubular de aluminio que había visto en fotografías de la cumbre y una vista espectacular de la cordillera; ahí también podía apreciarse la pared sur: la había visto durante meses en mis sueños, en fotos, y ahora estaba ahí esa cara de la montaña prácticamente vertical, totalmente blanca por la nieve y el hielo impresionantes. El resto del equipo venía detrás de nosotros. Disfrutaba cada instante en la cumbre. Estuvimos tomando fotografías y abrazándonos unos a otros; compartiendo el éxito, el logro. Recuerdo que sentía una inmensa alegría, pues estaba en “el techo de América”, el “Centinela de piedra”, ¡el famoso monte Aconcagua!, con sus 6962 metros bajo mis pies, la montaña más alta del hemisferio occidental. Había conquistado la cima americana. Sin duda, había logrado algo grande el 29 de diciembre de 1993.

Mientras estuve ahí me tomé fotos con todos, celebré, reí y me olvidé por un momento del mundo que conocía, incluso de los integrantes de mi equipo. Por alguna razón que no me explicaba, mi compañero, que hasta entonces había sido más fuerte que yo y mucho más rápido, no había llegado, se estaba tardando demasiado. De pronto, vi que estaba subiendo por el otro lado, había tomado una ruta distinta. Después observé que no venía hacia nosotros y le grité repetidas veces “Acá es la cumbre, acá es la cumbre”, pero no se acercaba. En tanto se aproximaba, vio que un miembro del otro equipo subía con gran dificultad, así que bajó y lo ayudó, casi lo cargó para que pudiera llegar también a la cumbre. Yo no fui a buscarlo porque pensé que él podía estar tomando fotografías de los alrededores, o que se había distraído con el paisaje, jamás pasó por mi cabeza el hecho de que alguien tan fuerte se pudiera quedar retrasado. Cuando él subió, quise acercarme para abrazarlo, pero me empujó y rechazó mi abrazo. Esto fue muy doloroso para mí, este rechazo en medio de tanta felicidad nunca lo olvidaré; fue una lección dura pero fundamental para los ascensos posteriores.

### **“FIEL EN LO POCO”**

Esa circunstancia tan contradictoria me afectó mucho. Cuando mi compañero finalmente se acercó no quiso felicitarme, ni siquiera me dirigió la palabra, estaba muy molesto

conmigo. No podía entender su actitud, pues en medio de la alegría del ascenso y de mi euforia por haber alcanzado la cima, no entendía la razón de su enfado. ¿Qué pasó? ¿Por qué ese disgusto?

El motivo de su enojo se aclaró cuando valoré las dos imágenes que había presenciado. La primera: lo había visto subir después que yo. Y la segunda: lo había visto ayudar a un compañero en aprietos, alguien que se había rezagado. La conjunción de ambos hechos me indicó que todos necesitamos de todos, aun las personas que aparentemente son mas fuertes pueden necesitar de alguien y ése es el valor del trabajo en equipo. Por ser mujer estaba acostumbrada a que todos me vieran como la débil, siempre busqué fortalecerme para no quedarme atrás; honestamente, nunca pensé que yo podría estar en posibilidad de ayudar a alguien, pensaba que ayudaba al no ser un lastre. Me enfoqué en la cumbre y en no dar problemas a los demás, pero olvidé que un compañero siempre debe estar ahí para lo que se pueda apoyar. Yo caminaba y caminaba cada vez más rápido sin darme cuenta de que estaba dejando atrás a mi compañero. Mientras yo festejaba, él se molestaba, pues durante el ascenso me ayudó en todo y me esperó. Cuando yo tuve ese segundo aire que me hizo meter turbo al ascenso, me olvidé de todos y fui tan rápido que ni yo pude percibir lo que iba dejando atrás. Siendo sincera, en esos momentos nunca me pasó por la mente esperarlo, ya que normalmente él era más rápido que yo, y él era quien me había enseñado todo en la montaña. Cuando me pongo una meta, la sigo con todas mis fuerzas, con toda mi mente y toda mi alma.

Sin embargo, no hay que dejar de lado que mi compañero se disgustó porque yo llegué primero que él, por más de una hora. Aunque parezca increíble, sus sueños más importantes fueron nublados por uno de los sentimientos más ridículos que existen: la envidia. Me imagino que en su cabeza sólo rondaban pensamientos como: “No puedo creer que ella lo halla logrado antes que yo”, “cómo es posible, si ella tiene menos experiencia”, “por qué, si yo le enseñé todo lo que sabe, me aventajó”, etcétera. Ahora, a la distancia, me siento mal por él, pues no disfrutó de un triunfo personal por fijarse en lo que los demás habían conseguido.

Dentro de la alegría que yo sentía por haber logrado la cumbre de la montaña más alta de América, había un sentimiento de tristeza. No tuve un abrazo de mi compañero de montaña, él no había querido ni hablarme, y yo, en esos instantes, no entendía que alguien tan fuerte como él se hubiera sentido mal.

Al regresar a México era imposible borrar de mi cara la sonrisa de oreja a oreja que me había dejado escalar esa cumbre. Estar de vuelta en tu país y saber que triunfaste es una experiencia indescriptible. En Saltillo, la prensa me permitió compartir con mucha gente ese logro. Atrás habían quedado las angustias y los temores sobre el financiamiento del viaje, la ardua preparación y el entrenamiento para subir el Aconcagua y, por último, el problema con mi compañero cuando estuvimos en la cima. Era tan grande la enseñanza de la montaña, mi alegría era inmensa y, como se dice, “a quien mucho se le da, mucho se le pide”; yo había recibido mucho en la cima y ahora había que compartirlo. Mi compromiso apenas empezaba. Vendrían metas más altas, más difíciles, que me demandarían mayor preparación, más técnica, entrenamiento y fortaleza.

Después del Aconcagua vinieron otras montañas en los Andes y la Cordillera Blanca en Bolivia. Para compartir mis experiencias decidí ser instructora de montaña en un campamento para ciento cuarenta niñas, en Coahuila. Las pequeñas niñas a quienes iba a enseñar terminaron por darme una gran lección de vida. Cada día llevaba a un grupo de veinte chiquitas al cerro de Teotepec. Un día, me tocó guiar a niñas de entre siete y ocho años al cerro. En nuestro recorrido yo les contaba sobre las montañas más altas del mundo y sobre la experiencia de escalar. En ese andar, una de ellas me dijo que ya estaba cansada, que tenía que parar. Yo la motivaba a que se esforzara más; finalmente, cuando llegó a la cima, su carita se iluminó y me dijo: “¿Esto es como el Everest?”, y yo, que nunca había estado ahí, le dije: “No sé.” Mi respuesta fue como una bomba para ella, cómo era posible que yo les hablara sobre algo que desconocía, que no había vivido. Cuando me percaté de su decepción comprendí todo. Supe que no podía hablar de algo que no había experimentado, y comencé a justificarme: que era muy lejos, que era muy caro, en fin... Días después, aquella chiquita se acercó a mí y me dijo “Karla, yo confío en ti. Voy a juntar mis domingos para que tú puedas ir al Everest.” Esa experiencia fue conmovedora. Nadie me había hecho llegar a una reflexión tan profunda, los ojos de una niña podían ver más claro que los míos. Si yo me proponía ir al lugar de mis sueños, con esfuerzos, con esperanza y con trabajo, podía lograrlo. “Quién es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho”, afirma el refrán. Aprendí que tenía que ser fiel en lo poco, si tenía escasos recursos debía conseguir más para cumplir mi objetivo, si era pequeña, debía prepararme para crecer. Y así, nada sería imposible.

A partir de ahí no olvidé mi meta final: alcanzar las siete cumbres más altas del mundo. Lo más increíble de este fabuloso recorrido es que no serían siete sino muchas más, como se verá a lo largo de esta historia.

Ya con otra mentalidad supe mi realidad. Todo el dinero que ganaba tenía que usarlo para comprar equipo de montaña, el cual no es barato. Ya no compraba vestidos ni zapatos (y vaya que me encantan). Claro que las cosas, como suele ocurrir, no son tan sencillas como parecen. Es verdad que tenía que renunciar a algunas cosas, pero todo valía la pena para conseguir un sueño, tenía que elegir entre una satisfacción momentánea y otras cosas que representaban la felicidad plena. Así, prefería comprarme unas botas que protegieran mis pies de las congelaciones, con suelas antiderrapantes de la más alta calidad, que unos zapatos bonitos. Prefería lo que me iba a servir para lograr mi objetivo. Sabía que comprar unos buenos guantes que protegieran mis manos de congelaciones era mejor decisión que gastar en pulseras o vestidos, aunque fueran muy atractivos, en ese momento eran innecesarios. No lo veía como un sacrificio, no me dolía tener que dejar las fiestas por un ascenso a la montaña o por irme a entrenar en bicicleta de montaña. Estaba consciente de que mi camino sería muy diferente, pero no importaba porque era lo que en verdad deseaba hacer: llegar a las cimas más altas y ver el mundo desde sus cumbres.

Pienso que en la vida una forma inteligente de tomar decisiones es ésa: poner en una balanza las opciones y ver cuál de ellas es la más efectiva para llegar a la meta.

En adelante, además de mi sueldo, fue necesario buscar recursos para financiar las

expediciones, pero eso ya no era obstáculo: ahora era parte del reto. Tuve que aprender algo de mercadotecnia, pedí asesoría sobre cómo se vende un proyecto, cómo convencer a las empresas; no tenía miedo, lo que tenía era una lista interminable de empresas en donde debía tocar puertas. Mi horizonte era enorme, no tenía límites, iba a llegar hasta el fin del mundo y me apoyarían.

A veces, los aprendizajes de la vida se dan en situaciones complicadas. En el ascenso al Aconcagua puse en práctica métodos de alpinismo que había aprendido antes, y aunque me enfrenté a cosas nuevas, a temperaturas diferentes y a paisajes conmovedores, sin duda, lo más importante, fue darme cuenta de que cada paso, cada esfuerzo, es mejor si tienes a tu lado a alguien compartiendo ese logro excepcional.

### Palabras clave

**Audacia.** Es una herramienta útil que te permite emprender un sueño realizando acciones que a la mayoría de las personas convencionales les parece “poco prudente”; sin embargo, si en tu corazón sabes lo que debes hacer y ponderas tus posibilidades y reconoces los riesgos, la audacia se puede convertir en la clave para la realización de tus sueños, bien decía Napoleón Bonaparte: “Pon un gramo de audacia en todo lo que hagas.”

### VIVENCIAS

A lo largo de mis primeros años en el mundo del montañismo aprendí a saber más de mí y de las personas, de los misterios de la vida y de la importancia que tiene valorar nuestro esfuerzo y siempre luchar por alcanzar nuestras metas. No es fácil sintetizar tantas experiencias y lecciones maravillosas, sin embargo, intento resumirlo en lo siguiente:

- No existen personas extraordinarias, sino gente normal que lleva al límite sus sueños: “Quien se propone cosas grandes logra cosas grandes.”
- Es mejor salir a buscar oportunidades para lograr los sueños y no esperar a que nuestros deseos se resuelvan de manera mágica.
- Cada obstáculo sólo es una prueba a la creatividad personal.
- Después de mucho tiempo de hacer lo que me habían dicho, un día, simplemente, decidí mover las montañas de la mente, esas que impiden ver más allá.

## SEGUNDA MONTAÑA

### EL PRIMER OCHO MIL EN LA DIOSA TURQUESA

*Corre cuando ya no puedas correr,  
camina cuando ya no puedas caminar; usa bastón,  
pero nunca, nunca te detengas.*

MADRE TERESA DE CALCUTA

Como todo en la vida, conforme el recorrido a las montañas iba aumentando en altura, también lo hacía en distancia, es decir, en el tiempo necesario para el ascenso. Antes de emprender la aventura de El Everest vino la propuesta de “medirnos en altitud”. La meta era el monte Cho Oyu, de 8201 metros. Cho Oyu en tibetano significa “la Diosa Turquesa” y se localiza en el Himalaya, al oeste de El Everest. Para llegar hasta el Cho Oyu necesitaba más de 10 mil dólares, que por supuesto no tenía, sin contar con los casi dos meses para realizar la expedición.

Entonces hablé con mi jefe, con quien tenía una magnífica relación. Aquel día me dijo lo que ya esperaba, que era mucho tiempo, que ni aún juntando todos los días de mis vacaciones del año podría hacerlo. Así que me propuso pedir un permiso sin goce de sueldo para que la directora general lo aprobara; con esa resolución yo podía continuar mi sueño. Mi jefe me ayudó mucho mientras yo tocaba varias puertas. Hay que pensar que 10 mil dólares no era una cantidad fácil de conseguir, por esa razón había que ahorrar todo lo que se podía, salir al cine era un lujo que no podía darme, así que las salidas cada vez se hacían menos; por fortuna, las esperanzas nunca cayeron y al final junté los recursos necesarios. Sin embargo, no todo fue felicidad, pues mientras buscaba patrocinio, la directora general habló con mi jefe para decirle que mi situación era complicada, ya que si ella me daba permiso para ausentarme tanto tiempo podría asentarse un antecedente negativo en la oficina, además, como yo entrenaba a la hora de la comida en vez de tomar alimentos, ya había quejas de compañeros que decían que yo regresaba tarde de comer. La única solución que vio ante el problema fue negarme la autorización, lo que significaba que debía renunciar. Me enteré de esto cuando mi jefe me lo comentó sumamente apenado. Recuerdo que al respecto me dijo: “Ya no habrá marcha atrás”, así que no me quedó más remedio que renunciar. Cuando esto sucedió pensé: “Ya buscaré otro trabajo de regreso, total, por suerte tengo una carrera y sé

trabajar. Me voy a la montaña.” Entonces me fui.

En Cho Oyu buscaríamos ascender sin oxígeno, ya que de esta forma mediríamos nuestra adaptación más allá de los 8000 metros; si esto era viable, podríamos incursionar en los Himalayas y, algún día, en el Everest.

La Diosa Turquesa me dio una gran lección de vida. Mi compañero de montaña se enfermó, así que tuve que hacer el proceso de aclimatación sola. Dicho proceso constaba en subir y bajar a los campamentos de altura 90% de las veces sola, o bien con personas que apenas conocía. La aclimatación permite que el cuerpo se acostumbre a las nuevas condiciones de manera lenta pero constante. Quien sube la montaña sin estar aclimatado sufre de lo que se conoce como “mal de montaña”: mareos, vómito, cansancio, sueño. En el campamento base, conforme la neumonía de mi compañero aumentaba, también lo hacía su enojo, mismo que descargaba en mi contra. En esos momentos se apoderó de mí la confusión, ya que por un lado me sentía comprometida con los patrocinadores, debía cumplir lo que había acordado con ellos; y por otro lado, mi compañero me decía que subiera, que tan pronto como él mejorara, lo haría conmigo.

Por fin llegó el día del ascenso. Mi compañero, quien había mejorado significativamente, iba al frente, pues era más fuerte que yo. Aquel día el frío era en verdad intenso, mi cuerpo se hacía cada vez más lento, empezaba a sentir los efectos de la “zona de la muerte”, llamada así porque a partir de los 7500 metros el porcentaje de oxígeno por cada metro cúbico se reduce a un tercio, lo que afecta no sólo el respirar, sino también mantener la temperatura corporal. Tenía mucho frío, estando en el campamento 3 sentí mucho miedo, pues días antes se supo de unas personas que habían sufrido congelaciones graves. La falta de oxígeno me hizo sufrir alucinaciones: recuerdo haber visto a dos jóvenes que me decían: “No te preocupes, estaremos junto a ti.” Parecían tibetanos. Al bajar, los busqué para darles las gracias por sus palabras de aliento, pero nadie los había visto.

Para mí, las cosas en esa cumbre, no iban a salir como había pensado. Antes del ascenso cometí un grave error. El día que subimos debí haberme hidratado bien, pero no lo hice. Al tratar de abrir una de mis botellas de agua, se me resbaló de las manos y cayó; me fue imposible recuperarla. Algo que perdí de vista era que al ascender sin oxígeno mi cuerpo debía estar sumamente bien hidratado para mantener el calor corporal. Durante el ascenso el viento soplaba fuerte, era como si a cada paso que daba, alguien quisiera detenerme aventándome cubetas de nieve. No podía ver, lo que me resultaba terriblemente incómodo, pues la nieve se me metía por todos lados. Un poco antes de llegar a la cumbre mi compañero se detuvo; cuando lo vi, le di una palmada y le pregunté: “¿Todo bien?”, asintió con la cabeza y le dije: “Nos vemos en la cumbre.” Minutos después llegué a la cima. Era la primera mujer latinoamericana en conseguir el ascenso al Cho Oyu de 8201 metros (la sexta montaña más alta del mundo), sin oxígeno artificial. Saqué la bandera de México y me tomé fotografías. Admiré el paisaje, que era espectacular, recé y agradecí a Dios, a la vida, profundamente.

Para alguien que escala la Diosa Turquesa la única forma de comprobarlo es mirar al frente y ver el glaciar del Cwm, o sea, el Everest; cuando yo volteé, éste se encontraba

frente a mí, hermoso, enorme, majestuoso. Como dijera Mallory: “Ahí está”, ahí estaba mi próximo reto.

### SUBIR EN ESTILO

Al bajar, sentía mis pies como si fueran de cristal, helados, y a cada paso que daba me dolían terriblemente, estaba muy cansada. Mi compañero bajó rapidísimo y me dejó con uno de los líderes británicos, quien fue la persona que me ayudó en el descenso. Cuando llegamos al campamento 3, yo sólo quería dormir y mi compañero descender (lo que era más prudente en ese momento), pero yo necesitaba calentar mis pies. Ese desacuerdo causó enojo entre ambos. Yo no sentía mis pies, aún así mi compañero me dijo que saliera a buscar nieve para hidratarnos; estaba muy molesto y yo no le comenté nada de mis pies. Lo peor no fue eso, sino que al quitarme los calcetines vi que mis dedos estaban azules, ya tenía los dedos congelados. Rápidamente traté de calentarlos con mis manos para que recuperaran su color. A pesar de eso, me seguían doliendo muchísimo. Por miedo a que su enojo aumentara y, por qué no decirlo, por orgullosa, temí decirle de la congelación, pensé que lo que me estaba sucediendo era una vergüenza que debía ocultar. No sé. Me sentía apenada, quizás por no ser lo suficientemente fuerte; aunque por momentos también pensaba: “Ya se me quitará.” Mi falta de experiencia en la montaña me costaría muy caro.

Al día siguiente bajé al Campamento base. Al llegar ahí, ya no podía ocultarlo, era imposible apoyar el pie izquierdo. Las lesiones habían incrementado, los dedos se estaban poniendo morados. Cuando me vieron en el Campamento, pusieron mi pie en agua tibia para descongelarlos, pero no mejoraban. Un médico neozelandés opinó que no era grave, otro médico canadiense me dijo que no me preocupara, me hizo una curación y dijo que mejoraría.

Mi compañero, quien se sentía responsable de mí, estaba muy molesto, gritaba y gritaba, me decía que debía de tomar medicamentos porque perdería los dedos. Entonces me bloqueé y no quise escuchar, prefería pensar que los doctores tenían razón, pues ellos eran los “expertos”, así que no tomé las medicinas y con la ayuda de un tibetano bajé de la montaña. Otro error más: un título no te da conocimiento.

Hasta ese momento, todos mis ascensos habían sido exitosos. Cada vez que me proponía una meta, la alcanzaba, siempre con cumbre de regreso (es decir, en cada intento había logrado llegar a la cima); sin embargo, en Cho Oyu todo cambió. Alcancé la cima pero a un costo muy elevado.

A mi vuelta a México fui a ver un médico muy reconocido, “una eminencia” en su área, con altos conocimientos y rangos en el hospital Inglés ABC, uno de los hospitales más prestigiosos de México. Cuando llegué, me dijo “Muéstrame tus dedos”, y al verlos afirmó: “Estos tres dedos ya están muertos, mira...”, y con un bisturí hizo una incisión y cortó un pedacito de mi dedo. “¿Cuándo quieres que te los corte?”, me preguntó. Me impacté. “¿Queeeeeeeeeeeeeé?” No podía creerlo, casi me desmayo cuando escuché eso. Este gran médico, con altos títulos y cero sensibilidad y compasión me dijo: “Velo

por el lado positivo, ya no tendrás que cortarte las uñas.”

No tenía trabajo ni dinero, ni podía caminar. Necesitaba hacerme una operación en la que me cortarían cinco falanges de mi pie izquierdo y no tenía seguro de gastos médicos, ya que como alpinista no es fácil que una aseguradora te cubra. Después de la operación, muchos médicos me aseguraron que no podría volver a subir una montaña, porque mis tejidos habían quedado muy lastimados. Afirmaban que el alpinismo se había acabado para mí. No quise aceptarlo, no estaba dispuesta a creerlo.

Tan pronto como me recuperé físicamente, volví a subir montañas. Regresé a los volcanes, para sentir el frío y el apoyo de mis pies, y poco a poco aprendí a sobrellevarlo en lo físico. Mental y emocionalmente me costó años superarlo. Al principio, cuando la gente me preguntaba por mi operación, sólo decía que había sido una lesión leve que necesitaba tratarse, que me habían raspado un poquito (ese “poquito” habían sido dos centímetros, es decir, cinco falanges). No quería ni hablar del tema. Ocultaba mis pies, la pérdida me dolía en el orgullo y en la vanidad, pues sentía que aunque logré la cumbre, había fracasado.

El aprendizaje que esta montaña me dejó fue profundo, no sólo por el desafortunado y doloroso descuido, ya que sé que en las grandes luchas y en las grandes guerras siempre quedan cicatrices, sino por el valor de la pelea y la lección de humildad que representó en mi vida. En esos momentos ya tenía mi primera gran cicatriz, cada vez que viera mis pies, recordaría aquel error que me costó muy caro. La vida y la montaña me habían dado una de las lecciones más importantes de mi vida: reconocermé frágil, reconocer el error, saber ver las fallas no me hace débil, al contrario, fortalece. Lo que en la montaña te debilita es la soberbia y el orgullo, que no sirven de nada. Por no querer verme débil, callé la condición de mis dedos en un momento crítico que pudo haberlos salvado, el orgullo me cegó y negué la existencia de un problema. Cuando vi las cosas más negras, decidí aceptar la ayuda, pero era demasiado tarde.

En el mundo del alpinismo “subir en estilo” significa subir y bajar por tu propio pie, con fortaleza física y mental, con la capacidad de hacerte cargo de tu vida y de tu cuerpo, además de ayudar al equipo con el que vas. A partir de ese momento, la frase “subir en estilo” se convirtió en un lema de oro para mí. Para entonces sabía que no era suficiente alcanzar la cima sino bajar la montaña en una sola pieza, de manera íntegra. Ello me demandaría mayor atención y cuidado, no sólo en la administración de mis recursos, sino que, principalmente en el descenso, tendría que hacerlo con cuidado, con responsabilidad, teniendo siempre en mente que en la montaña los errores se pagan caro: un pequeño error te puede costar la vida. Ascender a una montaña y bajar completo era la verdadera meta. El aprendizaje era prevenir, mejorar, aprender y fortalecerme. Y así lo hice. Hoy puedo decir que la montaña es importante, pero no vale más que un milímetro de mi cuerpo.

**Palabras clave**

**Autoconocimiento.** Estaba escrito en Delfos: “Hombre, concóete a ti mismo, y conocerás a los Dioses”. El verdadero conocimiento esta en nosotros mismos, cuando aprendemos a escucharnos, a identificar nuestros miedos más internos, nuestras debilidades y fortalezas; en el silencio de la montaña te puedes escuchar y conocer al límite de situaciones en donde tu vida esta de por medio.

## EL EVEREST: LA CUMBRE MÁS ALTA DE LA TIERRA

### Ficha técnica

Continente: Asia

País: China y Nepal

Cadena: Himalaya

Altura: 8848 metros

Rutas principales: Vía del Collado Sur, desde el Nepal (ruta suroeste) y Vía del Collado Norte, desde el Tíbet (ruta noreste)

Autor del primer ascenso: Edmund Hillary y Tenzing Norgay

Fecha del primer ascenso: 29 de mayo de 1953

Otros nombres: En Nepal es llamado Sagarmatha (“la frente del cielo”); en China, Chomolungma o Qomolangma Feng (“madre del universo”)

El monte Everest, ubicado en el Himalaya entre Nepal y China, es la montaña más alta del mundo, con sus 8848 metros. Con el Everest en la mira, seguí entrenando a lo largo de dos años, subiendo varias montañas y preparándome emocionalmente. Una vez reunidos los recursos necesarios, en 1998 decidí hacerlo. Viajaría con un equipo de militares ingleses y dos alpinistas desconocidos. Todos nosotros íbamos a emprender el camino juntos, y seríamos liderados por un escocés que había conocido precisamente en el Cho Oyu: Henry Todd.

Una vez más, además de la preparación física que se requiere, tuve que enfrentarme a situaciones adversas en la empresa donde trabajaba y, al final, renuncié. Y como quien arranca el espejo retrovisor del auto, yo no veía hacia atrás, nada más tenía la vista en lo que había frente a mí, esa gran oportunidad que durante muchos años había soñado: subir la cumbre más alta de la Tierra.

Después de varias semanas de aclimatación en las que hubo de todo: enfermedad del estómago, discusiones con el líder, mal clima, etcétera, el 19 de mayo de 1998 a la medianoche empecé a prepararme para llegar a la cumbre. En esa ocasión llevaba oxígeno complementario que usaría después de los 8000 metros. Es importante mencionar que arriba de los 7500 metros la variación de la presión atmosférica afecta considerablemente, el oxígeno se reduce hasta un tercio menos, comparado con el que normalmente respiramos. Por esta razón, bajo esas condiciones es más difícil pensar o

tomar decisiones con claridad y juicio.

Con movimientos muy lentos me preparé y me puse a caminar. El espectáculo era maravilloso, las lámparas frontales que alumbraban formaban una fila hacia arriba, aparentando ser una línea de luciérnagas en el negro infinito de la noche. Conforme íbamos ascendiendo, nuestros pasos eran cada vez más difíciles de dar; cada soplo de viento dolía en el cuerpo, dolía hasta la médula. Mientras ascendíamos, desde el *balcony* yo podía ver el Makalu y su forma piramidal casi perfecta. Tenía razones de peso para emocionarme, pues al tener esa montaña frente a mis ojos, recordaba que alguien importante para mí estaba ahí subiendo el Makalu buscando alcanzar su propia cumbre. Con esos pensamientos seguí adelante, caminé y caminé. Después de casi nueve horas de camino y de cansancio latente perdí la noción del tiempo. Babu Chiri, un *sherpa*[1] que ya había subido varias veces la cumbre sin oxígeno, me dijo que ya estábamos cerca: “Aquel pico que ves ahí”, dijo señalando, “ésta es la cumbre, llegaremos allá en cuarenta y cinco minutos”. Esas palabras fueron mágicas para mis oídos: sólo una hora y podía pisar el sitio tan anhelado. Tantos años de entrenamiento, tantos sueños, tanto esfuerzo a escasos minutos. Esas palabras, en definitiva, me emocionaron mucho, pero pronto vendría el desencanto.

Alan, otro compañero, me dijo que pararíamos donde habíamos llegado, que ya no podríamos subir hasta la cumbre porque no había cuerda que asegurara nuestro ascenso: “Ya no hay nada que hacer, hay que regresar”, fueron sus palabras. “No me puede estar pasando esto a mí”, pensé. Sin la cuerda arriesgaríamos nuestras vidas. Tenía que aceptarlo, bajé e hice otro intento fallido, pues el líder del equipo, al final, no apoyó. Con el alma destrozada regresé y sentí que había sido el revés más grande de mi carrera. La falta de cuerda para asegurar el escalón Hillary me había costado la cumbre. Se había designado a un equipo para que la cargara hasta allá y, al no hacerlo, lo más natural para mí era culpar a quien no había hecho su trabajo, además de achacarle mi fracaso. Los días pasaban y aquel sentimiento de derrota se intensificaba más y más.

La decepción no terminó con el descenso, al contrario, los medios de comunicación me hacían recordar que tuve una expedición desafortunada con titulares como “Fracaso en el Everest”.

Aquel “fracaso” se torno en el mayor aprendizaje de mi vida cuando llegué a la conclusión de que un grupo de personas con el mismo objetivo no necesariamente es un equipo, siempre están en juego aspectos como la falta de compromiso y el individualismo. La montaña me enseñó que para lograr la cima más alta de mundo no bastaba con entrenamiento, preparación, técnica, determinación y perseverancia; todo eso ayuda a que llegues muy alto, pero para logra la cima en la vida, así como en la montaña, no puedes olvidarte de la persona que tienes a tu lado. Yo no pregunté: “¿A quién le toca llevar la cuerda?” o: “¿Puedo ayudar?” Eso me hacía corresponsable aquel día, no basta con culpar sino que es necesario asumir la parte que nos corresponde. Durante mucho tiempo me dediqué a analizar cada error que cometimos todos como equipo; principalmente a mí, ¿qué pude haber hecho que no hice?, eso es lo único que puedo cambiar.

El aprendizaje fue tan profundo que me cambió la perspectiva nuevamente: es de humanos errar pero hay que aprender la lección o el error se repetirá. Afortunadamente, la montaña seguirá ahí, no se irá, así que trabajé muy fuerte en mi acondicionamiento físico y resolví que regresaría al Everest en 1999, sólo que lo haría por una vía más larga y complicada: por el Tíbet, la ruta norte.

En el Everest aprendí una nueva lección de humildad. Todos mis esfuerzos, mis entrenamientos, los kilos que había perdido (más de once), mis sueños y mis renunciaciones me habían llevado alto, pero no a la cima. Me había quedado a ochenta metros, estuve tan cerca. No había sido por mal clima o por falta de condición física o por enfermedad. Aquel fracaso, como lo llamaba entonces, pronto se convertiría en la mayor lección de mi vida.

Hice un recuento de lo que aquella vez disponíamos para el ascenso; además de nuestra técnica, el entrenamiento físico y los músculos fuertes, teníamos herramientas adecuadas, instrumentos tecnológicos como telefonía satelital, radios de alto alcance, *laptops*, y nada sirvió para conseguir el objetivo principal. Si nosotros queríamos, podíamos hablar a Londres para conocer el reporte meteorológico, o bien, desde la mitad de la nada podíamos llamar a nuestras casas; y sin embargo, habíamos perdido la capacidad de comunicarnos entre nosotros. Aquella soledad, esa situación adversa había hecho que no sólo nos encerráramos en nuestras tiendas, sino también en nosotros mismos, creyendo que la única motivación y fuerza era nuestro logro personal; así nos olvidamos de todo y de todos, perdimos la capacidad de observar al compañero, de compartir tanto el alimento como la aventura. Nos olvidamos de dar, de servir al otro, de preocuparse por las necesidades comunes. Entendí que era sencillo actuar bien cuando la situación es tranquila, cuando nos sobran las cosas o los deseos, pero cuando dar implica un sacrificio, todo cambia. Si en lugar de estar pensando sólo en mi objetivo (la cumbre) me hubiera detenido a ver qué necesitaban mis compañeros, en qué podía colaborar o ayudarles, en cuestiones tal vez prácticas relacionadas con la distribución del peso, por ejemplo, entonces el resultado hubiera sido diferente. Pero como todos sabemos que el *hubiera* no existe, decidí borrar de mi lista la palabra *fracaso* y poner en su lugar la palabra *aprendizaje*.

Años antes había perdido cinco falanges que obviamente no me volverían a crecer y que yo no podría recuperar aunque lo deseara; sin embargo, los conceptos de triunfo y fracaso habían cambiado por completo: una cima con lesiones era un fracaso, un ascenso aun sin la cumbre era un éxito, pues el único fracaso es perder la vida.

En esa ocasión no había conseguido la cumbre por un error mínimo, pero sí conseguí enriquecer mi experiencia: había subido en estilo. Podía volver a intentarlo, pues la montaña nunca se movería, siempre estaría ahí. La montaña no cambiaría, la que cambiaría sería yo.

Mi segundo intento fue un año después, en 1999. Contrario a lo que fue en 1998, me propuse que cada ejercicio de preparación, cada trámite, cada gota de sudor, mejoraría mi personalidad y fortalecería mi capacidad de ver los retos.

Después de sortear las complicaciones habituales para conseguir el patrocinio

económico y combinar la vida familiar con el complicado ritmo de entrenamiento en distintos montes nacionales y en algunos del extranjero como los Andes y el Himalaya, salí de México rumbo a Katmandú para arribar finalmente a mi destino final: el Everest. Intentaba que los numerosos comentarios de conocidos y amigos no afectaran mi concentración, ya que era común escuchar opiniones como: “De seguro este año sí llegas”, lo que podría implicar cierto exceso de confianza, que lejos de ayudar podía afectar.

Mi tarea en esos momentos debía focalizarse en la cumbre y no en cualquier influencia externa. Estaba consciente de que la ruta no era la misma, que el camino que verían mis ojos sería distinto al de un año atrás. Por ejemplo, el campamento base avanzado se encontraba a 6400 metros, altitud a la que aproximadamente está el campamento 2 de la primera expedición; o bien, el campamento 3 a 8350 metros le llevaba una ventaja de 450 metros al último de los campamentos de mi avance en 1998. De acuerdo a los cálculos previstos para este ascenso, mi permanencia en la “zona de la muerte” sería más prolongada, tendría un desgaste físico mayor y me enfrentaría a condiciones extremas.

Durante el viaje por aire me reencontré con la montaña, vi el Everest desde la ventana del avión. Esa imagen me impactó, sabía que la que viajaba ahora era una mujer completamente diferente a la del año pasado. Sentí una fuerza extraña y no pude más que pensar: “Por enorme que sea, quiero llegar a la cumbre.”

A diferencia de mi grupo anterior, éste se componía por amigos con gran experiencia en la montaña, era, por tanto, una expedición más deportiva que comercial. De Rusia venían Slava, Boris y Andrei; Borislav, de Bulgaria; Ari y Antti eran de Finlandia; de Argentina venía Heber (mi amigo que conocí en Aconcagua); Édgar Iván, de Ecuador, e Ivan y Enrique Luengo, de México. Se organizaron subgrupos que contaban con un líder. En cuanto al equipo de montaña, cada quien llevaba el suyo (tienda, estufa, gas, saco de dormir), lo que además de responsabilizar a cada uno de sus pertenencias, deslindaba a los demás del ascenso colectivo, es decir, cada uno se comprometía a su propio ascenso. Más tarde el grupo se dividiría (simbólicamente) en eslavos y latinoamericanos (en este grupo se incorporaron los dos finlandeses).

La tranquilidad que reinaba durante nuestro entrenamiento de pre-aclimatación me daba la confianza suficiente: el paisaje era hermoso, nos recibía un cielo lleno de estrellas y nos animaba el amable sonido del río formado por el deshielo de las montañas.

Esos días imaginaba que subía a la cumbre. Yo, vestida de rojo, elevaba mis brazos en señal de triunfo y contemplaba con asombro la majestuosidad de las alturas y un cielo azul profundo al fondo, que nos envolvía. En mis sueños no estaba sola, me acompañaba mi entrenador y Dorje, mi compañero *sherpa*.

Salimos el 1 de abril al campamento base; ya no había marcha atrás, mi compromiso comenzaba. Este campamento reúne a personas de todas nacionalidades (incluidos ucranianos, georgianos, suizos, italianos, polacos). Es maravilloso cómo puede unirnos un mismo objetivo: la cumbre. La lectura sobre experiencias de montañistas es una de las actividades que más practico mientras asciendo, lo hago como parte de mi concentración, para mí es importante no perder de vista los errores ajenos. Es interesante comparar el

tiempo de expedición que hacían los primeros expedicionarios del Everest. Un recorrido que para nosotros tardó cinco días en camioneta, para ellos significaba dos meses. En la actualidad, una expedición tarda de dos a tres meses, mientras que a principios del siglo pasado podía ser de hasta seis meses.

Durante esa ruta tuve varias experiencias trascendentales en mi vida que me enseñaron la simplicidad y la convergencia con la naturaleza. En mi paso por los distintos niveles de la montaña me uní a los rezos de los *sherpas*, quienes actúan con sencillez y respeto por su espacio. Recuerdo que en el paso de Pang La (5200 metros) un *sherpa* comenzó a lanzar al aire varios papelitos azules con una leyenda escrita. Eso me intrigó y decidí preguntarle qué significaba eso. “Es una forma de honrar a la montaña. Cada papelito tiene oraciones escritas y el viento las lleva hasta lo alto, hasta donde se quiere llegar”, me contestó. Ante esa acción en apariencia tan sencilla, pero tan valiosa, decidí unirme a ellos. En el camino al Everest presencié varias manifestaciones de espiritualidad, conocí templos y personas sencillas que conviven con la naturaleza, que están en armonía, que se llenan de paz y tranquilidad.

El 19 de abril nos preparamos para salir hacia el campamento base avanzado, que estaba a 6400 metros. Nos ayudarían a transportar nuestras pertenencias los tibetanos en sus yaks; teníamos que repartir muy bien la comida entre ambos campamentos para no sufrir percances. Todo era lento y bien pensado, nuestro ascenso debía ser paulatino, no debíamos precipitarnos. Al llegar a este campamento, nos dispusimos a trabajar arduamente. Elegimos el lugar donde cada uno levantaría su tienda, tomando en cuenta una correcta ubicación hacia el norte, lejos de los yaks y, sobre todo, procurando que el terreno fuera plano para dormir horizontalmente. Los problemas no tardaron en llegar. La ausencia de cocinero, la mala administración de provisiones de alimento y mi propensión a las enfermedades gastrointestinales fueron complicaciones que tuve que encarar, sin contar el frío y los intensos vientos. No obstante, nada me quitaba el buen ánimo y los deseos de verme en la cima.

Días después empezamos el proceso de aclimatación en el campamento 1 (C-1). Subíamos y bajábamos para acostumbrarnos a la temperatura y al terreno. Uno de los días finales de abril, mientras dormía en el C-1, busqué una estrella fugaz a la que pediría mi único deseo: llegar a la cumbre. Aquellos días experimentaba una sensación que me fascina, pese a ser contradictoria: una mezcla de cansancio físico con alegría del alma.

Después de pasar más de dos semanas viviendo entre los 6400 y 7300 metros, las cosas se hacen cada vez más complicadas; sin embargo, me sentía fuerte y bien aclimatada. Los momentos en los que podía entrar en contacto con familia, amigos y seguidores desde mi correo electrónico me inyectaban fuerzas y ánimos para continuar mi sueño. Al leer todos los buenos deseos y comentarios positivos, sabía que no escalaba sola ese gran reto, había un sinnúmero de personas al tanto de mis pasos.

Un hecho trágico nos conmovió a todos en nuestro campamento. Un grupo de ucranianos que ya estaba en el C-3 había decidido subir sin oxígeno, a pesar de las malas condiciones climatológicas. Sólo uno de ellos pudo regresar con bien al campamento, uno estaba perdido y otro pasó la noche a 8500 metros debido al cansancio. Un grupo de

*sherpas* y otros ucranianos subieron a rescatarlo y al final bajaron con él. Lo peor es que estaba inconsciente, presentaba serias lesiones en manos, pies y nariz a causa del frío extremo. Era seguro que debían ser amputados manos y pies por su condición tan grave. Este suceso nos hacía más conscientes de que debíamos ser responsables de nuestras decisiones, debíamos bajar vivos, pues no hay montaña que valga más que la vida de un ser humano. Para desgracia de todos los alpinistas, los accidentes no cesaron, se supo de varias complicaciones en los distintos ascensos. No nos quedaba más que estar alerta. No podíamos darle más importancia a la cumbre que a nuestras vidas, eso jamás. Debíamos evadir la “fiebre de cima” que se propagaba por los distintos grupos.

La estancia en el campamento base avanzado me sirvió para esclarecer mis ideas, para repasar mi plan de ascenso y para prepararme ante cualquier contratiempo, por ejemplo, si a las 12 no había conseguido la cumbre, debía regresar, pasara lo que pasara. En esos momentos contaba más la concentración, cualquier distracción me costaría caro, eso lo sabía; por ello, focalicé mi mente en hacer bien las cosas y evitar los errores.

Poco antes de ascender, mi entrenador y yo tuvimos una fuerte discusión. Él decidió que no subiría conmigo, pues él era mucho más rápido que yo y si me esperaba podría enfriarse y ponerse en riesgo. Por ello, él insistía en que yo debía subir a la cumbre el 26 de mayo, sin embargo yo lo había planeado para el 27. Él alegaba que el tiempo podía empeorar para ese día, que debía aprovechar las condiciones más estables. No cambié mis planes y decidí hacerlo como lo había pensado. Sabía que sin su apoyo sería más complicado emocionalmente, pero no tenía miedo, era más fuerte el deseo de seguir mis sueños y mis planes. Iba a subir, con él o sin él. Una noche antes del ascenso, recibí una llamada de mi entrenador, en la que me brindaba todo su apoyo, lo cual me dio más tranquilidad.

La noche del 27 de mayo de 1999 era particularmente fría, aunque con poco viento. Llevábamos buen ritmo de avance, en casi tres horas conseguimos llegar a los 8500 metros de El Everest. En esta ocasión mi concentración era extrema, no me iba a permitir ningún tipo de distracción, mi único pensamiento era pisar firme y avanzar. Tiempo después mi alma se estremeció, pues cada vez faltaba menos. El paisaje jugó su papel, era imposible no admirarse ante un cielo lleno de estrellas y la inmensidad de la nieve.

Cuidábamos cada detalle del ascenso, por ejemplo, cuando estábamos cerca del primer escalón cambiamos el tanque de oxígeno para llegar con uno nuevo para la cumbre y el regreso. No todo era sencillo, el camino era obstruido por un expedicionario que murió en 1996. Al levantar la vista, todo parecía como una película de terror, más de veinte cadáveres daban la bienvenida a los intrépidos que pasaban por ahí. Le pedí a Dios que me permitiera llegar a la cumbre y regresar con bien; yo haría mi parte, no cometería errores.

La experiencia en la montaña ayuda a potenciar los sentimientos humanos, es increíble que sensaciones básicas como el cansancio, el dolor, el hambre o la soledad sean llevadas al límite y saquen a flote reacciones nunca antes vividas. Por ello, cuando se está en el camino de ascenso se debe tener la mente clara y no dejarse abatir, no se debe caer en

crisis porque lo único que provoca es desconcentración en el trabajo de montaña. Una parte peligrosa son los tres escalones para llegar a la cima. Una expedición china, en 1975, levantó una escalera de aluminio para facilitar el acceso al segundo escalón, lo malo es que es muy peligrosa pues sin nieve queda floja.

A nosotros nos esperaban obstáculos muy complicados. El primero era un escalón de diez metros verticales, más o menos; el segundo, de veinte, y el tercero, de cinco. Seguíamos avanzando hasta que quedamos frente a una pared: “Debe ser el segundo escalón”, pensé. Comencé a escalarla con mucho esfuerzo, hasta que llegué a una pared más grande que la anterior, y cerca de ahí estaba una escalera vieja, lo cual me indicaba que me encontraba en el segundo escalón. El sol se reflejaba de manera maravillosa en este escalón, la pared parecía hecha de oro. No quise desanimarme y ascendí concentrada como nunca en mi vida, ponía los pies y las manos en los lugares precisos para encontrar tracción. A veces sentía que una fuerza externa me ayudaba a continuar, era como si los guardianes de la montaña me aseguraran e impulsaran para que yo subiera.

Metros después, caminábamos sobre una esquina prominente y dejábamos a nuestras espaldas elevadas montañas. El día era ideal, no hacía mucho frío, el sol era brillante, y la visibilidad muy buena. Más allá del tercer escalón estaba la Pirámide Somital, y detrás de ella, la arista cimera. Muchos montañistas a estas alturas se sienten sumamente agotados, creen que ya no pueden más; a mí me sucedió al revés, estaba completamente concentrada. En el camino me encontré con Helga que venía bajando con dos *sherpas*, me dijo que faltaba poco y me dio un abrazo. Esas palabras actuaron como una dosis extra de energía y, casi como por arte de magia, mis pasos se aceleraron. Dorje me pasó a mi entrenador quien llamaba por radio. “¿Dónde estás?”, me preguntó. “En la Pirámide Somital”, respondí. “Sigue adelante y no te detengas, vas a buen tiempo, pero debes apresurarte. ¡Estás a sólo media hora del techo del mundo!”, concluyó. Preguntó a Dorje si habíamos visto a Heber, nuestro compañero argentino, bajar; Dorje dijo que no, nos pidieron que avisáramos si lo veíamos, pues tenía más de una hora que se le había visto llegar a la cima y no lo habían visto bajar; todos sabemos que no debemos permanecer mucho tiempo en la cumbre. Además, Heber había subido sin oxígeno: sería el primer Argentino en la cima del Everest sin oxígeno, por la ruta norte. Me preocupé, después de todos los accidentes y los cuerpos en el camino lo que menos quería era encontrarme a mi amigo muriendo en el ascenso.

Desde el campamento base avanzado, mi entrenador nos seguía con un telescopio, su visibilidad era mejor que la de nosotros, lo que me dio confianza para seguir. Cuando llegamos a la punta de la Pirámide, mi corazón casi se salía de mi pecho, creía que la cumbre estaba a unos pasos, pero no era así.

Para llegar debíamos ir por una ruta complicadísima. El camino estaba muy expuesto y nuestra cuerda ya era muy delgada y frágil, cualquier resbalón significaría una caída de por lo menos 2000 metros. La máscara de oxígeno me quedaba grande y mis lentes se empañaban demasiado. La desesperación apareció, pero no quería caer, así que me quité la máscara para continuar. A una altura de 8800 metros y sin oxígeno, mis pasos se

hacían lentos, sentía las piernas pesadísimas, el esfuerzo para inhalar era descomunal. Me puse de nuevo la máscara para no debilitarme, pero al final me la volví a quitar. A pesar de todo me sentía muy fuerte. Dorje y yo seguíamos caminando, daba diez pasos, hacía diez respiraciones profundas y volvía a empezar. Faltaban escasos metros. Dorje se adelantó y comenzó a filmarme. Lo veía tan cerca y a la vez tan lejos pues ya había perdido todo el sentido del espacio. Cuando me agaché para recuperar un poco la respiración, supe que me faltaban sólo ocho metros, pero ya no podía, era demasiado para mí.

De pronto vino a mi mente toda esa gente que creía en mí. Recordé a la pequeña del campamento, a mi familia, a mis amigos, y a todos mis seguidores. Estaba a muy poco de la cumbre por todos ellos. No podía defraudarlos. Entonces, decidí ofrecer cada uno de mis pasos por cada persona que había depositado todas sus esperanzas en mi ascenso (y como eran tantos, pronto llegaría a la cima). Ahí estaba mi mamá y su apoyo incondicional, mis sobrinos, mis amigos, mis patrocinadores, y cada niño que me escribía un correo. Así, la fuerza apareció y mis pasos se aceleraron.

“Faltan dos metritos”, escuché a mi compañero argentino. Me agaché para recuperar el aliento. Di unos pasos más y Heber se puso en pie para recibirme con un abrazo de cumbre, fue cuando comprendí el por qué se había quedado tanto tiempo en la cima: él había llegado solo y comprendió que de nada sirve llegar muy alto si estás solo y no tienes con quien compartirlo, por eso decidió esperar, para compartir el éxito con el que le seguía, y ésa fui yo. De pronto, oí la voz de mi entrenador: “Karla, Karla, ¿dónde estás?” “Karla está en la cumbre”, dijo Dorje, y festejó cantando una canción tradicional tibetana.

Ya en la cima miré a mi alrededor, hacia donde volteara podía confirmar mi ascenso. Estaba en la cumbre del mundo, no había más tierra que escalar ni lugares que descubrir, lo único que tenía entonces era el cielo y su inmensidad. Mis ojos no podían abarcar toda la grandeza que estaba delante de mí. Pensé en Dios y pude comprobar su magnificencia, la creación absoluta. Le di las gracias por permitirme presenciar lo que muchos seres humanos nunca podrán vivir. Poco después me senté para sacar la bandera de México que traía en la mochila; por muchos años había soñado con ese momento: en la cima del mundo, vestida de rojo y los brazos en alto en señal de triunfo. No esperé más y cumplí mi sueño tan anhelado. Me tomé varias fotografías con las insignias de mis patrocinadores, dejé una cruz de plata muy significativa para mí, otra cruz de madera (que me regaló un niño en Monterrey). Quise poner también la foto de mi mamá; sin embargo, nunca la encontré. Para remediar esto, le hice una llamada satelital a ella. Curiosamente la conversación se escuchaba como si yo me encontrara muy cerca, en mi casa de México. “Reza por mí para que todo salga bien”, fue una frase que le dije a mi mamá durante la llamada. Fui realmente feliz. Realicé otra llamada a Jesús Díaz, de Iridium, quien tuvo la primicia de mi ascenso, realizando un récord mundial: la primer llamada con un teléfono satelital móvil desde la cima del Everest. En total, estuve treinta y cinco minutos en la cima. Durante ese tiempo agradecí a Dios, a la vida y a la montaña, por permitirme estar ahí y disfrutar de la magnitud de la naturaleza. Comprobé

que mi propia pequeñez pertenecía al todo, que es la grandeza del mundo.

El descenso no fue nada sencillo, con el cansancio auestas y el camino largo, lo único que giraba en mi mente era que había cumplido un sueño muy grande. Poco a poco me focalicé en dar pasos firmes, tenía muy presente todos los accidentes que había visto en el camino, por ello debía ser más que cuidadosa. Hasta entonces debía hacer a un lado cualquier festejo que pudiera distraerme, en realidad el éxito estaba en llegar sana y salva al punto de partida. 90% de los accidentes son de bajada, después de estar en la cima es importante no perder la atención, concentrarse en cada paso, pues el exceso de confianza puede costarte muy caro.

La mayoría de la gente da todo en la ruta de ascenso, y a veces su regreso se vuelve desafortunado, se experimenta mayor fatiga, física y mental. Hay que luchar contra el ego, enemigo invisible, que te puede traicionar si consigues la cumbre y pierdes la meta de descender íntegramente. Asimismo te enfrentas al sentimiento de fracaso, el cual puede derrumbarte con facilidad.

### **DIEZ AÑOS DESPUÉS: LAS REVELACIONES**

Pensar en subir una montaña no te lleva a la cima si no comienzas por caminar, por dar ese paso que te acerca a ella. Dicen que la fe mueve montañas, pero esto no ocurre sólo por pensarlo, porque la fe con hechos es la que impulsa a la acción, las obras concretas con pasos firmes y constantes hacen la diferencia. El Everest me enseñó que el esfuerzo que pongo en cada paso es lo que realmente importa. Ahora sé que en ocasiones la cumbre no puede ser alcanzada, mas no por ello hay fracaso, al contrario, el aprendizaje es ver que aún estás vivo y puedes volver a intentarlo. La montaña me abrió las puertas a ese círculo virtuoso, en el que al lograr una meta, me siento feliz y reconozco nuevas habilidades o capacidades que no sabía que tenía, y como consecuencia, me pongo otra meta más alta, y otra más, para crecer como ser humano. Si aprendemos de los éxitos y fracasos, evaluaremos el esfuerzo que pusimos en el proceso.

Diez años después de haber logrado la cima de El Everest cumplí la promesa que hice en la cima: regresar para agradecer a la montaña el haberme permitido ver el mundo desde su cumbre; en aquel entonces, aunque con un profundo agradecimiento, aprecié lo maravilloso de la vista, la curvatura de la Tierra, la cordillera de los Himalayas y el azul profundo del cielo; mi pequeñez y la grandeza de Dios; no me percaté de que eso era sólo el comienzo, ya que gracias a la cima empecé a compartir mis experiencias con niños, jóvenes, universitarios, ejecutivos y empresarios, en México, en todo el continente americano y en Europa, a más de 50 mil personas, lo que me permitió ver no sólo desde mi cumbre: me permitió ver sus cumbres, sus logros, sus sueños, las distintas montañas de mujeres, niños y ejecutivos. La cima de El Everest me dejó ver el brillo de los seres humanos, que cuando logran sus metas, su mirada cambia y brilla como pequeñas estrellas en la tierra.

## Palabras clave

**Autocontrol.** En la montaña aprendí no sólo a controlar mi sed, el hambre, el cansancio y el miedo, la montaña me enseñó que de lo único sobre lo que tengo control, es sobre mí misma, sobre mis sentimientos e impulsos, mis pensamientos, el dominio de mis reacciones a través de la determinación y de la voluntad inquebrantable.

## VIVENCIAS

El camino para llegar a la cima más alta del mundo trajo consigo momentos muy dolorosos, tanto en lo físico como en lo emocional. Cada situación me hacía descubrir que en la vida hay que esforzarse y, desde nuestra pequeñez, con humildad, ver más allá de nuestros reducidos horizontes. La enseñanza fue extraordinaria, el proceso fue duro; sin embargo, comprendí que las cosas que valen la pena implican un esfuerzo, una lucha que va más allá de una conquista externa, una lucha que conlleva la conquista interna de nuestros propios límites. Cada experiencia vivida, por más simple que pareciera, desde los preparativos hasta el entrenamiento, aportó un grano de arena para lograr el ascenso a la inmensidad de la montaña. En este viaje aprendí:

- A luchar por mis objetivos de manera responsable y coherente, a saber que nunca debo perder de vista “subir en estilo”.
- Que aceptar los errores con humildad te hace avanzar en la montaña personal.
- A establecer un vínculo con la naturaleza. Aprendí a escuchar al silencio, y en el silencio pude escuchar a mi propia alma.
- A fortalecer mi cuerpo, templar mi espíritu y, principalmente, orientar mi energía y concentración.
- Que en la montaña, decidir dar un paso no sólo significa avanzar, ir hacia delante: es seguir viviendo, es estar comprometido contigo mismo.
- Que la capacidad de estar atento en el aquí y en el ahora nos hace vivir el presente con absoluta intensidad.
- Que el verdadero líder es quien potencializa las capacidades de su equipo, y hace brillar a su gente.

## TERCERA MONTAÑA

MONTE MCKINLEY,  
LUGAR DE DESAFÍO

*Quien no comprende una mirada,  
tampoco comprenderá una larga explicación.*

PROVERBIO ÁRABE

### Ficha técnica

Continente: América (en Norteamérica)

País: Alaska (Estados Unidos)

Cadena: Montañas rocosas

Altura: 6194 metros

Rutas principales: Ruta West Buttress

Autor del primer ascenso: Hudson Stuck, H.Karstens, W. Harper y R. Tatum

Fecha del primer ascenso: 7 de junio de 1913

Otros nombres: Los atabascos (nativos esquimales) la llaman Denali, que significa “el alto”.

El Monte McKinley es la montaña más alta de Norteamérica. Es conocido por los atabascos (nativos de origen esquimal) como *Denali*, que significa “Alto”. Su nombre lo dice todo por sus 6194 metros sobre el nivel del mar, a una latitud de 63° Norte, muy cercana a la del Polo Norte magnético, que se encuentra en Resolute Bay, al norte de Canadá. McKinley representa uno de los más grandes retos para los alpinistas, dada su cercanía al círculo polar ártico, sus bajas temperaturas y un considerable desnivel de 4000 metros desde el campamento base. A pesar de ser un “seis mil” (monte con 6000 metros o más de altura), los intensos vientos y su frío extremo ayudan a que sea tan complicado como un “siete mil” (7000 metros o más de altura), tan cercano a lo que se llama “zona de la muerte”.

El desnivel de McKinley es desafiante, por ello se requiere de una gran infraestructura para enfrentarlo, aunque considero que lo más importante es que el ascenso lo haga un

equipo eficiente y dispuesto a colaborar en todo lo que se ofrezca, ya que las distancias que se deben recorrer son extensas y las condiciones meteorológicas de calor y frío, extremas. Ante este panorama debía estar muy bien preparada.

El camino hacia las siete cumbres siempre me daba sorpresas y en esta ocasión no fue diferente. Además del ascenso que ya de por sí era todo un reto, se presentaba un nuevo desafío, debía ir a la expedición sola. Las veces anteriores lo había hecho con conocidos o compañeros de montaña, pero esta vez mi esposo estaba en El Everest, y yo, del otro lado del mundo, iniciando esta aventura con un equipo nuevo por completo.

El 24 de mayo del 2000 salí rumbo a Alaska. Tomé mis maletas, pedí un taxi y llegué sola al aeropuerto. Me sentí extraña ya que iba completamente sola, nadie fue a despedirme. La escala que hice en casa de una amiga que vive en Los Ángeles me sirvió muchísimo para distraerme, porque estaba preocupada por mis amigos y por mi esposo que se encontraban en El Everest, y aunque sabía que eran fuertes, siempre existen riesgos; además, me sentía nerviosa por lo que iba a venir en el McKinley.

Después de muchas horas de vuelo, llegué a mi destino a las 12 p.m. (horario del lugar). Fue un lío encontrar mi hotel, en el aeropuerto me dijeron que no existía ningún lugar con el nombre que les di. Aun así pensé que Anchorage no era muy grande y de seguro lo hallaría. Un taxista muy amable me ayudó a localizarlo. El lugar, un pequeño *Bred and Breakfast*, era una hermosísima casita que parecía de muñecas, ahí me esperarían mis compañeros de Australia y Nueva Zelanda. Recordaba bien el hotel aunque hacía cinco años que había ido a Alaska; reconocía el lugar porque estaba cerca de un restaurante excelente. En esta ocasión, al llegar, vi pegadas a la puerta dos hojas de papel que decían “Karla, sigue la flecha” y un sobre con un mapa de la casa para llegar hasta mi cuarto (qué detallazo, ¿no?). Iba recogiendo huellas de pies que servían como las pistas, hasta que quedé frente a una puerta que decía: “Karla, *you are now at your destination.*” Cuando la abrí quedé impresionada: estaba en un hermoso cuarto acogedor, con vista a las montañas y al mar.

Al día siguiente, después de hacer las llamadas correspondientes, me fui a pasear por Anchorage para hacer las compras necesarias para el ascenso. Por la tarde regresé al hotel y supe que el vuelo de mis compañeros se había retrasado, por eso no los había visto. El que llegó primero fue Mark Woodyard, “Woody”, neozelandés con mucha experiencia en *heliski*<sup>[2]</sup> y una sonrisa sumamente amable. Muy temprano llegó Peter O’Connor, el líder de la expedición, a quien había conocido en Queenstown, y quien amablemente me trajo algunos encargos que mandé pedir de Nueva Zelanda. Por la tarde llegó Ralph, un prestigioso abogado, acompañado de su esposa. El grupo se formó poco a poco. Más tarde llegó Geoff, quien fue CEO del Bank of America en Australia, y Brendan.

El 27 de mayo (primer aniversario de mi ascenso a El Everest) partimos hacia Talkeetna, un pequeño poblado a la mitad de la nada; nos llevó cerca de tres horas llegar hasta ahí. El paisaje era increíble, el bosque, los pinos de todos tamaños, el cielo de un azul profundo con pocas nubes y las montañas nevadas al fondo, parecía un hermoso cuadro de galería; lo mejor era que podía tocarlo, que era real y estaba ante mis ojos.

Ese día dormimos en la base aérea del lugar. Por la noche, nos reunimos para cenar en una cabaña cuyo dueño era un amigo de Peter llamado Tod, un viejito de aproximadamente setenta años, encargado de los aviones y del piloto que nos llevaría.

Todos los miembros del equipo hablaban entusiasmados de la montaña, mientras que Tod nos observaba en silencio y sonreía. Al darme cuenta de ello me puse a platicar con él. Me contó que era de Seattle, que había estado ocho veces en el McKinley, pero que sólo una vez llegó a la cima, pues el mal tiempo se lo había impedido la mayoría de las veces, a pesar de que había intentado varias rutas. Me preguntó qué escalaba en México, así que saqué uno de los regalos que siempre cargo con el símbolo de nuestros volcanes y de mi club de montaña, el Club Alpino Mexicano (CAM), para mostrarle algunos de los montes de mi país y se lo obsequié. Se puso el pin en su sombrero, su sonrisa reflejaba alegría. Cuando salimos del restaurante, Tod se acercó y me dio un llavero con un águila de cabeza blanca, de peluche; me dijo: “Llévala muy alto a donde pertenece”, sonreí y le agradecí aquella muestra de confianza.

Visitamos el museo Talkeena para ver un mapa a escala y en tres dimensiones del Denali, lo que me dio una muy buena idea de la distancia que implica ascender esa montaña, además de la posible ruta que podríamos tomar. Después de esta visita, fuimos a la oficina del guardaparques para realizar todos los trámites del permiso de ascenso. Es obligatorio que antes de partir a la montaña, los guardaparques den una presentación, mostrando la ruta y los riesgos; esta práctica, además de didáctica, es muy ilustrativa para todos los que van a emprender el ascenso.

Nuestro vuelo en el Cessna hacia el glaciar estaba programado a las 5 p.m., así que nos preparamos para salir a tiempo. Por toda nuestra carga, iríamos tres en una avioneta y tres en otra. En la que yo viajaba, iba al mando un piloto muy malhumorado que en cuanto vio mi equipaje con candados me dijo que al lugar donde nos dirigíamos no era necesario tomar esas precauciones; no voy a negar que ese comentario me hizo sentir un poco incómoda. Más tarde, cuando alcanzamos buena altura, la vista era espectacular y quise filmarla, pero me lo prohibió; obviamente me molestó, pues el paisaje debió quedar grabado, sin embargo, decidí que eso no me iba a amargar el viaje; después ya no presté tanta atención. Durante el vuelo se le dio aviso de que el clima había cambiado, por radio nos avisaron que no podíamos aterrizar; ante esta advertencia nuestro piloto dio varias vueltas y regresó al punto de partida.

En esos momentos estábamos desconcertados porque todo se volvía incierto: podríamos salir en unas horas o tal vez en días, nada nos lo aseguraría. Desde el principio saltó a la vista la actitud que tendría Peter con nosotros. Mientras esperábamos fue a comprar refrescos y nueces para todos, lo cual nos puso de mejor humor. El líder se había manifestado. Siempre hacía sentir bien a los miembros del equipo, se preocupaba por todos, actuaba siempre sin muchas palabras y con acciones contundentes. Cuando el ánimo estaba recuperado, el piloto dijo “Vámonos”, si no lo hacíamos tendríamos que esperar tres días. Volvimos a despegar a las 9 p.m., y después de ese contratiempo llegamos a nuestro destino.

## EL VERDADERO LIDERAZGO

Nuestro arribo al campamento base fue increíble; pudimos aprovechar el terreno, pues la mayoría de los expedicionarios había quedado varada en el aeropuerto a causa del mal tiempo.

Éramos seis personas en total: dos australianos, tres neozelandeses y yo, la única mexicana; nos dividimos en dos grupos. Mi equipo quedó conformado así: Peter, Geoff y yo; en el otro iban Woody, Ralph y Brendan. Aunque conocí a Peter hacía un año durante una expedición en los Alpes Neozelandeces y coincidí con Geoff en el ascenso a El Everest en 1999, y ambos alcanzamos la cumbre el mismo día, los demás eran para mí desconocidos. Eran amigos de Peter y Geoff. Sin importar esto, Peter logró que un pequeño grupo de personas, que apenas se conocían, se integraran como un verdadero equipo, con lazos tan fuertes que aún persisten.

Al llegar pusimos manos a la obra. Reempacamos y reacomodamos todo, lo pusimos en los trineos y, alrededor de las 10:30 p.m., comenzamos nuestro avance. Con siete grados bajo cero, la temperatura nos empezó a mostrar cómo serían las cosas de ahí en adelante. Para evitar contratiempos, saqué de inmediato los guantes gruesos y la gorra de lana para abrigarme debidamente.

Recuerdo que llegamos alrededor de las 2 a.m. al campamento intermedio, cerca del campamento 1; ahí acampamos. Al día siguiente nos levantamos temprano para continuar la ruta hasta el campamento 1, donde nos establecimos. Peter, Woody y Brendan se quedaron en una tienda, yo puse al lado de ellos la mía, pues requería de mayor privacidad. En ese lugar tomé varias fotografías del paisaje.

Nuestro líder decidió que escalaríamos con el horario de Nueva Zelanda, lo que significaba aprovechar las veinticuatro horas de sol y trabajar cuando los otros descansaban. Iríamos por la ruta más limpia, esto es sin tráfico de gente, sacrificándonos un poco por el frío que había durante las horas de la noche. Éste era un buen plan, todos accedimos, pues preferíamos disfrutar de la montaña y hacer nuestro trabajo sin que se viera afectado por el ritmo de los otros equipos.

Un día después preparamos todo para salir. El frío empezaba a jugar su papel, para entonces ya estábamos a diecinueve grados bajo cero. Sin importarnos las condiciones iniciamos nuestro ascenso al campamento 2, en donde llevaríamos una carga más pesada. Estábamos realizando cargas porque en el McKinley no hay porteadores, *sherpas* ni *yaks*, así que todo lo cargamos en nuestras espaldas, así como en nuestros trineos, no sólo el equipo personal sino la carga de todo el equipo en común (carpas, alimentos, medicinas, cuerdas, gasolina, etcétera). Íbamos pesados. Como estaba en mi periodo, la menstruación me debilitó y me costó mucho esfuerzo. Tenía un cólico fortísimo pero aun así había que subir. Un poco después dejamos la carga, y Peter me dijo que yo lo guiara de bajada, es decir, que yo liderara esa vez. La indicación rompía con los paradigmas de todos (en un equipo de cinco varones). Ese fue un mensaje claro para el resto del grupo (“todos somos iguales”, “debemos confiar unos en otros”), y me sentí muy agradecida. Al principio no fue sencillo. Brendan y Ralph bajaron conmigo,

aunque con actitud renuente, sentía que no estaban dispuestos a seguirme. La visibilidad estaba cerrada hasta el suelo por la neblina y nevaba mucho, pero como era rápida me siguieron. En nuestro camino nos topamos con muchos grupos que iban subiendo, a diferencia de lo que hacíamos nosotros. El tiempo empeoraba cada vez más, habíamos salido, con mucho frío, sí, pero sin tormenta y con buena visibilidad. Contrario a lo que sucedía en el exterior, mi panorama interno se iba aclarando: el plan de Peter de cambiar los horarios y trabajar más temprano nos había beneficiado. Al llegar al campamento 1 me quedé en mi tienda. No pude salir ya que todo el día estuvo nevando. Hice algunas llamadas con mi teléfono satelital (que debo mencionar, cada gramo valía la pena cargarlo); todavía me sentía inquieta porque aún no sabía de mi esposo, pensaba mucho en él y rezaba para que todo saliera bien en su intento de cumbre.

Desmontamos todo y salimos rumbo al campamento 2 (C-2) con nuestros trineos. El mío estaba pesadísimo, pues además de mis cosas: tienda adicional, teléfono satelital, paneles solares y radios, iba cargando objetos comunes del equipo porque el peso de todos se debía distribuir entre todos de manera igualitaria. Al llegar al C-2, Mark “Woody” me dijo que descansáramos veinte minutos. Yo me sentía bien, estábamos bien aclimatados, así que no creí que hubiera problema; me sentí confiada y aumenté mi carga con un galón de gasolina. Salimos de ese sitio a las 7 a.m. El tiempo estaba excelente, el día era perfecto, a pesar de que los anteriores no habían sido los mejores. Es verdad lo que se dice del McKinley cuando se afirma que las condiciones son extremas: de un día a otro el panorama es completamente diferente, de ahí el peligro de ascender. El clima en la montaña era radical, los vientos y las temperaturas cambiaban de manera exponencial, por tanto, era muy fácil sufrir congelaciones, o bien, caídas mortales.

Todo el tiempo estuvimos encordados, el cruce de las grietas resultaba más seguro si todos íbamos unidos por cuerdas. Para que todo funcione bien, el equipo debe mantener cierta distancia entre uno y otro, la suficiente como para mantener el equilibrio: la cuerda no puede estar tensa ni muy floja. La pendiente de 45° me estaba costando mucho, cuando al final la había librado, ¡oh, sorpresa!, venía otra de aproximadamente 60°. Estuve a punto de decirle a Peter que me quería desencordar, que ya no podía, y que necesitaba descansar. El peso que llevaba en mi espalda era excesivo, los hombros me ardían de tanto dolor, la mochila que cargaba y el trineo que llevaba representaban más que mi propio peso. Llevar todo el equipo no era sencillo, se debe atar con una cuerda el trineo a la mochila de la persona, para ello se hace un nudo *prusik* directamente a la cuerda, lo que evita que el trineo caiga en una grieta.



**Aconcagua.**



**Con Sofi, quien me inspiró aún más.**



**Sofi y otras futuras exploradoras.**



**Aconcagua, Campo Base.**



**Hidratándonos en el campamento, aclimatación rumbo al Aconcagua.**



**Heber Orona en Aconcagua.**



**El Centinela de Piedra, 6962 mts. Aconcagua.**



**En la cima del Aconcagua, con la bandera de mi primer patrocinador.**



**Rumbo a Chukking, 4800 mts. Himalaya.**



**Vista desde los Himalayas.**



**Ama Dablam, una montaña hermosísima. Himalaya.**



**De regreso para dar gracias. Himalaya, 2009.**



**Un tibetano shiri y su hermanito. Mis amigos en Pangboche, Himalaya.**



**En la cima de Kala Pattar, colocando banderas de oración como muestra de agradecimiento. Himalaya.**



**El Everest, 10 años después, regalándome el brillo de su cima.**



**Camino al *Base Camp* del Everest, en 2009. Ceremonia de acción de gracias.**



**Stupa tibetana, en Dingboche. Himalaya**



**Cho Oyu, 8201 mts. Mi ascenso a La Diosa Turquesa, en 1996. Himalaya.**



**En la cima de El Everest, con Dave. Atrás, el Makalu y la foto del Dalai Lama. Himalaya.**



**A mis espaldas, el Lothe, Glaciar del CWM. El Everest, 1998.**



**En la cascada de hielo. Durante mi ascenso a El Everest por la ruta sur, 1998.**



**Llamando a casa. El Everest, ruta norte, 1999.**



**El Everest resplandeciente con la luz del atardecer. Noviembre, 2009.**



**Durante una tormenta, camino al campamento base de El Everest, 2009.**



**Casi 10 años después, dando gracias en El Everest. 2009**



**Mis amigos shiri de Pangboche, 10 años después.**



**El Everest y Nupste, 2009.**



**Le tomé esta foto a Woody durante el sol de medianoche, bajando de la cima del Monte McKinley.**



**De regreso a la cima del Denali, McKinley.**



**Jeff y yo, en un ascenso a Camp 5, en McKinley.**

A pesar del cansancio y el dolor, no dije nada y seguí avanzando. Llegamos a un punto que creí que era el campamento 3 (C-3), pero la fatiga no me había dejado identificar bien el lugar; cuando me cercioré, supe que no era el campamento, todavía tenía que seguir jalando el trineo; ya no pensaba en nada, sólo me sentía como burro de carga. Al fin llegamos al C-3, de acuerdo a nuestros primeros planes. Peter y Woody armaron su

tienda y yo puse la mía al lado.

Ahí empezamos a trabajar duro en el levantamiento de las paredes de bloques de hielo que nos protegerían de los fuertes vientos. Dentro de la tienda el sol pegaba directo y calentaba muchísimo, por ello decidí poner el protector plateado para refractar el sol y que se mantuviera más fresco el ambiente. Llamé de nuevo a México para preguntar por la expedición a El Everest, pero no me dieron buenas noticias. Mi esposo no había logrado la cumbre, era su segundo intento y pensé en lo mal que se sentiría; eso me dolió muchísimo, me dejó muy triste, sin embargo, estaba bien y mientras se cuente con vida, la montaña puede esperar.

Un miembro de otra expedición me pidió prestado mi teléfono satelital, mis compañeros se dieron cuenta de que eso era un pretexto para acercarse a mí y, protegiéndome de él, me preguntaron si quería que ellos se hicieran cargo del teléfono para que esa persona se alejara y ya no me molestara, así que accedí. Nuevamente comprobaba que iba con el grupo correcto, ellos me defendían y se preocupaban por mí.

Una vez que la vista se despejó, mis ojos no creían lo que tenían enfrente. El paisaje desde la puerta de mi tienda era indescriptible, el azul del cielo era extraordinario. Teníamos que prepararnos para despertar a las 6 p.m. y emprender la marcha a las 7:30, pues habría que dejar una carga en el campamento 4 (C-4) que estaba a 4328 metros, aproximadamente. Ese día vi por primera vez el sol de media noche, apenas éste se ponía, volvía a salir. Todo el ascenso fue un hermoso atardecer/amanecer. Todos los del equipo nos reíamos y tomábamos fotos, estábamos integrados por completo.

En ese momento caí en la cuenta de que el grupo trabajaba de manera armoniosa, todos eran muy serviciales, todos nos ayudábamos sin distinciones, nos protegíamos y apoyábamos. Peter había logrado que un grupo de desconocidos se integrara como un verdadero equipo de trabajo. En mi cordada veníamos Peter, Brendan y yo a la retaguardia. Llegamos a un punto llamado Squirrel Point, donde nos paramos para tomarnos una fotografía. Ésta fue una de mis mejores experiencias en equipo. Parecía una pequeña cima y tomamos la foto ahí, para vernos a todos juntos en la cumbre.

Mientras subíamos, el cielo se pintaba de rosa y celeste con tonalidades lila; el monte Hunter y el Foraker eran simplemente hermosos. Casi a la media noche llegamos a Windy Corner, ahí nos abrigamos bien pues la temperatura descendía en extremo por los vientos y la hora. Seguíamos nuestro camino y las temperaturas bajaron a -25 grados. Cuando llegamos al C-4 dejamos nuestras cargas.

### **PRUEBA DE AMISTAD: ENCORDADOS Y COMPROMETIDOS**

En el campamento, Peter me pidió que me quedara con Brendan y lo cuidara, pues se veía cansado porque, aunque era una persona de 1.90 metros y mucho más fuerte que yo, estaba drenado. Así que nos pusimos en camino lo más rápido que pudimos, con el movimiento manteníamos el calor corporal. Brendan venía mal, se estaba asustando pues su mano se estaba congelando, de inmediato le di un masaje y busqué calentar sus manos para continuar. En el camino de bajada, Peter nos alcanzó. Brendan se dejaba caer

muchas veces y yo estaba muy alarmada puesto que estábamos encordados y si continuaba cayendo fácilmente, su peso podía provocar que yo también cayera. Peter me decía que todo iría bien, que lo apoyáramos, que continuara. Era increíble el liderazgo de Peter quien, a pesar de su complexión delgada y baja estatura, poseía una grandeza espiritual increíble. Cuidaba tanto de los detalles que la convivencia era armoniosa, basada en el respeto y la camaradería. Por ningún motivo permitía groserías, aun entre ellos, su lenguaje era prudente y cordial, el “por favor” era parte de su esencia. Yo estaba feliz de que el destino me hubiera puesto en ese grupo, de que Peter fuera mi líder y de vivir esto sola. Peter me demostró la confianza que tenía en mí al asignarme como líder días antes y al encargarme a Brendan, eso es algo que nunca olvidaré. Con eso me sentía más fuerte y preparada, pensaba que mi entrenamiento anterior había valido la pena, que podía poner en práctica todos los aprendizajes previos; en general, sabía que la fuerza no venía de mis músculos, sino de la confianza que el equipo depositaba en mí. Ése era un liderazgo real, sacar el potencial de cada integrante del equipo, saber que cada uno haría su papel y lo haría de la mejor manera. A pesar del percance de Brendan (en donde al dejarse caer casi me tira), me sentía bien y contenta, iba por el camino correcto.

Después de un merecido descanso continuamos la marcha. Cuando Peter me dijo “subiremos”, pensé que él quería poner algo más de carga, pero en realidad Peter hablaba de ascender, lo cual significaba que todos, en equipo, subiríamos encordados. Ahora tenía mayor responsabilidad, pero a la vez fuerza. A las 4:30 a.m. ya estábamos de nuevo en camino al C-4. En el primer tramo, Pete cargó su mochila en donde llevaba las cuerdas, la tienda y más equipo lo que representaba como treinta y cinco kilos de peso, además del trineo. Después del segundo tramo, el trineo que jalaba Brendan lo hacía hincarse, se veía muy agotado. Yo les dije que podía con el trineo en la pendiente. Subí con mi mochila pesada en la espalda y el trineo a cuestas, mis músculos se jalaban, casi me quemaban, pero continué. Al llegar a un punto antes de Windy Corner, todos me felicitaron y me dijeron que era la “Mujer *sherpa*” (“mujer fuerte”) del equipo. Comprobé que cada paso que daba no era en vano, que mi colaboración contribuía a fortalecer al equipo. Llegó un momento en el que no podía más con la carga, Peter me ofreció ayuda y la acepté; el único inconveniente era que los mosquetones a los que mi mochila venía unida al trineo estaban congelados y no podían abrirse y, por tanto, no podía liberar nada más el trineo. Pete y yo acordamos en que mejor cambiáramos de mochila. Seguimos así con las mochilas intercambiadas; en el camino vimos a dos montañistas sentados, agotados, uno de ellos estaba muy enfermo de edema pulmonar a causa del frío. Una vez más la calidad humana se hizo presente, pues Peter me pidió que siguiera mientras él se quedaba con ellos para ayudarlos. A pesar de que la intención de Peter era ayudarme con el peso de mi mochila y el trineo pesado al intercambiar mochilas, no contaba yo con que Peter cargaba 35 kilos sólo en la espalda. Brendan y yo íbamos encordados, él se veía muy débil y se sentía mal, y yo sentía la espalda hecha pedazos, pues la mochila de Peter pesaba mucho; es común que así ocurra, el líder lleva la mayor carga, en la vida y en la montaña. En ese último tramo yo punteaba la cordada y llevaba el peso no sólo de la mochila, sino también de toda la responsabilidad. Al llegar

al C-4 le comenté a Woody que Brendan estaba muy mal y, aunque al momento Brendan lo negó, en ese mismo instante se dejó caer de espaldas a la nieve muerto de cansancio, lo cual nos asustó mucho a todos. Traté de levantarlo y entre varios lo metimos a su bolsa de dormir en la tienda. Ahí lo cuidamos, yo estuve al pendiente de él, le tomábamos el pulso y le dábamos agua caliente de beber. Gracias a nuestros cuidados empezó a recuperarse.

Caminábamos encordados (unidos a nuestros arneses por una cuerda) y pronto aprendimos a encontrar un ritmo de avance benéfico para todos; siempre había una palabra de apoyo y solidaridad entre nosotros. La cuerda que nos unía ya no sólo era externa, se había formado entre nosotros un lazo que nos fortalecía.

El trabajo en equipo es así, en ocasiones tú debes dar más de lo que se espera de ti y, cuando menos te imaginas, eres tú quien estás recibiendo ayuda justo en el momento que lo necesitas. Al momento que un equipo de trabajo se integra, comienza a ocurrir un fenómeno que se llama “sincronicidad”, es decir, cuando todos juntos se mueven hacia una misma dirección, con un mismo objetivo, y con una fuerza colectiva canalizada para tener el mayor impacto y mejor oportunidad de éxito.

Éste es un proceso intencional que conecta a todos los involucrados. En él hay una interdependencia, es decir, que para realizar mejor el trabajo, se requiere colaborar mejor con los compañeros, y la única forma de lograr esto es a través de la confianza y la comunicación auténtica, de saber quién necesita qué y qué puede aportar cada uno al sistema para hacerlo más eficiente o fuerte, de acuerdo con sus propias habilidades.

Así ocurría en mi equipo. Todos nos ayudábamos, aunque yo iba con mucho frío y sudada por la caminata y el peso, el bienestar de Brendan era mucho más importante. Esto se acabó cuando mi cuerpo ya no pudo resistir más y empezó a enfriarse. Quise cambiarme de ropa, pero no podía porque Peter traía mi mochila. En cuanto llegó nuestro líder me dio su *sleeping bag* para que me abrigara. Incluso con eso seguía sintiendo frío. De inmediato nos llevaron bebidas calientes y una sopa; con esto y ropa distinta me sentí mucho mejor y pude dormir perfectamente. Hasta ese momento no lo sabíamos, pero la temperatura había descendido hasta los 35 grados bajo cero.

Los días siguientes, todos realizábamos diversas tareas que partían desde las más nobles: guía del equipo, construir el iglú, cuidar a los más débiles cuando fuera necesario, lavar los trastes, derretir nieve, etcétera. Sin distinciones, nuestro líder iba turnándonos en las actividades, siempre manteniéndonos ocupados bajo un ambiente de respeto, cordialidad y buen humor. Peter pensaba que en las circunstancias adversas, la actividad y el buen humor eran ingredientes imprescindibles para la armonía del trabajo en equipo, tal y como lo hacía Sir. Ernest Schakleton. Entre todos trabajamos para construir una pequeña barda con bloques de nieve que nos protegiera del viento. De acuerdo a lo planeado por Peter, después de un breve descanso nos preparamos para salir. Ese día seríamos los primeros en las cuerdas fijas, por lo que no nos retrasaríamos por el cuello de botella que se hace en ese lugar a causa de la acumulación de grupos. Todos nos encordamos como una familia feliz (para ese entonces nos veíamos más como familia que como equipo). Durante el ascenso, a Ralph se le estaban congelando las manos, lo

que era muy serio porque en una expedición anterior en el Shisha Pagma había perdido una falange de la mano. Nuestro compañero tenía miedo, así que cuando llegamos al lugar pactado nos desencordamos.

Peter y yo agarramos una gran velocidad, pero paramos para esperar a los demás, y cuando todos llegaron a donde terminan las cuerdas continuamos el camino. Peter y yo íbamos a un paso bueno y rápido, Geoff aunque era más fuerte venía un poco más despacio; sin embargo, nunca lo dejábamos, al contrario, nos parábamos a esperarlo. Además, la ruta tiene muchos pasos expuestos, así que no debíamos separarnos mucho. Era importante detectar las numerosas grietas con los *ski poles* y señalar las áreas seguras.

Al llegar al campamento 5 (C-5) nos felicitamos unos a otros y nos pusimos a trabajar sacando las cargas y enterrándolas; después nos fuimos a un punto desde donde se admiraba un espléndido paisaje. Ahí descansamos y compartimos un poco de comida. Es increíble cómo se olvida el dolor, el cansancio, el hambre o el frío cuando reina la camaradería, era como inyectarnos gasolina extra. Haber llegado hasta ese punto de la expedición representaba un triunfo de equipo y así lo celebramos. Cada éxito, por pequeño que fuera, se merecía una palmada en la espalda como expresión de reconocimiento.

Subíamos juntos, no sólo amarrados por una cuerda: lo nuestro, aquello que habíamos logrado en el camino, era algo más grande, nosotros íbamos unidos por una soga más fuerte: la amistad.

A pesar de eso teníamos que pasar duras pruebas allá arriba. Mientras estábamos en el C-5 compartiendo momentos muy agradables, Peter me habló para preguntarme si quería hacer un intento de cumbre al día siguiente, pues se pronosticaban cinco días de mal tiempo. Si subíamos probaríamos nuestros planes; ya no había nada de qué hablar: haríamos el intento de cumbre. Estuve de acuerdo, nada me entusiasmaba más. Preparé todo mi equipo porque nos despertaríamos a las 5 a.m. para iniciar el ascenso. Me sentía tan emocionada que llamé a casa, ya que para mí era fundamental contarles lo que estaba pasando, afortunadamente recibí todo su apoyo. Mi familia me dio más fuerza.

Aquel día la temperatura estaba alrededor de los 15 grados bajo cero, sin importarnos eso, nos pusimos en marcha. Llevábamos buen ritmo y nos turnábamos para liderar; primero fui yo, luego Peter y al final Geoff. Tras parar varias veces, nos propusimos descansar un rato considerable y planear mejor lo que haríamos más arriba. Peter nos dijo que ahí nuestra comunicación debía mejorar, que cualquier cosa que nos pasara debíamos comentarla. En ese rato me vino un fuerte dolor de estómago que no podía calmar. “¿Qué pasa? ¿Por qué ahora? ¿Porqué antes de ir a la cumbre me siento tan mal?”, pensaba. Aun así tuve que seguir al pie del cañón. A las 11 p.m. salimos rumbo a la cumbre, yo seguía muy débil, la diarrea me había deshidratado y mi estómago estaba muy sensible a las bebidas rehidratantes.

La ruta hasta el Denali Pass estaba relativamente expuesta y no muy marcada, era peligroso andar a causa de la nieve floja. Sin embargo, la pendiente es tan pronunciada que se gana muy rápido una altura considerable. El glaciar nos representaba dificultades,

el terreno estaba agrietado. Era importante realizar el ascenso con mucha precaución. Cada miembro del equipo usaba un detector para que en caso de que hubiera alguna avalancha pudiera ser encontrado y sobrevivir a ella. Al llegar al Denali Pass le dije a Peter que me sentía muy mal, necesitaba tomar líquidos y comer algo; sugirió que paráramos para que probara alimento y bebiera algo rápido. En ese sitio el viento pegaba fuerte. En el camino nos encontramos con dos montañistas que venían de bajada y nos dijeron que arriba el viento era mucho más intenso, que por ello decidieron regresar. Sin desalentarnos, nosotros avanzamos y cuando estábamos aproximadamente a trescientos metros de la cumbre (como a dos horas más de camino) los vientos incrementaron, tal y como lo había dicho el reporte meteorológico que habíamos consultado. Peter nos dijo que si continuábamos entraríamos a la *Frostbite Country* (es decir, a la “zona de congelación”), y una vez ahí, sabíamos las terribles consecuencias. Nadie quería eso, así que nos dimos la vuelta y regresamos. En el camino de subida nos topamos con una persona que nos contó que el líder de su expedición había caído y había muerto. A los pocos minutos, un grupo de cuatro personas ayudaban a otro que tenía un edema cerebral, la inflamación había provocado que sus pensamientos fueran poco claros. Esas imágenes rondaron por mi mente hasta que llegamos al C-5. Yo me sentía cansada y con frío, Peter dijo que de todos modos bajaríamos de inmediato, ya que las condiciones empeoraban cada vez más. Levantamos el campamento, empacamos y seguimos, pero en esta ocasión con más peso y el viento en nuestra contra lo que era terrible, pues entraba nieve por todas partes, desde nuestra tienda hasta nuestras botas. A pesar de mi fuerte dolor de cabeza, cooperé en todo. Era desesperante.

Peter se comunicó por radio con Woody, quien le informó que el viento soplaba más y más fuerte, aun así bajamos. El viento que golpeaba con toda su furia me empujaba y me hacía perder el equilibrio. Justo cuando iniciamos nuestro descenso, las rachas arreciaron como nunca lo había vivido en mi experiencia como alpinista. Lo único que pude hacer fue apoyarme en una gran piedra y protegerme. La intensidad del viento casi me lanzaba, entonces conocí de cerca al Dios del Viento, que esta vez parecía muy molesto, parecía que quería arrancarme de la piedra donde me apoyaba. “Es demasiado fuerte para mí”, le grité a Peter. Él me contestó: “Lo sé, aguanta un poco más.” Pero el viento, en vez de calmarse, aumentaba su potencia. Tuve la sensación de que aferrarme a la roca era como aferrarme a la vida misma; en esos momentos venían a mi mente mi esposo y lo mucho que lo quería, pensaba que quería verlo y por eso debía resistir, debía aguantar en la roca si quería regresar a casa. Es cierto que tuve mucho miedo, le pedía a Dios que me diera fuerzas para resistir esos vientos. Mi mano derecha estaba agarrada de una pequeña fisura de la piedra y mi mano izquierda sostenía el piolet sobre mi cabeza. El viento le pegaba directamente a mi mano, la cual estaba enfriándose y perdiendo sensibilidad y respuesta. No sabía cuánto más podía resistir. En esos momentos Peter gritó “Aguanten un poco más”, y así lo hicimos. Creía que, puesto que todos veníamos encordados, la que tenía más posibilidades de caer era yo y, por tanto, todos caerían conmigo. “No es justo”, pensé, “ellos no tienen por qué caer si yo ya no puedo. Resistiré y me esforzaré hasta el final”.

Peter nos gritó: “¡Avancen ahora!”, y obedecimos su orden. Por unos segundos el viento se suavizó, aunque después volvería a recobrar fuerza. En esta ocasión Geoff venía punteando, yo en medio y Peter a la retaguardia. Cada paso era fundamental porque no debíamos perder por ningún motivo el equilibrio, sin importar lo pesadas que eran nuestras mochilas, pues podíamos caer sin remedio. Pedía a la Virgen que cuidara de mis pasos, y de los de mis compañeros, Geoff y Peter, ya que los tres formábamos uno solo gracias a la cuerda.

Llegamos a un punto en el que ya no sentía mi mano izquierda, me dolía muchísimo y estaba a punto de congelarse. Al momento que le informé a Peter de esto, él, instintivamente, metió mi mano debajo de su axila para darle calor. Poco a poco, aquel dolor insoportable se desvaneció y el calor volvió a ella. Primero fue la mano de mi compañero y luego la mía.

Cuando estábamos en las cuerdas fijas nos topamos con un grupo que iba a subir, nosotros nos alarmamos y les dijimos que estaban locos, que sería casi un acto suicida intentar ascender bajo esas condiciones. Les dijimos que no valía la pena arriesgar sus propias vidas, que nosotros a pesar de estar a escasos trescientos metros de la cumbre mejor bajamos para estar a salvo. Por fortuna nos hicieron caso y regresaron al C-4.

La experiencia de sobrevivencia que enfrenté curó todos mis pequeños males (olvidé el dolor de estómago y el de cabeza que no me dejaba). Los deseos de vivir me dieron la fuerza para bajar y olvidar los pesares. Por mi mente sólo rondaba la idea de protegerme, de estar a salvo y, más tarde, de descansar. Cuando entré en la tienda me recosté y no salí hasta el otro día. Siempre atentos a todo, Pete y Woody me llevaron botellas de agua caliente y la cena a la tienda. Aquella noche comí, bebí y descansé como nunca. Tendría otra oportunidad más.

Al día siguiente la temperatura descendió aún más. El frío era tremendo, por ello nos quedamos en las tiendas, lo cual era bueno porque podíamos recuperarnos de la situación tan crítica que habíamos vivido un día antes. Por un lado sabía que habíamos actuado bien al bajar de la montaña y, por otro lado, hubiera querido recorrer trescientos metros más, coronar la cumbre y estar de regreso en casa. Además, pensaba mucho en mi esposo, en lo que me había dicho durante una de nuestras conversaciones. Me dijo que en su expedición los vientos soplaban muy fuerte, que por eso habían decidido regresar. Nosotros habíamos tomado una resolución semejante, pero la diferencia era que esperaríamos una segunda oportunidad. Sin más, decidí llamar a casa para recuperar el optimismo. Es cierto que me sentía muy contenta de estar en el campamento con un equipo fuerte y compañeros que me trataban como igual, en donde todos cuidábamos de todos. Para mí todo esto era un aprendizaje nuevo. Brendan estaba haciendo un documental para Mountain Designs en Australia, así que nos entrevistó por separado a Ralph, Geoff y a mí. Era su último día en el campamento, pues bajaría al C-3 para regresar ese mismo día a Talkeetna. Tomó esta decisión porque no estaba lo suficientemente fuerte para esa montaña; el frío y la altitud lo afectaron todo el tiempo. Aun así pienso que fue un gran compañero. Cuando se despidió de todos recitó un poema chistoso sobre Nueva Zelanda y nos bailó el *Haka Haka*, danza tribal de los

guerreros maoríes. Recuerdo que mientras nosotros subíamos, él limpiaba la cocina, preparaba los líquidos y los alimentos para que estuviéramos bien.

El tiempo que estuvimos en ese campamento lo aproveché para bañarme, descansar y estar sola. Me vino a la mente un pensamiento muy común para los que se enfrentan a temperaturas muy bajas: quería estar en la playa, caminar descalza sobre la arena y sentir el calor del sol, pero estaba muy lejos de cumplirlo.

Subimos al C-5 con muy buen tiempo. Me sentía tan fuerte que rebasé a todos en las cuerdas fijas; al único que no pude alcanzar fue a Peter. Mientras esperábamos a los integrantes del grupo, hicimos una pequeña parada en la piedra que nos protegió días antes de los fuertes vientos, aunque ahora las condiciones eran distintas. En el campamento, Peter buscó para nosotros el mejor lugar para asentarnos, con la opción de reconstruir un iglú. El lugar era perfecto. Ya instalados, trabajamos en las tiendas e intentamos descansar un poco esperando que el clima mejorara y así pudiéramos ir a la cima.

Los días que siguieron no coincidían con los pronósticos. La nieve se metía de nuevo en las tiendas, todo estaba mojado y, para colmo, se desató una tormenta de nieve. Fueron días en los que estuvimos encerrados en un espacio de tres metros por dos y medio. En la tienda estábamos Pete, Woody y yo. Es difícil convivir en un espacio tan reducido, aunque exista aprecio y estima por la gente que está contigo. Woody bromeaba diciendo que parecía que vivíamos la película *Groundhog Day (El día de la marmota)*, que al despertar era el mismo día que se repetía y se repetía al infinito. Además, me seguía doliendo la cabeza, tomaba líquidos y trataba de mantenerme hidratada, pero cada día al despertar el dolor continuaba. A estas condiciones hay que aumentar el tiempo muerto, que es para mí lo más difícil de sobrellevar, pues hay que buscar constantemente motivaciones para no dejarse vencer. Un día antes de que saliéramos a la cumbre recibí una noticia que no esperaba: Ralph regresaría, pero no lo haría solo.

Peter fue a la tienda a decirme que bajaría y que renunciaría al intento de cumbre, que sólo iríamos Geoff, Woody y yo. Él debía apoyar a Ralph, pues en las condiciones en las que estaba no podía descender solo. Se veía triste por no ir con nosotros a la cumbre, pero a la vez sabía que debía apoyar al equipo y, en este caso, al eslabón más débil. Tendría que bajar y acompañar a Ralph hasta el campamento base y de ahí tomar el avión a Talkeetna, por lo que no le daría tiempo de regresar. En cuanto a mi grupo, Woody se haría cargo, él sería el líder. Yo sabía que Woody era un esquiador muy experimentado, además de ser una gran persona, me agradaba. Pero la confianza depositada en un líder era otra cosa. En realidad la noticia no me agradó del todo, a pesar de que Peter me preguntó si yo quedaba contenta con la decisión (nuevamente me demostraba qué tan involucrado estaba con el equipo). Lo único que me quedaba era agradecerle que me informara que Woody sería el líder y apoyarlo en todo. Aun así, nada me detendría.

Cuando nuestros compañeros bajaron, nosotros nos quedamos en la tienda. Woody leía el libro de la historia de Robert Falcon Scott, el explorador del Polo Sur. En el diario de Scott quedó registrada la historia de uno de los miembros de su expedición que

decidió salir a perderse en la tormenta para no seguir deteniendo al resto del grupo. Aquella dura decisión fue un gesto de honorabilidad para los demás, esa decisión de vida no lo salvó a él, pero sí a los otros, por lo menos unos días más. Sin tenerlo tan presente, ya no sabía qué hacer en ese encierro, así que decidí salir a caminar un poco a pesar de la tormenta. Quería estirarme y pensar un rato al aire libre. Cuando regresé, Woody bromeaba diciéndome que estaba muy preocupado porque pensaba que yo había tomado la misma determinación que Lawrence Edward Grace Oates, miembro que se sacrificó por sus compañeros. Todos nos reímos de su ocurrencia.

El 15 de junio del 2000, mientras permanecíamos en el C-5, las condiciones empezaron a cambiar. El viento continuaba fuerte, pero el cielo lucía despejado. Alrededor de las 6 p.m., Woody nos preguntó si queríamos salir a la cumbre; la verdad no estaba segura de si bromeaba o no. Él confiaba en que el tiempo mejoraría. “Tenemos dos opciones”, dijo, “subir ahora y disfrutar de la montaña a pesar del frío o subir mañana que mejoren las condiciones y subir con otros treinta escaladores”. No hubo discusión, nos alistamos en dos horas.

Empezamos a caminar bajo el sol de media noche (nuestro trayecto sería nocturno). Geoff, Woody y yo íbamos a buen paso, a veces Geoff se adelantaba un poco, pero en general todos llevábamos muy buen ritmo. El viento era fuerte y el frío se sentía cada vez más; de pronto, pudimos ver la cumbre. La arista hacia la cima dejaba ver cómo soplaba el viento y levantaba el polvo de la nieve. Esa imagen reflejaba lo que serían las condiciones de nuestro trayecto, claro que tenía sus riesgos, sin embargo, los asumimos y subimos.

El filo tenía nieve floja y quedaba expuesto al frío viento. El polvo que se levantaba empañaba mis lentes, no podía ver dónde pisaba, así que intenté hacer mi avance cada vez más lento, pero estábamos encordados. Woody abría la ruta, y yo iba en medio, si yo caminaba lento no sólo obstruía la retaguardia, sino que le impedía avanzar al líder. Hubo un momento en que Woody jaló de la cuerda bruscamente y me dijo: “Camina.” Sin ver y con la confianza depositada en mi compañero di el siguiente paso, y el siguiente a ciegas. Así continué caminando, con plena confianza en Woody, mi nuevo líder.

Unos metros antes de llegar a la cima, Woody se detuvo y le dijo a Geoff, “adelante, es tu cumbre”, con esa cima, Geoff terminaba el Grand Slam. En tanto subíamos, cada quien dedicó unos minutos a sí mismo, después los tres nos abrazamos en la cumbre.

Yo grité un “¡Yajuuuuuu!” y lancé mi gorra al cielo. Estaba feliz, nunca antes había hecho eso. Lo disfruté mucho. A pesar del frío terrible (el termómetro marcaba los 45 grados bajo cero), le pedí a Woody que me tomara fotos para mis patrocinadores; no nos tardamos mucho en eso, sólo tomamos las fotos y comenzamos el descenso.

Estábamos muy contentos. En el descenso hicimos una pequeña parada porque Woody tenía un dedo congelado y le dolía mucho, sin saberlo, cuando me tomó las fotos se había lastimado más. Lo único que podíamos hacer era hidratarnos y comer para concluir nuestra meta. Ya en el C-5, entre todos nos cuidamos, le di medicamento al líder y les preparé algo de comer. Descansamos un poco y después de cinco horas levantamos el campamento, lo cargamos y bajamos de inmediato. Los grupos que iban rumbo a la

cumbre eran muchísimos, aquello parecía una peregrinación, o más bien un hormiguero. Woody había tenido razón, todos sabían que ese día era perfecto para ascender. Lo que hizo nuestro equipo fue madrugar el intento y la cima fue para nosotros. Buena decisión.

Bajamos muy cargados al C-3; después salimos para el C-2 donde seguimos recargando las mochilas y tomamos el trineo. Comimos algo y continuamos. Fueron más de doce horas de trayecto, decidimos no parar en el C-1 y llegar directo al campamento base. Habíamos andado más de cuarenta kilómetros con una mochila de treinta kilos a la espalda y un trineo, lo que significaba que había cargado más que mi peso por muchas horas.

Mis compañeros se adelantaron, yo tuve algunos problemas con mi trineo por el peso que llevaba, se volteaba con gran facilidad y me entretenía en desenredarlo y jalarlo. Comenzaba a desesperarme, pues daba tres pasos y se volteaba, hasta que me quedé sola en el camino; ellos habían avanzado tanto que los perdí de vista y en el camino ni un alma ni un solo ruido, sólo yo, mi trineo, la nieve y el cielo.

Ante esto vi el lado positivo, disfruté del paisaje, de mi triunfo y, por supuesto, de lo impactante que es el silencio y la soledad. Claro está que el cansancio me recordaba que no debía parar, sino avanzar. Entonces tomé el teléfono satelital, el cual me había sacado de profundas reflexiones para comunicarme con mis seres queridos. En un momento de desesperación me molesté porque mis compañeros me habían dejado, pensaba que yo no lo hubiera hecho, pensaba: “Si yo he estado fuerte en toda la expedición y jamás los dejé, ¿por qué me abandonaron?” La fatiga me llevó a exagerar todo, cuando reaccioné pensé: “¿Qué hubiera dicho mi líder si estuviera aquí?”, y continué: “Tienes agua para beber, tienes comida, entonces come algo, hidrátate y sigue caminando hasta alcanzar a tus amigos. Si estás cansada, descansa un poco y luego sigue.”

Mis palabras funcionaron, gracias a ellas me levanté. En ese momento no necesité de nada externo, la motivación viene de dentro, no de fuera. Pasaron tres horas más (ya llevaba diecisiete) y vi que alguien se acercaba, “Es Woody”, pensé, pero no era nadie. Así me sucedió un par de veces más, casi como un espejismo. Cuando mis pies estaban insensibles por completo, una ampolla me destrozaba el talón izquierdo y mi espalda parecía que se partía en dos, se acercó alguien, aunque esa vez no quise hacerme ilusiones.

Al verme aceleró sus pasos y cerca de una pendiente que estaba aproximadamente a trescientos metros del campamento, llegó Woody. Yo estaba muy molesta, sí me sentía cansada, pero más desilusionada de que no me hubieran esperado. Cuando Woody se acercó se dio cuenta de que yo no la estaba pasando muy bien, lo único que escuché de él fue “perdón, no sabía que venías tan pesada”. De inmediato me ayudó con mi mochila y el trineo, al tiempo que decía: “¿Cómo cargaste tanto hasta acá?, ahora entiendo.”

Todo mi malestar desapareció. Para mí las acciones hablaban por sí mismas y el solo hecho de ver a mi compañero apoyándome y pidiéndome perdón me bastó para entenderlos. No me habían abandonado, ya que yo durante toda la expedición me mostré fuerte y, por lo tanto, pensaron que podía hacerlo. Fui injusta al adelantarme a los hechos, ellos eran realmente buenos compañeros.

Al reunirnos todos cocinamos y compartimos ese momento tan ameno. Esa noche dormí como un tronco, nada podía despertarme, el cansancio de tantos días y tanto desgaste se hacía evidente. Al día siguiente llegó el avión por nosotros y aterrizamos en Talkeetna. Ahí estaba Peter, esperándonos, disfrutando de nuestras anécdotas como si él también hubiera alcanzado la cumbre. Aunque no estuvo al final de la expedición, él nunca nos abandonó, fue Peter quien logró integrarnos como equipo, él fue quien sembró la confianza, el compromiso de unos con otros, a través de su ejemplo y entrega. Después de compartir tanto juntos era difícil separarnos; cada quien se fue a dar un regaderazo que nos devolviera la vida, y ya limpios y preparados, nos dispusimos a volver a nuestras vidas.

Sin embargo, fueron fáciles los días en Anchorage previos a la salida de nuestro vuelo a casa. Disfrutábamos al máximo estar juntos, todos nos acompañábamos de un lugar a otro, lo que importaba a uno importaba a todos, donde iba uno íbamos todos; ya no estábamos encordados, pero los lazos entre nosotros eran sumamente fuertes, como hermanos del alma.

### Palabras clave

**Compañero.** “Cum” con, “Panis” pan, los que comparten el pan. En la montaña no sólo he logrado compartir el pan, he compartido sueños, miedos, tristezas y alegrías, he compartido una tienda de apenas metro y medio con 6 personas sólo por el gusto de estar unidos, por la alegría de comer de un mismo plato, beber del mismo vaso. Cuando logras unirte más allá de una cuerda, te unes en el alma. Muchas veces fui a la montaña con un equipo que pensé eran mis compañeros y descubrí que sólo éramos un grupo de personas, ni siquiera un equipo, mucho menos compañeros; otras veces fui sola aparentemente y ahí en la montaña conocí a personas maravillosas.

### VIVENCIAS

El desafío en el monte McKinley se centró en la amistad y el compromiso de grupo. Los altibajos que viví en esta montaña me enseñaron cómo la fortaleza física siempre debe ir de la mano con la fortaleza espiritual; si ambas no están en comunión, se pueden cometer errores. La nueva experiencia de ascender con desconocidos me ayudó a comprender que:

- El liderazgo se ejerce con humildad y compromiso.
- La amistad es lo más fuerte que tenemos en las situaciones más complicadas.
- La fuerza colectiva puede garantizar el éxito de un proyecto.
- No es necesario demostrar qué tan fuerte eres con comportamientos egoístas, al

contrario, la sencillez te abre el camino a lo profundamente humano.

- Somos el resultado de la confianza y paciencia que otros han depositado en nosotros.
- El verdadero líder confía más en ti que tú mismo, y esa confianza potencializa las capacidades de cada persona.
- La confianza y compromiso eran representados por un trozo de cuerda, que llegó a convertirse en el cordón umbilical que dio nacimiento a un gran equipo.

## CUARTA MONTAÑA

### ELBRUS, SOLEDAD EN COMPAÑÍA

*Cuando pierdes contacto con la quietud interior,  
pierdes contacto contigo mismo.  
Cuando pierdes contacto contigo mismo,  
te pierdes en el mundo.*

ECKHART TOLLE

#### Ficha técnica

Continente: Europa

País: Rusia

Cadena: Cordillera del Cáucaso

Altura: 5642 metros

Rutas principales: Escalada en nieve/hielo

Autor del primer ascenso: a la cima este, Khilar Khachirov; a la cima oeste, Florence Crauford Grove

Fecha del primer ascenso: cima este, 22 de julio de 1829; cima oeste, 1874

Otros nombres: antiguamente se conocía a la montaña como Strobilus, nombre latino del estróbilo o cono de los pinos; del griego antiguo strobilos que significa “un objeto retorcido” (término que describe la forma de la cima del volcán).

**E**l monte Elbrus, con 5642 metros de altura, es la cima más alta de Europa. Se localiza en la parte occidental de la cordillera caucásica, muy cerca de la frontera con Georgia. Específicamente, queda a 20 kilómetros al norte de la cordillera principal del Gran Cáucaso y a 65 kilómetros al suroeste de Kislovodsk, una ciudad rusa. En el año 2000, me lancé a la búsqueda de alcanzar la cima del Monte Elbrus, el techo de Europa, con un mar de sueños a cuestas.

Después de varias semanas de hacer los trámites correspondientes para conseguir la visa en la embajada rusa y llenar algunas solicitudes de permisos, finalmente estaba lista. A diferencia de muchos montañistas que tienen que contratar una agencia para que

hiciera toda esa faena por ellos, por la dificultad que representa el ingreso a Rusia, mi esposo Iván y yo contamos con la amistad de Slava Skripko, quien fue compañero tanto en El Everest como en Manaslu y, como Director de la Federación de Montaña en Rusia, no sólo nos acompañaría, sino que además seríamos tratados como de casa y aprovecharíamos para visitar sitios no turísticos. En 1997, 1998 y 1999 escalamos con compañeros rusos, georgianos y búlgaros en diversas ocasiones, lo cual facilitaba todo lo relativo a esta nueva expedición que sería entre amigos.

Íbamos con la previsión de que en la frontera de Rusia estaba en auge el movimiento militar, además, las recientes revueltas políticas en Georgia no se quedaban atrás.

Las cosas para mí en la vida familiar no eran del todo buenas. A pesar de que me consideraba una mujer muy afortunada por haber vivido experiencias extraordinarias, así como lecciones de vida fundamentales, no había entendido la seriedad de mi problema de pareja. Unos días antes de salir rumbo a Moscú, Iván, en un arranque de ira rompió su visa, que me había costado un mes obtener. Entre otras cosas me decía que me fuera sola, que era mi proyecto y no el suyo. Sus intentos fallidos en El Everest y los avances en mi proyecto del Gran Slam (las siete cumbres) lo estaban cegando y la relación de pareja se mermaba día con día; él había sido mi maestro, de él aprendí mucho; sin embargo, empezó a abrir los oídos a comentarios de sus supuestos amigos que le decían: “El alumno superó al maestro.” Yo no lo veía así: para mí, él había hecho algo verdaderamente grande al poner su conocimiento al servicio de los demás para que se alcanzaran grandes metas; había potencializado mis capacidades, pero él no lo veía.

Yo en *shock*, sin saber cómo reaccionar ante una situación tan precipitada, recogí los pedacitos de su visa y a la mañana siguiente fui a la embajada a intentar resolver tal embrollo. Le dije a quien me atendió que el documento se había roto por error, que si podían reponerlo y, para mi sorpresa, lo hicieron de inmediato.

El avión salió tal y como lo habíamos planeado, vía Nueva York. Al llegar a Moscú nos recibió un intenso olor a diésel y un particular color grisáceo que predominaba en el paisaje. Nos estaba esperando Slava, tan contento como nosotros con nuestro encuentro. Nuestro buen amigo nos explicaba de la vieja Rusia, las diferencias entre ésta y la actual. Por ejemplo, nos dijo que antes la gente no podía adquirir casi nada, que en la actualidad había numerosas tiendas y gran oferta comercial, pero nadie tenía con qué comprar. Aunque en este país las mujeres son muy hermosas, tienen un fondo triste en su mirada. Slava nos explicaba que a pesar de que ya eran libres y podían ir y venir a su antojo, en sus mentes seguían atrapados en sus propios límites. Algo que me dejó muy afectada fue ver a jóvenes de entre dieciséis y diecisiete años borrachos todo el día y tirados en las calles. Nos contó que aún existen lugares prohibidos para los turistas, además de introducirnos en algunas costumbres y maravillas de Rusia. Mientras viajábamos en el auto, yo veía a través de la ventana con ojos de asombro, lo que observaba, aunque real, me parecía tan extraño y a la vez tan cercano; quizá pudiera ser por la convivencia en expediciones con compañeros de esas latitudes que me había ayudado a disminuir las diferencias y a establecer las similitudes entre nuestras culturas.

Conocimos Moscú no sólo como turistas, fuimos a restaurantes típicos que, como nos

decía Slava, antes eran sitios exclusivos de altos mandatarios, al igual que varios sitios turísticos. Me fascinaron las cúpulas doradas del Kremlin y las iglesias que se mantienen como hermosos monumentos y obras de arte, a pesar de haberse prohibido la práctica de la religión.

A otra dificultad a la que nos enfrentamos fue a la de la escritura, que no tenía nada que ver con el idioma hablado, el cual habíamos practicado durante nuestras expediciones. Bromeábamos sobre ello cuando veíamos los anuncios o las indicaciones en el metro, transporte que muestra una gran belleza arquitectónica. Las esculturas y el mármol le dan ese toque exquisito de la época clásica rusa. Los músicos callejeros ejecutan unas verdaderas sinfonías, obras magistrales de los clásicos, y todo esto queda a disposición de los peatones. Impresionante.

### LOS OJOS AL PISO Y EL CORAZÓN A LA CIMA

Después de haber conocido todos esos aspectos de Rusia, nos preparamos para volar hacia Mineralnye Vody (“Agua mineral”), un poblado ubicado a las faldas de una montaña donde brotan manantiales de agua mineralizada. Viajar por la línea aérea rusa Aeroflot fue toda una experiencia: por fuera no se veía seguro, pero cuando ascendimos nos dimos cuenta de que parecía un camión viejo de segunda clase.

Justo antes de aterrizar, Slava se acercó a mí para decirme que tenía que hablar conmigo. Su aspecto serio obviamente me preocupó. “Aquí no puedes ver a los hombres directo a los ojos, si ellos se dan cuenta de que los miras, o bien, si sus miradas se cruzan, pensarán que los has aceptado y querrán que seas su mujer, en el mejor de los casos. Si no es así, lo tomarán como una afrenta”, concluyó Slava. Yo no podía creer que tuviera que cuidar hacia dónde dirigía mi mirada, pero sin dudarlo seguí las recomendaciones de mi amigo. A partir de entonces, mis ojos sólo veían el piso.

Llegamos a Shilda y nos quedamos a los pies de la montaña. Como el tiempo no era muy favorable convenimos en conocer los alrededores. Una vez más me sorprendió cómo hasta en los pequeños y más remotos poblados de Rusia había publicidad de las telenovelas mexicanas. Es curioso llegar al otro lado del mundo y ver cómo nos identifican como país por el trabajo que hace la televisión en México. Cuando las gente se enteraba de que yo era mexicana de inmediato me preguntaban por *Rosa salvaje*, *Los ricos también lloran*, o por Marimar, “nuestras significativas aportaciones culturales” en honor a la verdad me daban más pena que gusto. México tiene raíces y tradiciones maravillosas, nuestros antepasados hicieron aportaciones a la ciencia, astronomía, matemáticas, y lo que se conoce de nosotros ¡son los dramas de televisión! Recorrimos varios lugares, en uno de ellos probé el alambre de carnero más delicioso que había comido, a partir de entonces ese platillo se convirtió en mi comida rusa favorita.

Entre mi equipo de montaña llevaba un teléfono satelital que usaba para estar en constante comunicación con mi casa y algunos medios de comunicación, era parte de mi compromiso con los patrocinadores, no perder el contacto. Estar activa en ese sentido me ayudaba a que la espera no fuera insufrible.

Como en cada expedición que había hecho, mi preparación comenzaba desde tiempo atrás. Para un alpinista es fundamental saber qué tipo de terreno es al que se va a enfrentar y, aunque es cierto que no se llega a conocerlo del todo antes de subirlo, ningún dato previo tanto de su geografía como de su clima son inútiles. Pienso que en la vida sucede lo mismo. En realidad cada hecho, cada experiencia es nueva para el ser humano; sin embargo, escuchamos las vivencias de otros, oímos consejos, leemos libros, vemos películas que nos dan señales de lo bueno y lo malo, de lo maravilloso y lo más terrible del mundo. Algunos de esos sucesos tal vez nunca los viviremos, pero la vida nos puede poner en una situación similar a la de otros y si nosotros prestamos atención a lo aprendido no nos sentiremos sorprendidos ante lo inminente.

El Elbrus es un volcán inactivo que posee dos cimas (el Pico Este y el Pico Oeste), distintas entre sí por una altitud de 20 metros, debido a lo cual apenas se advierte esta diferencia tan sutil.

Después de varios días de espera para que el clima fuera óptimo, nos alistamos para tomar el teleférico que nos elevaría a la base de la montaña. Ese teleférico es el segundo más alto de Europa, después del Aguile du Midi localizado en los Alpes, a unos 3800 metros de altura. Antes del ascenso no imaginaba lo que mis ojos verían. Mientras subíamos observé con tristeza que el recorrido estaba repleto de desechos industriales, se podían ver metales de todo tipo: cables, montañas de chatarra, en fin, una gran cantidad de basura decoraba el paisaje.

Bajamos e iniciamos la marcha. Teníamos planeado llegar a un refugio situado a 4200 metros para aclimatarnos. El famoso Priut 11 estaba cerrado, y por cierto, su construcción se veía un poco dañada. Teníamos que seguir nuestro plan, así que sin dudarlo nos hospedamos en otro refugio que parecía, más bien, un carro de ferrocarril viejo. Aproveché la estancia en el refugio para tomar unas fotografías, hacer las llamadas correspondientes y dormir un poco. En la madrugada iniciaríamos el ascenso.

El comienzo en general fue bueno. Nuestro amigo Slava, quien años antes había perdido todos los dedos de los pies en su travesía por el Cho Oyu, iba relativamente lento, mientras que nosotros llevábamos buen ritmo. Gracias a las condiciones íbamos filmando y tomando fotografías; el amanecer era divino, el cielo, con tonalidades rosadas y celestes, hacía que los rayos de sol se reflejaran de manera espectacular en la montaña, y por si este paisaje fuera poco, a lo lejos podíamos ver la hermosa cordillera. Qué más podíamos pedir a la vida. La magnificencia de Dios y la naturaleza se estaban manifestando ante nuestros ojos; lo único que debíamos hacer en esos momentos era disfrutar.

En aquella ocasión ni la altitud ni el frío fueron obstáculo para nosotros, a pesar de que el viento con su fuerza provocaba que el frío se hiciera más intenso. Nosotros manteníamos nuestro paso y, en general, todo iba bien en ese sentido; no obstante, en términos personales todo andaba mal.

Slava conservaba su paso, yo iba concentrada en el ascenso, pensando en que todo saldría bien y detrás de mí, mi marido venía filmando. Su falta de entusiasmo se hacía notoria, lo que por momentos me desconcertaba un poco, porque contrastaba con mi

gran emoción por conseguir la cumbre: mi corazón estaba en la cima. Desde que inicié el proyecto de las siete cumbres lo quise incluir, sin embargo él mismo deseó mantenerse al margen, de hecho no quería hacer el viaje a Rusia, porque decía que había montañas más importantes por la región como el Thien Shan. Una vez más él estaba presente, pero yo me sentía completamente sola.

Sabía que mis pasos no eran en vano, pues cada uno iba dedicado a alguien especial, ya fuera a mi familia, a mis amigos, o bien, a personas que no conocía pero que se identificaban con mi labor; entonces, tal y como lo había aprendido en uno de mis ascensos, para no caer en algún tipo de distracción, comencé a ofrecer mis pasos a lo más importante para mí en ese momento: mi matrimonio. Como una hermosa postal, el cielo estaba coronado por una luna magnífica en plena montaña, esta imagen me motivó para seguir adelante en la montaña de mi vida. De manera instintiva, mis pasos salían uno detrás de otro como ofrenda a la vida en pareja, a todos esos momentos que compartimos juntos casi como uno solo, a los mismos horizontes que habíamos visualizado y que ya no podíamos disfrutar, a los tiempos difíciles pero de gran aprendizaje, a la época de amor y valor que vivimos, en fin, a cada cima de la vida que conquistamos juntos, y a aquellas que se habían quedado pendientes.

### **LAS OFRENDAS NUNCA SON INÚTILES**

Mientras Iván, mi marido, sacaba la cámara de video para filmar nuestra llegada, mi corazón se colmaba de todos esos sentimientos y sólo visualizaba la cima. Cuando llegamos, sin dejar de grabar se acercó y me dio un adorable abrazo: “Está duro esto. Esta es la cima más alta de Europa”, acertó. Yo estaba feliz. Teníamos como escenario aquella espléndida vista, así que saqué las banderas de mis patrocinadores y me puse a tomar fotos. Una barra de granola y un poco de agua bastaron para que tomara fuerzas físicas, porque en cuestión emocional después de ese abrazo me sentía al cien por ciento. Mientras esperábamos la llegada de Slava, los dos aprovechamos para abrazarnos, tomarnos fotos y celebrar ese logro compartido. En aquella ocasión, comprobé que ninguna ofrenda es inútil cuando la haces con todo tu amor y voluntad.

De regreso, el viento levantaba un fino polvo de nieve que nos lastimaba mucho. La temperatura bajó repentinamente; se hacía más complicado el retorno, pues ya veníamos cansados del esfuerzo durante el ascenso. Estábamos conscientes de que haber llegado a la cumbre significaba la mitad de nuestro logro, que hasta que llegáramos al campamento base podríamos considerar en realidad que habíamos triunfado. Al llegar al campamento hice algunas llamadas telefónicas, después de hablar con mamá me comuniqué con una persona muy especial, y de quien aprendí mucho, no sólo por su profesionalismo y ética, sino por su capacidad de mantenerse en el anonimato apoyando siempre a su esposo. En esos momentos su tenacidad y ejemplo marcaban mi vida, ella era Carolina Padilla, la esposa de Víctor Trujillo (Brozo); después de mi familia, fue esta querida mujer la primera en saber que habíamos logrado la cima.

Un día después bajamos de la montaña y nos trasladamos a Moscú. Ahí las noticias

anunciaron que había sucedido un bombazo en el metro de la ciudad, lo que nos alertó para ser más cuidadosos por la inseguridad.

Un recuerdo muy especial que guardo en mi memoria es la cena que tuvimos para festejar la cima del Elbrus, en un elegante restaurante ubicado en la Plaza Roja. Los últimos días en la capital rusa fueron magníficos para mí. Me sentía como si todo fuera a mejorar. Todo pasó muy rápido en realidad; debíamos regresar a México y comenzar a prepararnos para el siguiente reto, el Kilimanjaro en África y buscar afanosamente soluciones a mis inquietudes personales, íntimas, importantes; recurrí a muchas opciones, incluso alguna vez leí en alguna parte los signos de la propia aceptación:

- Las personas que se aceptan a sí mismas son personas felices.
- Las personas que se aceptan a sí mismas se acercan a los demás con mayor facilidad.
- Las personas que se aceptan tienen la facultad de ser en verdad ellas mismas.
- Las personas que se aceptan lo hacen tal y como son en el presente: “El que fui ayer es historia, y el que seré mañana es un desconocido.”
- Las personas que se aceptan pueden reírse de ellas mismas a menudo y fácilmente. Tomarse demasiado en serio es un síntoma casi inconfundible de inseguridad. “Bienaventurados los que nunca dejan de reírse, porque ellos nunca dejarán de saber lo que es la diversión.”
- Las personas que se aceptan tienen la capacidad de reconocer y satisfacer sus propias necesidades.
- Las personas que se aceptan actúan con libre determinación, obtienen sus modelos de su propio interior y no copian los de otros.
- Las personas que se aceptan establecen contacto con la realidad.
- Las personas que se aceptan son seguras de sí mismas. El último signo de aceptación se llama *asertividad*, lo que significa que sostengo mi derecho a generar mis propios pensamientos y a tomar mis propias decisiones.

### Palabras clave

**Comunicación.** Durante años me enseñaron que la comunicación consistía en dar un mensaje claro a un receptor, o escuchar el mensaje que un emisor daba, la montaña me enseñó que la comunicación no requiere de idiomas, que una mirada comunica, que una palmada en la espalda dice mucho, que los hechos hablan por sí mismos y que el lenguaje universal es el amor, el servicio. La etimología de esta palabra significa “compartir algo, poner en común”, ese fue el gran mensaje que la montaña me dio, y creo que lo escuche, ya que después de alcanzar una cima lo único que sentía en mi corazón eran ganas de compartirlo, de transmitirlo a los demás para motivarlos en su búsqueda. Por eso me dedico a dar conferencias.

## VIVENCIAS

El ascenso al monte. Elbrus, aunque no representaba gran dificultad técnica, definitivamente fue un reto en su momento.

“El amor todo lo puede”, me repetía una y otra vez; si amo lo suficiente las cosas mejoraran, el amor es comprensión, el amor es servicio, el amor todo lo da.

Agradecer con hechos a la persona de quien había aprendido todo y que yo admiraba y respetaba, era muy importante para mí.

La montaña me había enseñado durante todos estos años a tener paciencia, a perseverar, a esperar a que las condiciones cambiaran, a no desfallecer, a luchar por lo que se sueña y lo que se ama, y yo amaba a mi familia.

## QUINTA MONTAÑA

### KILIMANJARO, ENSEÑANZA DEVIDA

*Toda la dicha que hay en este mundo,  
Toda, proviene de desear que los demás sean felices;  
Y todo el sufrimiento que hay en este mundo,  
Todo, proviene de desear ser feliz sólo yo.*  
Libro Tibetano de la vida y de la muerte

#### Ficha técnica

Continente: África

País: Tanzania

Cadena: Gran Valle del Rift

Altura: 5895 metros

Rutas principales: Rutas Marangu, Ruta Rongai y Ruta Machame

Autor del primer ascenso: Ludwig Purtscheller y Hans Meyer

Fecha del primer ascenso: 6 de octubre de 1889

Otros nombres: Es conocido en maa como Ol Doinyo Oibor, que significa “montaña blanca” o “montaña brillante”

El monte Kilimanjaro está ubicado en el nordeste de Tanzania y es la montaña más alta del continente africano. Está formada por tres volcanes inactivos: Shira, al oeste, con 3962 metros de altura; Mawenzi al este, con 5149 metros; y Kibo en medio de ambos, cuyo pico se eleva a 5893 metros.

Kibo tiene una especie de domo delgado en el centro, mientras que el Mawenzi parece tener puntos cortados irregularmente. El Kibo tiene un cráter que no es posible observar desde abajo. Aunque esta montaña está a sólo 3 grados sur del Ecuador, ambas cimas tienen, permanentemente, hielo y nieve.

La preparación para el Kilimanjaro requiere un tratamiento especial, pues además de los riesgos naturales de la montaña, existe un peligro latente de contraer enfermedades

como malaria, fiebre amarilla o paludismo. Para viajar a ese destino es indispensable aplicarse las vacunas correspondientes con un tiempo de anticipación considerable, para llegar lo más fuertes posible. Ir al Kilimanjaro es como si hiciéramos un rápido recorrido del Ecuador a uno de los polos, por la diversidad de climas y ecosistemas que se atraviesan. Experimentar el cambio de suelo y clima cálido, húmedo, tropical, desértico y seco a los sitios glaciares en catorce horas, es algo duro.

Para los antiguos tanzanos había algo de mágico en el Kilimanjaro. Como parte del clima de la región, es común que un manto de bruma haga que la montaña aparezca o desaparezca, según su voluntad, lo que motivaba a sus habitantes a pensar que la naturaleza del Kilimanjaro era mística.

El proyecto del Grand Slam es como una empresa en la que no basta con que un mes nos vaya bien y en el siguiente tengamos pérdidas: el proyecto implica llegar a la cima más alta de cada continente y en todas hay que triunfar.

La preparación de un alpinista debe ser día a día, porque las cimas más altas del mundo no perdonan en ningún momento.

La ruta que elegimos para ascender esta montaña es la más popular. Se conoce como la ruta más bella; realizar el ascenso toma aproximadamente siete días y permite al escalador ver toda la cara sur del Kibo.

## **DE LA SELVA TROPICAL A LA MONTAÑA**

La Ruta Machame, que fue la elegida, es una de las más bellas y salvajes. El sendero sigue a lo largo de las laderas del Kilimanjaro, a partir de la parte suroeste del volcán, por debajo de los glaciares de altura. Con el calentamiento global y la disminución de las lluvias, los glaciares rápidamente se fusionaron y retrajeron. Las famosas nieves del Kilimanjaro son cada vez más escasas. Salimos de México vía Ámsterdam y de ahí partimos hacia Tanzania. Al aterrizar, nos dirigimos a un pequeño hotel en la ciudad de Moshi. Después de dedicar todo un día a la preparación del equipo y ultimar detalles, salimos a caminar un poco. Nos pusimos en contacto con la persona que nos acompañaría durante todo el ascenso; es obligatorio contratar un guía y porteadores, más que por seguridad es porque para ellos es una fuente de ingreso importante, así que como extranjero se debe cumplir con ese requisito.

Llegamos a la puerta del Parque Nacional de Monte Kilimanjaro; el traslado nos tomó alrededor de 50 minutos. Durante el viaje atravesamos la aldea de Machame, que se encuentra en las laderas de la montaña. Nos bajamos en la puerta del parque y caminamos por el bosque de lluvia sobre un sendero sinuoso hasta una cresta. Era maravilloso ver changos y otras clases de animales en el camino, un entorno completamente distinto al que estaba acostumbrada al escalar una montaña; además, la humedad hacía que fácilmente nos pudiéramos deshidratar, y a pesar del calor no podíamos ir muy descubiertos pues nos exponemos a un piquete de mosquito, y contraer dengue o malaria. El camino era fangoso y resbaladizo, por lo que usamos polainas y bastones de ski, pues en esos casos son una buena idea, además de llevar los protectores

y el equipo de lluvia siempre a la mano. Seguimos a una corta distancia hasta llegar al campamento de Machame.

Del campamento de Machame nos dirigimos al campamento Shira (de 3100 a 3840 metros); recorrimos una distancia aproximada de 9 kilómetros, donde el hábitat eran páramos. Después del desayuno, dejamos los claros de la selva tropical y continuamos por un camino ascendente, cruzando el pequeño valle caminamos a lo largo de una cresta rocosa empinada, cubierta con brezo; continuamos hasta el final de la cresta. Después, nuestra ruta pasaba al oeste en una garganta del río. Disfrutamos de un tiempo para descansar, cenamos y pasamos la noche en el campamento de Shira. Aprovechaba el tiempo para escribir y reflexionar; había sido un año muy activo: esta era mi cuarta expedición en el año, había pasado escasos días en casa; la mayor parte del tiempo lo había pasado con una mochila en la espalda y a pesar de que amo estar de expedición, sentía que algo no marchaba del todo bien.

No di mucha importancia a esa nostalgia que sentía de no ver a mi familia y busqué concentrarme en el ascenso y disfrutar del continente negro, que me ofrecía maravillas culturales y una riqueza virgen de amplitud y grandeza.

Al siguiente día salimos del campamento Shira hacia la torre de lava, y después al campamento Barranco, de los 3840 a los 4630 metros de altura. La distancia recorrida fue de 15 kilómetros aproximadamente, y nos tomó entre 5 y 6 horas. El escenario cambiaba nuevamente: ahora estábamos en un clima semidesierto. Hacía sólo unos días que atravesaba un bosque de lluvia y ahora estaba en un hábitat totalmente distinto, aunque me parecía más familiar pues en el norte de México, en mi tierra, Coahuila, el desierto es parte de nuestro ambiente.

Desde la meseta de Shira, continuamos hacia el este hasta una cresta, pasando al cruce hacia el pico del Kibo. Continuamos subiendo hacia el sudeste, hacia la torre de lava, llamada “Diente del tiburón”. Poco después de la torre, llegamos al segundo cruce que nos lleva hasta el glaciar “Arrow” a una altitud de 4876 metros. Seguimos hasta el refugio de Barranco a una altitud de 3860 metros. Ahí descansamos, disfrutamos de la cena y la noche. Aunque terminamos el día en la misma altitud de cuando se empezó, este día fue muy importante para la aclimatación y nos ayudó mucho a preparar el cuerpo para el día de la cumbre. Gracias al paisaje pude soportar el silencio tan profundo entre mi esposo y yo; ya no hablábamos: parecía que éramos dos desconocidos.

Al siguiente día seguimos nuestro camino, tomado fotografías, y mientras avanzábamos conocimos a una pareja de jóvenes irlandeses con quienes hicimos amistad. Ellos contaban con poca experiencia y pronto sintieron los efectos de la altitud, por lo que hicieron lento su paso hasta que quedaron rezagados. Continuamos hacia el campamento de Barafu, a 4600 metros, en donde nuevamente nos encontramos en un nuevo entorno: ahora era un desierto alpino: la vegetación era escasa, el viento y el frío se hacían presentes.

Después del desayuno, dejamos el campamento Barranco y seguimos por una empinada cresta hasta el muro de Barranco, a través del Valle de Karanga (allí tomamos el almuerzo a 4200 metros de altura) y el cruce que conecta con la ruta de Mweka.

Seguimos hasta el refugio Barafu. Habíamos completado el circuito sur, que ofrece vistas de la cumbre desde muchos ángulos diferentes. Ahí establecimos el campamento, descansamos y luego disfrutamos de la cena.

Una vez repuestos nos preparamos para el día de cumbre, saliendo a media noche. Los dos picos de Mawenzi y de Kibo pueden verse desde esta posición, pero esta ocasión estaba totalmente nublado y parecía que las condiciones no cambiarían.

Salimos rumbo a la cima que con 5895 metros se le conoce como el techo de África. La distancia del ascenso es de 7 kilómetros, y la del descenso de 23 kilómetros. El tiempo estimado de recorrido es de 6 horas de subida y 6 horas de bajada. Ahora el hábitat era glacial, la cima estaba cubierta de nieve. La temperatura iba de -5 grados a -8 grados. Continuamos nuestro camino a la cumbre. Siguiendo la dirección noroeste, ascendimos a través de una pendiente pesada hacia el punto llamado Stella Point, en el borde del cráter. Las condiciones no eran buenas. Esta es la parte de la caminata más desafiante, física y mentalmente. En Stella Point (a una altitud de 5685 metros), la idea era detenernos para ver la salida del sol, pues es un mirador extraordinario. Desafortunadamente sólo nos tocó ver una alfombra de nubes y una tormenta eléctrica.

A partir de Stella Point y durante las dos horas de ascenso a la cumbre encontramos nieve. El guía africano marchaba a paso muy lento, así que le pregunté que si no había problema en que yo siguiera mi propio ritmo. Él no tuvo inconvenientes, por lo que seguí subiendo hasta llegar al Pico Uhuru, alcanzando el punto más alto en el Monte Kilimanjaro y el continente africano. Estaba nevando y hacía frío, las temperaturas bajaron y la visibilidad no era muy buena. Aun así, disfruté mucho esta cima: había logrado una cumbre más. Apenas estaba amaneciendo cuando llegamos a la cima, y aunque había luz no pudimos ver el sol.

### **RELÁMPAGOS ;A NUESTROS PIES!**

En la cima del Kilimanjaro encontramos la cabeza y los restos de un leopardo. Llegar a esa altura y registrarse en un libro como testimonio de nuestro ascenso es algo muy especial.

Es la primera vez que al llegar a la cumbre no cuento con un clima favorable que me permitiera admirar desde la cima lo que me ofrecía el horizonte. Estuvimos un poco preocupados porque las nubes se estaban acumulando debajo de nosotros, y se estaba iniciando una tormenta eléctrica a nuestros pies, hecho que nos forzó a subir más rápido. Por fortuna, la tormenta no consiguió alcanzarnos. Tuve miedo de ver los relámpagos debajo de nosotros, que en medio de la noche se veían sólo como destellos de luz. El día de cumbre fue muy frío por la noche, pero conforme bajábamos no sólo mejoraba el clima, sino que se empezaba a sentir mucho calor. Era necesario contar con ropa para ambos extremos de temperatura. Desde la cumbre, emprendimos nuestro descenso continuando recto hasta el campamento de Mweka. Nos detuvimos en Barafu para tomar el almuerzo. Después, tomamos nuestros bastones y nos pusimos las polainas para bajar, pues esperábamos lluvia. Más tarde, en la noche, disfrutamos de nuestra última cena en

la montaña y un descanso bien merecido.

### **Palabras clave**

**Creatividad.** La creatividad se volvió una herramienta sumamente eficiente que utilicé para materializar mis sueños, conseguir los recursos de manera más rápida y fácil, tenía que crear un sueño que no sólo quisiera realizar yo, sino todos, me permitió buscar soluciones, ver oportunidades y no barreras, la creatividad son las alas que llevan tus sueños a la cima, después el cuerpo tiene que llegar ahí donde ya tienes los pies.

### **VIVENCIAS**

El ascenso al Kilimanjaro fue una ocasión más para valorar mis experiencias, mis horas de aprendizaje, valorar a las personas que tenía cerca y entender que hay ocasiones en la vida en las que cerramos ciclos.

Es cierto que tuvimos esperanzas y sueños en algunos momentos pero las caídas son también grandes lecciones, aprendí entonces que:

- Nunca debemos dejar de ilusionarnos.
- Siempre tenemos que ver los errores o tropiezos como grandes experiencias que nos permitirán ser mejores en nuestras actividades.
- Así como cada montaña representa un desafío nuevo, con hielo o desierto, viento gélido o calor, también la vida tiene retos con distintas características, lo importante es prepararse y luchar hasta alcanzar la cumbre personal.
- Los paisajes y las temperaturas cambian, a veces hay problemas y tristeza, pero lo realmente importante es que cada día es una oportunidad para avanzar y buscar nuestra realización.

## SEXTA MONTAÑA

### VINSON, AMPLIANDO HORIZONTES

*No es la carga la que nos vence,  
sino el modo como la llevamos.*

VICTOR FRANKL

#### **Ficha técnica del Vinson**

Continente: Antártida

Cadena: Cordillera Sentinel

Altura: 4892 metros

Rutas principales: Ruta Clásica. Vertiente Suroeste.

Autor del primer ascenso: Nicholas B. Clinch

Fecha del primer ascenso: 17 de diciembre de 1966

Otros datos: La ascensión del Vinson no puede considerarse técnicamente muy difícil. Sin embargo, el clima extremo de Antártida y las características geográficas de la región, hacen de esta cumbre la más complicada desde el punto de vista logístico. El gran reto que plantea es, sin duda, los fuertes vientos, la nieve y las temperaturas más bajas del planeta.

La Antártica es el hogar del monte Vinson, bautizado así en honor al político estadounidense Carl Vinson, quien apoyó al financiamiento de la exploración de aquella zona. Su descubrimiento se remonta apenas hacia la década de 1950, sin embargo se logró ascender a él hasta 1966.

Vinson es la montaña más alta del “continente de hielo” con 4,898 metros de altitud y el espacio más hostil a la vida por sus condiciones geográficas. Se encuentra concéntricamente alrededor del polo sur. El continente fue nombrado así pues significa “opuesto al Ártico”, siendo éste llamado así por la constelación Arktos o El Oso. La Antártica contiene el 90% del hielo del planeta, y el hielo permanente refleja el 80% de las radiaciones del Sol de regreso al espacio. Si se derritiera, los océanos crecerían alrededor de 70 metros.

La Antártida, continente Antártico o Antártica es el continente ubicado en el Polo Sur. Es el quinto más grande del mundo, con un área de 14.2 millones kilómetros cuadrados y de punta a punta mide 4000 kilómetros; en contraste, México posee una superficie inferior de 2 millones de kilómetros cuadrados. Este continente de hielo se divide en Antártica oriental y occidental.

El Polo Sur magnético (que ahora está cambiando el Polo Norte magnético en Rolute Bay, al norte de Canadá debido a la transición del campo electromagnético terrestre) se encuentra en el mar, hacia el Océano Índico a unos cuantos cientos de kilómetros de la costa (de lo que se conoce como Tierra Adelia), cerca del paralelo 60°. Es impresionante cómo su capa de hielo de 11.2 millones de kilómetros cúbicos de volumen representa el 90% de hielo mundial. El grosor promedio del hielo es de 2 kilómetros verticales, en su gran mayoría. Es por ello que el 95% de los meteoritos son recuperados ahí en la Antártica, pues si se ve una roca suelta sobre la superficie helada, lo más seguro es que haya caído del cielo. Esta es una razón más por la que se considera el continente más alto del mundo, con una elevación promedio de 2200 metros. En contraste, Asia ocupa el segundo sitio con una media de poco más de 1000 metros.

La convención glacial en forma ligeramente circular hace que las porciones más livianas de piedra salgan eventualmente a la superficie, incluso aquellas que caen en grietas profundas. Las rocas que hay en la región oriental del Vinson son de hace 3 billones de años, mientras que las que se ubican en la zona oeste son relativamente más nuevas con 700 millones de años de antigüedad. La Antártica es la mayor productora de icebergs en el mundo, algunos de los que se conocen son del tamaño de pequeños países.

Este sitio espectacular está protegido legalmente como posesión de una sola nación. Su población fluctúa de 1000 a 1500 personas al año, lo que depende de las estaciones anuales, por ejemplo, si es verano (en diciembre) hay luz las 24 horas del día, lo que propicia que haya más población. O bien, si es invierno (que cae en el mes de junio) hay oscuridad todo el tiempo, entonces quienes están en la zona son científicos, militares y exploradores (algunos escaladores), principalmente.

## UN POCO DE HISTORIA

A principios del siglo XIX, la Antártica era un centro ballenero, el cual fue el último continente en ser explorado, por su lejanía y hostilidad. Hace más de 500 millones de años, la masa continental conocida como Pangea comenzó a fragmentarse dividiéndose en dos continentes: Laurasia y Gondwana. Y desde hace 40 millones de años la Antártica había comenzado a almacenar hielo en su superficie.

La Antártica posee un rico historial de fósiles animales y vegetales, pues este continente no siempre tuvo la altitud que ahora conserva, de hecho hay indicios de plantas que crecen en condiciones subtropicales.

Se ha calculado que las piedras que conforman el subsuelo de la Antártica tienen casi 3 millones de años de antigüedad, lo que se asemeja a la evolución biológica que se llevó a cabo en los continentes sureños de Australia y Sudamérica hace 150 millones de años.

Las temperaturas más bajas de la historia del planeta se han registrado ahí. Por ejemplo, en invierno hay temperaturas desde los -89.6°C (récord absoluto) hasta los -60°C en la estación de Vostok, que se ubica cerca de las montañas centrales. En la Antártica el aire es tan frío que en la mayor altura hace menos frío porque la masa densa de aire frío se queda en la superficie.

Los vientos catabáticos que soplan de forma descendente, son lineares y muy severos pues pueden formar vértices al chocar con protuberancias en la superficie debido a su alta velocidad. Asimismo es el continente que menor índice pluvial tiene, lo cual lo convierte en el continente más seco, en un verdadero páramo helado.

Todos estos factores hacen de la Antártica un lugar de compromiso. Una vez que estás ahí, no puedes regresar tan fácilmente. Las condiciones de ascenso se complican por sus condiciones atmosféricas. El compromiso que se adquiere es con el equipo de trabajo, con el equipo que se queda en casa (familia, amigos, seguidores, etcétera) y con uno mismo.

### **¿POR QUÉ ESTOY AQUÍ? LECCIÓN DE COMPROMISO**

El 22 de noviembre de 2002 iniciaba un compromiso más en mi historia. Ese día por la noche salía mi avión rumbo a Santiago de Chile. Era doloroso partir pues tenía que dejar a Valeria, mi pequeña de apenas nueve meses de edad. Sabía que mi mamá y mi esposo me apoyarían incondicionalmente, pero aun así era muy difícil separarme de ella. Aquel abrazo de despedida que le di llevaba todos esos sentimientos.

Mi esposo fue a despedirme al aeropuerto, lo cual resultó de gran ayuda porque no podía pensar en la fecha de regreso. A pesar de que sí sabía cuánto tiempo en promedio me tomaría el escalar el macizo Vinson la duración de la expedición y los tiempos de retorno no los podía controlar, todo iba a depender del clima, una vez en la Antártica el que el avión pudiera venir por nosotros a recogerlos requería de condiciones muy optimas y eso podía ser a las dos o tres semanas, incluso cabía la posibilidad que de lo hiciera en uno o dos meses.

Cuando llegué al aeropuerto las cámaras de televisión ya me esperaban, así como representantes de la Secretaría de Educación Pública, ya que había sido abanderada por el Subsecretario de Educación nuevamente, vinculando mis expediciones con los niños y jóvenes, antes de abordar el avión me realizaron un par de entrevistas.

Las despedidas son duras y más cuando no quieres separarte de un ser tan frágil e indefenso como un bebé. Mientras me alejaba de mi marido no podía dejar de voltear, no obstante debía caminar hacia delante, pues sabía que ese viaje sería un parteaguas en mi vida personal y en mi carrera.

Después de nueve horas de vuelo por fin llegué a mi primer destino, Santiago de Chile, la capital chilena. Para mí era casi imposible dejar de mantener comunicación con México, así que lo primero que hice fue comprar una tarjeta telefónica para saber cómo estaba Valeria. Me costaba tanto no pensar en ella que era como si todo mi cuerpo, mis células, mi organismo entero estuviera concentrado sólo en su imagen, como si estuviera

más conectada con Valeria que con el proyecto que iba a realizar.

De Santiago volaría a Puerto Mont y después a Punta Arenas, durante el viaje tuve la suerte de ver las torres del Paine espectaculares y nevadas así como el legendario y para mí tan atractivo estrecho de Magallanes, fue un paisaje que recuerdo con cariño y que me dio la bienvenida, al llegar a este punto me entrevisté con un representante de la compañía Adventure Network International (ANI) quien me acompañó al hotel donde me hospedaría.

Desde hacía muchos años el solo hecho de pensar en la Antártica era para mí un sueño lejano que me llenaba de ilusión, es la epítome de la aventura, de los grandes exploradores de la época dorada de la exploración. Este viaje representaba un gran sueño en mi vida, por meses me preparé para realizar la expedición y, de pronto, supe que estaba embarazada, así que debía posponer por un año esos planes. Aun así me seguía entusiasmando mucho el viaje, sólo que nunca supe lo difícil que sería separarme de mi bebé. Estar en Punta Arenas en espera de volar a la Antártica había estado en mi mente y corazón por mucho tiempo pero ahora que estaba ahí, me sentía incompleta, una parte de mí estaba en Chile y la otra en México.

Había escalado por más de diez años y antes la montaña era todo en mi vida, en esos momentos parecía que todo había cambiado, esos anhelos no tenían importancia. Me sentía forzada por las circunstancias, sentía que debía estar ahí para cumplir con los compromisos adquiridos, con los contratos y con mis patrocinadores, lo cierto es que lo único que yo quería era abrazar a mi hija y no separarme de ella.

De pronto frené esos pensamientos. Nadie me obligaba, nadie estaba detrás de mí indicándome qué hacer. Si no disfrutas lo que haces, entonces no tiene sentido hacerlo. “Miles de mujeres tienen que dejar a sus hijos todos los días para ir a trabajar y ganarse el pan, y yo estoy aquí porque amo la montaña”, pensé. Supe que era afortunada porque la lejanía me permitía valorar todo lo que Dios me había dado; confirmé que las cosas no se deben hacer sólo cuando el viento sopla a nuestro favor, sino también cuando la adversidad te prueba y cuando el viento sopla. “¿Cómo podría yo enseñar a mi hija a continuar si renunciaba a mi sueño por un sentimiento? En aquellos momentos comprendí que mi compromiso era mayor, en mis primeros días como alpinista, la consigna siempre fue subir y bajar en estilo, con vida, hoy esa consigna tomaba un sentido superior puesto que en esta ocasión una pequeña vida que apenas empezaba me esperaba en casa de regreso. Desde mi preparación mi exigencia fue mayor, debía no solo recuperar mi físico después del parto, sino mi resistencia, mis músculos, la agilidad y la flexibilidad, había que estar más atenta, más concentrada, para asegurar un ascenso favorable y un descenso a salvo, fallar no era una opción pues había una pequeña persona que me necesitaba.

Le pedí mucho a Dios para que cada paso a la cumbre me aproximara más a él, para que esa experiencia no sólo me fortaleciera físicamente sino que también tuviera un crecimiento espiritual y no me alejara de lo más importante de la vida, mi familia.

Antes de emprender nuestro camino al Vinson era necesario realizar algunas actividades, como por ejemplo la asistencia a una conferencia con los representantes de

ANI, en la que nos explicaron a todos los miembros del equipo qué nos encontraríamos al llegar a Patriot Hills y al Vinson. Nos informaron que estábamos en lista de espera, ya que los vuelos no siempre salían según los horarios debido al mal tiempo, hasta entonces uno de los aviones que transportaría a celebridades como Richard Gere y Robert Redford se había retrasado una semana.

Mientras contestábamos un cuestionario con preguntas relativas a nuestro vuelo de regreso y demás información, nos repartieron como obsequios una gorra y una playera con una figura impresa. Es increíble cómo la vida te demuestra que existe la sincronía, pues la imagen que adornaba la playera era ni más ni menos que la de Sir Ernest H. Shackleton, un célebre explorador cuya experiencia en la Antártica acababa de ser reproducida para un documental de IMAX, durante años leí sobre él, quien no solamente fue un gran explorador sino alguien que pudo transformar el fracaso en éxito, quien siempre puso al ser humano por encima de la meta y el logro personal, y por su gran ejemplo yo hablaba de él en mis conferencias de aquella época, pues lo admiro enormemente, es la imagen del verdadero líder. Esa playera fue muy significativa para mí pues no sólo reconocía su gran hazaña sobre el Edurance a principios de siglo, sino el compromiso que tuvo de regresar a toda la tripulación viva a casa. Esta conexión me dio un buen augurio, en esos momentos intuí que todo saldría muy bien.

Ese mismo día conocí a todos los miembros de la expedición. Éramos tres equipos, uno de Nueva Zelanda, otro de Norteamérica y uno más integrado por una canadiense, un austríaco y yo.

Entonces sólo faltaba esperar dos días más. Ese tiempo realicé algunos recorridos por la zona, conocí la región de las Torres del Paine, la caverna del Milodon, los lagos de Sarmiento y Grey, así como el Parque Nacional de las Torres del Paine. Disfruté como nunca esos mágicos lugares aunque el clima no fue lo mejor, pues estaba nublado y el viento soplabla fuerte. Impactó mi vista la diversidad de colores y de formas que se combinaban con la presencia de animales en su hábitat como los guanacos y los cóndores y la belleza de los lagos color turquesa.

Estar frente a los glaciares del lago Grey me provocó una gran emoción, pues el sólo hecho de pensar que esos gigantescos bloques de hielo eran insignificantes en comparación con la majestuosidad del Continente Blanco hacían esa aventura increíble.

Al día siguiente recibí la llamada de Mark, de la agencia ANI, que me anunciaba la posibilidad de salir en las próximas veinticuatro horas, asimismo me daba indicaciones sobre el peso de mi equipo y otros detalles técnicos. Cada vez estaba más cerca del reto, experimenté sentimientos encontrados pues por un lado me sentía feliz, aunque un poco nerviosa porque no quería que cancelaran el vuelo a última hora; y por el otro, extrañaba mucho a mi bebé.

El 28 de noviembre de 2002 Mark pasó por nosotros al hotel para llevarnos al aeropuerto. El autobús en que viajábamos también recogió a los miembros de la expedición norteamericana.

El avión que abordamos era un Hércules ruso muy impresionante a la vista pues su apariencia era casi como la de un museo. Además, para nuestra sorpresa, en su interior

colgaban cables por todos lados, había fierros expuestos y un pequeño espacio donde se acondicionaron los asientos, el resto del avión funcionaba como bodega, en la que se acomodaron bultos, mochilas y chamarras (nosotros llevábamos las nuestras, íbamos preparados para temperaturas extremas de  $-40^{\circ}\text{C}$ ).

El viaje duraría casi cinco horas y media. Decidí aprovechar ese tiempo para grabar en mi memoria lo maravilloso del paisaje y por qué no, tomar algunas fotografías. Me senté cerca de la ventanilla para ver el mar y los primeros bloques gigantes de hielo. Aunque estaba lejos de casa, no me cansaba de mirar la equilibrada composición del azul del cielo con la masa homogénea que formaban las nubes.

Era un día especial, pues además de estar rumbo a la Antártica, era Día de Acción de Gracias, y yo tenía mucho que agradecerle a Dios, no sólo por todo lo que había recibido durante el año, sino por el nacimiento de Valeria y por todas las bendiciones que con ella llegaron. Estaba a muy poco tiempo de pisar el lugar más lejano y mágico de todo el planeta, el último rincón de ser explorado, el más virgen. Iba rumbo a la conquista de lo desconocido.

Toda la tripulación traíamos taponos en los oídos para no ensordecernos con el intenso ruido del avión. En seguida dieron instrucciones para tomar nuestros lugares pues el aterrizaje estaba próximo. Sentí el descenso hasta la médula de los huesos, pues estábamos aterrizando sobre hielo. El avión era muy grande en comparación con las condiciones de la pista, el hielo tan resbaloso impide frenar de forma convencional, así que en esos casos se frena por la pura fricción y por consiguiente con la disminución en la velocidad, la torre de control eran 3 personas en Antártica cuyos instrumentos consistían en espejos que reflejaban el sol para ayudar al piloto.

La emoción fue generalizada cuando bajamos, teníamos de frente un océano inmenso congelado, unas hermosas montañas que adornaban el horizonte y a lo lejos pero de manera perceptible podíamos ver el campamento que nos alojaría. Dos compañeros y yo decidimos quedarnos cerca de la pista y esperar a ver cómo despegaba nuestro avión. Cuando éste partió, ¡qué extraña sensación!, estábamos en la mitad de la nada, no había un pueblo cercano, todo era un desierto congelado sin posibilidad alguna de salir hasta que fueran por nosotros.

Nos recibieron de maravilla en la tienda central, nada podía ser mejor, el día era hermoso, sin viento, así que decidí dar un paseo para tomar algunas fotos en los alrededores de la montaña. Viví algo maravilloso, algo que nunca había experimentado: estar ante un horizonte congelado que me daba una sensación de amplitud y pureza, enmarcado en el más puro de los silencios, que claridad se podía percibir. Cerca del campamento podíamos ver cómo armaban el avión que nos transportaría al Campamento Base del monte Vinson, el cual no es el único, pues cerca de ahí había otro avión que había sido averiado a causa de los fuertes vientos.

En mi mente sólo tenía un pensamiento, así que no desaproveché la oportunidad de escribir con mi bastón de ski el nombre de mi hija en la nieve: VA-LE-RIA, qué bello lucía en la pureza del blanco. Estuve a punto de llorar al recordarla, pensé de inmediato que ella sería mi fuerza porque ella estaba conmigo. Qué importante era estar consciente

del lugar en donde me encontraba, de la fuerza que debía tener y de las personas que creían en mí.

Durante la cena empezamos a conocernos, a convivir y a platicar. En esos momentos era mejor conservar la calma y actuar de la manera más prudente, así que opté por la cortesía y el silencio. Tenía que concentrarme en lo mío, en mi proyecto.

El clima que nos recibió en Patriot Hills fue increíble, no había viento, y el cielo estaba casi completamente despejado y hermoso. Cada tienda del campamento tenía inscrito el nombre de un explorador del Polo, la que me tocó a mí llevaba el nombre de Richard E. Byrd, explorador estadounidense que fue conocido por ser el primero en sobrevolar el Polo Norte. La primera mujer en haber llegado hasta el Polo Norte fue Caroline Mikkelsen en el año de 1935, la segunda lo hizo cuarenta años después. Este sexismo se justificaba en la idea de que era necesario poseer una gran fuerza física, así como el uso de los baños privados. Aunque creo que una de las razones más fuertes era que las esposas de los expedicionarios no querían que hubiera mujeres en el campamento de sus maridos. Por fortuna las condiciones de la mujer han cambiado y la posibilidad de decidir y actuar libremente son más comunes en la actualidad.

Era una bendición que el clima fuera tan estable, lo que permitió que pudiéramos volar muy pronto al Campamento Base del Vinson. De nuevo en el avión, escogí una ventana para filmar casi todo el vuelo. Cuando vi lo hermoso de las montañas, lo blanco que era todo, los kilómetros y kilómetros de nieve en todas direcciones, le di gracias a Dios por permitirme estar ahí en lo más remoto del mundo.

Siempre he dicho que parte de mi entrenamiento no sólo consiste en fortalecer los músculos, o elegir los alimentos que nutren más al cuerpo para fortalecerlo, también los pensamientos nutren o intoxican. Mi mente no me dejaba en paz, por un momento recordé a mi hija y en ese instante empezó un bombardeo de pensamientos: “¿Para qué?” “¿Para qué ir a la Antártica si mi niña me necesita? ¿Qué gano? ¿Qué pierdo?” Pero mi ojos se abrían al ver el espectáculo tan maravilloso de ver la Cordillera Ellsworth. Sobrevolando ese majestuoso lugar comprendí que el sólo hecho de ver y estar en la Antártica valía la pena, mi corazón volvía a brincar de alegría. Tanto en Patriot Hills como en el campamento base del Vinson había un orden y era respetado por todos. La montaña se conservaba intacta, sin basura ni desechos.

Al aterrizar nos recibió Christoph, quien sería nuestro líder y guía en la montaña. Cada quien tendría su tienda, sólo se compartiría en los campamentos de altura, lo cual me pareció maravilloso. Instalé mi tienda y marqué un pequeño cuadro frente a mi tienda en donde coloqué una Nochebuena artificial que llevaba conmigo, sería mi jardín en la Antártica; mi flor me recordaba la rosa del Principito, y no olvidaba que mi rosa estaba en México, esperando en casa. El clima continuaba a nuestro favor, estaba soleado y sin viento, ¡inmejorable! En este punto, el Sol está a la misma altura prácticamente todo el día, así que el efecto visual es como si éste estuviera dando vueltas alrededor de nosotros. Estábamos en el fin del mundo, casi solos pues la población más cercana estaba a 1,200 kilómetros y tenía veinticinco habitantes.

Después de un buen descanso hice una llamada a casa por el teléfono satelital que me

había prestado Christoph. Me llené de energía y me sentí feliz al saber que mi niña estaba bien, ahora sí toda mi concentración tenía que estar en el aquí y el ahora, no podía permitirme errores por distracción.

El equipo decidió que no estableceríamos campamento 1 donde usualmente lo hace la mayoría, en lugar de eso iríamos desde el campamento Base al Campamento 2 (C-2), nos habían advertido que nos tomaría cerca de siete horas y media, pero por fortuna llevábamos buen paso a pesar de las grietas y sólo hicimos cinco horas, en la Antártica como bien decía el explorador Admunsen, no ir encordado es un absurdo parecido al suicidio, todo el equipo debe ir unido por una cuerda no solo para uniformar el ritmo de avance sino principalmente por que existe un riesgo muy elevado de caer en una grieta (ya que no todas ellas son visibles). Antes de arribar al C-2, me sentía cansada y muy sedienta, quería detenerme por el peso de la mochila y el trineo, sin embargo vi que Christoph y Moira seguían caminando y parecía que se sentían muy bien, así que continué con todo y mi sed, el dedicar mi esfuerzo siempre me ha ayudado, cuando el fin no soy yo sino alguien más tomo fuerzas de la debilidad así que para hacer todo distinto quise dedicar esos treinta minutos de incomodidad a Dios y ofrecerlos por mi esposo con quien después de su tercer intento fallido a El Everest había crecido el distanciamiento entre nosotros, y por supuesto por mi pequeña. Sí, me costaba mucho, tenía los labios y la garganta resecos, pero valía más ofrecerlo todo aquel día de Adviento y de preparación para la Navidad. Fue un alivio llegar a descansar al Campamento, después de preparar y acondicionar mi tienda disfruté mucho del trayecto.

Durante nuestra estancia en el C-2 sólo se escuchaba el viento, conocí lo que era la calma absoluta en la Antártica, disfruté mucho esos momentos de soledad, alejada de todo y de todos. Amo el silencio que me invita a escuchar los más profundos pensamientos y sentimientos, a escuchar mi propio corazón. No es difícil entender por qué gente de todo el mundo decidía pagar una cantidad grande de dinero por vivir esta experiencia. Quizá las razones en cada caso son distintas, algunos buscan conseguir el Grand Slam, otros quieren ver el Polo Sur, otros más por investigaciones científicas, pero todos, según mi punto de vista, quieren vivir un encuentro consigo mismos, pues tal vez por las condiciones del mundo actual cada vez es más difícil encontrar momentos de tanta calma, silencio en la amplitud de este continente de paz y soledad.

Mientras estaba en el campamento, me asaltaban todos con una misma pregunta: “¿Y tú por qué estas aquí?” Ya sea en charlas con el líder y con Moira (mi compañera) o bien a solas, buscaba respuesta a esa pregunta. Creo que el monte Vinson como parte del Grand Slam es un excelente pretexto para experimentar la grandeza de la naturaleza y el tiempo y apreciar en su totalidad este mágico lugar.

En retrospectiva, el Vinson siempre fue un sueño que parecía inalcanzable, casi tan lejano como ir a la Luna y tan caro que ni siquiera estaba en mis posibilidades. Pero poco a poco, con mucho trabajo, ese sueño se fue acercando a mí y llegó a convertirse en un hecho real, palpable. Cuando en apariencia todo estaba listo y perfecto, me enteré de que estaba embarazada. En ese momento no caí en la cuenta de lo que ser madre me cambiaría y cómo mis prioridades se reacomodarían, así que quise continuar con mi

expedición, pues llevaba años pensando en ella. Cuando tuve entre mis brazos a Valeria nada podía superar la experiencia de ser madre, aún la montaña parecía no ser tan grande como el privilegio que Dios me había dado de ser madre.

Mis prioridades habían cambiando, en primer lugar estaba mi hija y mi familia, lo demás parecía pasar a segundo término. Sin embargo, estaba el contrato con mis patrocinadores, los compromisos adquiridos; siempre me he considerado una persona de palabra que cumple lo que dice y lo que promete; públicamente dije que haría las siete cumbres, así que tenía que hacerlo. Cuando veía las fotos del Vinson una chispa brillaba en mí. Por momentos podía reconocer esa lucecita de ilusión y aventura, era como dice Messner, “el sueño que te mantiene despierto”, pero pronto Valeria lloraba o se despertaba y exigía ser atendida por mamá. Mi relación con Valeria era tan estrecha que fui muy criticada por mucha gente, sólo éramos ella y yo: me gustaba atenderla, bañarla, dormirla, no me gustaba que lo hiciera alguien más.

Después de diez días transcurridos estaba en el Continente Blanco, lejos de todo, con la posibilidad de reflexionar sobre los acontecimientos que mencioné. La pregunta correcta no era “¿por qué estoy aquí?”, sino “¿para qué?” Gran diferencia.

A partir de ese razonamiento, fue más sencillo encontrar la respuesta. Estaba ahí para poderlo apreciar, vivirlo y valorar mi vida y de esa forma compartirlo con todos, comunicar qué hay más allá de los horizontes conocidos. Para cumplir con el plan que tiene Dios, para transmitir valores sanos para jóvenes y niños ávidos de conocimiento. Para seguir luchando y aportando algo positivo a mi país. Para valorar el maravilloso planeta que tenemos y que Dios puso a nuestras manos para admirar su grandeza y disfrutarlo, pero también para cuidar de él.

Quedé impresionada con la respuesta, que sí estaba a simple vista pero que llevaba una gran carga de compromiso que sin duda aceptaba.

### **“ESTO ES POR TI...”**

Reconocí que mi verdadera fuerza y motivación en esos momentos era Valeria. Con toda la determinación que me daba aquel reconocimiento de mi función, me cargué de energía y vi mi ascenso con otros ojos.

Mientras subíamos vimos ese halo enorme que se forma alrededor del Sol, que casi siempre indica cambios de temperatura. La ruta comenzaba a ponerse interesante: enormes bloques de hielo conocidos como seracs y grietas estaban a nuestro paso, así como pendientes tal vez de 55°.

El viento empezó a soplar muy fuerte, la temperatura alcanzó niveles muy bajos rápidamente, la nieve en polvo comenzó a golpearnos a cada paso que dábamos. Sé que no todo en la vida es sencillo pero hay que encararlo. Además de estas complicaciones, lo inclinado del terreno convertía el ascenso en una gran aventura. Recuerdo que llevábamos buen tiempo e íbamos abriendo paso a los demás equipos, Christoph era un explorador experimentado y Moira y yo respondimos gracias a nuestra aptitud y la rápida adaptación que tuvimos a la altitud.

En el último tramo antes de llegar al C-3 había una serie de cimas falsas que te hacen creer que ya llegaste y al estar cerca una nueva cima aparece ante tus ojos. Tanto el frío viento como el hambre eran intensos, no habíamos probado alimento ni bebido líquido por más de cuatro horas y el desgaste ya estaba manifestándose en nosotros.

“Tengo sed”, grité de pronto. Moira asintió conmigo, parecía estar de acuerdo en que era un buen momento en parar para hidratarnos. Las dos necesitábamos eso, pero Christoph con un movimiento negativo soltó un NO rotundo y siguió avanzando.

Me enojé mucho, era una petición válida, por qué no detenernos aunque fuera dos minutos, el clima era frío pero poco tiempo no haría la diferencia, no había prisa nadie nos esperaba en el Campamento. Como íbamos encordados, por mi mente pasó la idea de soltarme, una idea que se fortalecía conforme avanzábamos. Aquella negativa me parecía no sólo absurda sino carente de fundamento, pero se tornaba difícil permanecer encordada a mi líder pues él no estaba escuchando mis necesidades reales, me parecía una decisión voluntariosa y caprichosa del líder. Mi mochila pesaba más de veinte kilos y tanto los músculos de mi cuello como de mi espalda, me estaban matando.

A pesar nuevamente de todas y cada una de las justificaciones que me daba mi mente, muchas de ellas con razón y otras influenciadas por el cansancio y la sed, decidí avanzar, otra vez el Vinson me daba un lección de “compromiso”. La idea de desamarrarme seguía latente, sin embargo pensé en el verdadero significado de ir encordados, no sólo nos une y fortalece como equipo, principalmente nos compromete, el avance de uno lleva al otro, si uno se detiene todos se detienen, quien no trabaja en equipo, no es parte del equipo. La confianza depositada en el líder se pone a prueba en situaciones así, Christoph era el líder, no sólo porque era la persona con más experiencia también era el más interesado en que todo saliera bien. La sed y el hambre pasarían, pero si yo me soltaba rompería no sólo con el compromiso de trabajar como equipo, rompería principalmente con la confianza, mi equipo difícilmente podría confiar en mí, y la confianza es difícil de recuperar si se pierde por un arrebato, y la confianza más que pedirla se otorga, era yo quien debía confiar que la decisión del líder era lo mejor para el equipo. Y así lo hice, me mantuve unida a mis convicciones y seguí encordada a ellos, andando sus mismos pasos y de pronto visualicé el Campamento. Buena decisión, comprendí. Buena lección en la vida pues en la montaña hay momentos en donde ya no quieres seguir unido, sin embargo si esa unión se basa en la confianza y el compromiso, los momentos más ásperos o difíciles pasan en un abrir y cerrar de ojos.

Al llegar al Campamento nos hidratamos, comimos un poco y convivimos un rato, parte de la dinámica era recordar las capitales de todos los países de Europa y los países del continente africano, con esto mantendríamos oxigenado el cerebro y ayudaría a la aclimatación, después de reír un poco logramos descansar, mientras los demás equipos iban llegando. Lo maravilloso de escalar en la Antártica es que hay poca gente en la montaña y que, de una u otra forma, se da un ambiente de compañerismo y de respeto. Es muy agradable escalar sin discutir o pelear si cada quien hace su labor y apoya a los demás.

El plan era que al siguiente día saldríamos temprano hacia la cumbre, buscaríamos

alcanzar la cima del continente Antártico, el plan era subir por la ruta normal y bajar por una ruta un poco mas técnica si las condiciones nos lo permitían. Salimos temprano para iniciar el intento de cumbre. El viento y la nieve habían formado una capa de hielo en mis *goggles* que no me permitía ver nada, así que me cambié de lentes y en menos de cinco minutos se volvió a formar otra capa de hielo similar a la anterior. El viento se intensificaba lo que hacía que la temperatura descendiera, sentía que mi oreja se congelaba, con dificultad podía gesticular, aún con pasamontañas sentía que mi rostro se helaba, no podía ver claramente y me estaba enfriando mucho, tampoco podía parar porque sabía que nos estábamos acercando a la cumbre.

La última parte es una cresta muy expuesta, con rocas y varias pequeñas cimas. Esta última parte la disfruté mucho, a pesar de las condiciones climáticas, la ruta era interesante y retadora, sabía que me acercaba y al llegar a la cumbre sólo se podía ver un *ski pole* que habían dejado ahí. Nuestro líder primero felicitó a Moira por el gran esfuerzo que había hecho y después a mí. Hacía tanto frío que fue un gran esfuerzo sacar las banderas y tomar las fotos de la cumbre. Mis pestañas y cejas estaban cubiertas de hielo, me costaba trabajo hablar, los músculos de mi cara no podían moverse, para entonces mi termómetro marcaba  $-56^{\circ}\text{C}$ .

Al abrir mi mochila para sacar las banderas lo primero que encontré fue la foto de Valeria. Todo cambió en ese momento, pues recordé que esa cumbre era por ella y para ella. Besé la foto, después busqué otra en la que aparecía toda mi familia y le di gracias a Dios.

No teníamos una buena vista (algo que siempre me ha motivado al ascender cumbres, es ver desde la cima cómo la perspectiva cambia), de hecho nuestra visibilidad era nula. Christoph desenterró una pequeña lata que estaba amarrada al *ski pole* en la cumbre, y de ahí sacó una libreta y un lápiz. Aquello era el libro de registro de cumbre en el que todos los que suben ponen su nombre y fecha de ascenso. La primera firma llevaba la fecha de 1966 (mucho antes de que yo naciera), tomé el lápiz y escribí mi nombre, la fecha y la anotación de que ése era el primer ascenso femenino latinoamericano, pero antes de hacer eso escribí “Esto es por ti, Valeria, de mamá.”

## EL VERDADERO HIELO

Después de las fotos con las banderas en mano para cumplir con nuestros patrocinadores, nos dimos un fuerte abrazo de cumbre, momento en el que los tres compartíamos un triunfo en equipo.

Durante el descenso todo se veía blanco, arriba, abajo, a los lados. Era un blanco que no terminaba nunca. El viento me golpeaba la cara con fuerza, era difícil ver dónde pisábamos, los lentes congelados impedían aún más la visibilidad, por fortuna habíamos dejado banderas de señalización que nos facilitaron el camino de vuelta. La experiencia y la fuerza fue lo que nos ayudó a salir lo más rápido posible. Quería quitarme los lentes porque congelados no me permitían ver nada, pero sabía que de hacerlo me expondría a sufrir la ceguera de nieve, pero no tenía opción, así que me quité los lentes para ver

dónde estaba pisando. Tuve que concentrarme en extremo, pues los ojos se me cerraban por el dolor. Pensé mucho en la expedición de Scott en 1912, cuando se quedaron a pocos metros de donde estaban sus víveres. Avanzamos lo más rápido posible y por fortuna pronto dejamos las señalizaciones y nos acercábamos al C-3. Al llegar ahí, salté y canté de alegría. Un paso más... una cumbre más; se había alcanzado la cima, ahora había que regresar a casa, el viaje aún no terminaba; bajamos al campamento base y ahí pude hacer unas llamadas a casa, en donde me comunicaron que tendría una serie de entrevistas para varios medios de comunicación. Y que el entonces Presidente de la Republica, Vicente Fox, me llamaría en los siguientes días.

La avioneta que vendría por nosotros para transportarnos a Patriot Hills tardaba, los días pasaron y la comida se estaba agotando, sin embargo el animo entre los compañeros era tan positivo que se iniciaron juegos de beisbol, improvisando un bate con un bambú que usábamos para la señalización y un poco de cinta enrollada como pelota, poco a poco los equipos crecieron así como la pelota a la que se le adicionó un trozo de colchoneta y más cinta de aislar hasta convertirla en un balón de volibol y después de futbol americano: el ambiente era inigualable, una gran experiencia. Las horas en mi tienda me servían para apreciar la tranquilidad del silencio y la felicidad de haber visto mi sexta cumbre, el Vinson.

La avioneta llegó por nosotros y ya en Patriot Hills recibí la llamada del presidente Fox, me dio gusto que el primer mandatario de mi país hubiera tenido ese detalle conmigo, los compañeros de otras nacionalidades quedaron impresionados.

Nuestra partida estaba planeada para el 12 de diciembre, sin embargo las cosas empezaron a complicarse, el avión donde íbamos a viajar había tenido problemas. Luego nos avisaron que se iba, el clima impedía aterrizar al avión en el continente, no sabíamos cuando se abriría la ventana de buen tiempo para que pudieran venir por nosotros. Intentábamos ser positivos, yo llevaba una encomienda de un patrocinador que me pidió que analizara el comportamiento de los miembros del equipo en caso de que las condiciones impidieran lograr el objetivo, y el manejo de la frustración. Creí que eso sucedería en caso de no lograrse la cumbre, pero nunca pensé que la mayor frustración fuera la incertidumbre de no saber cuanto tiempo permaneceríamos ahí; podía ser un día, una semana o un mes. Como todo en la naturaleza, se inició el proceso de selección natural, las personas más negativas se reunían para quejarse y otros sólo pasaban el tiempo, yo decidí unirme a los que no sólo pasaban el tiempo sino que estaban pasándola bien y con buen animo. El grupo comenzó a dividirse. Había quienes pasaron de los comentarios negativos a una actitud de buscar con quién desquitar su enojo y buscaban pleito, otros sólo querían pasarlo lo más tranquilo posible.

Era increíble, la mayoría estaba preparada para pasar frío e incomodidades, para cargar pesadas mochilas en la espalda y para trabajar en equipo en situaciones poco favorables, sin embargo no podían manejar la frustración y tomar con mejor actitud la espera, a fin de cuentas era la naturaleza la que estaba diciendo cuando sí o cuando no. Me di cuenta de que la tolerancia y la paciencia son las mejores compañeras, que sin ellas la gente puede perder su centro y llegar al límite. Decía Shakespeare: “Qué pobres

deben ser que ni siquiera tienen paciencia.” Las personas están dispuestas a soportar carencias, mas no a que las cosas no salgan como quieren.

Fue después de 15 días que llegó el avión por nosotros. Los días de espera me permitieron conocer mejor a mis compañeros, hablamos de nosotros, de lo mejor y lo peor en nuestras vidas, de lo que en ocasiones nos costaba ver, de la visibilidad cero en ciertos momentos. Durante esos días mi visión de muchas cosas cambió por completo. Todo lo que tenía y lo que había visto como maravilloso dio un giro de 180°. Las pláticas con mis amigos me habían hecho ver cosas que antes no me había dado cuenta, por ejemplo, vi con toda crudeza la terrible competencia que se había dado en mi matrimonio, el hecho de que mi esposo y entrenador no hubiera logrado la cima de El Everest lo hacia descargar contra mí mucha de su frustración, cayendo en terribles faltas de respeto que yo aceptaba pensando que era normal pues había mucho dolor, ahí me di cuenta de que una cosa es la frustración y otra las faltas de respeto. Entendí porqué mi marido no quería que fuera al Polo Sur, el porqué de sus enfermedades y su constante “auto sabotaje”. La claridad de la Antártica me permitió ver el hielo en que realmente se basaba mi relación.

### Palabras clave

**Estrategia.** Ascender una montaña sin una estrategia es una acción imprudente y siendo que el montañista no es un suicida potencial que busca ponerse en peligro, tener un plan detallado de acciones a realizar en un tiempo determinado es lo que te garantiza el regresar vivo, en “ESTILO”, pues el viaje es de ida y vuelta de forma integra.

### VIVENCIAS

Mi experiencia en el monte Vinson me enseñó que el compromiso es una herramienta fundamental para alcanzar los sueños y que estos se consiguen con base en el trabajo y la perseverancia. Aprendí:

- Que la naturaleza es la gran maestra y que cuando nos damos la oportunidad de asistir a sus aulas, nos puede transformar con el simple hecho de contemplarla.
- Que no deben distraernos ninguna cima falsa, pues en la vida como en la montaña nos toparemos con cosas que parecen ser la meta y, desafortunadamente, no lo son.
- Que la tolerancia y la paciencia son dos herramientas muy importantes que nutren y cultivan el compromiso y que siempre deben estar por encima de enojos o desesperación.
- Que con visibilidad casi nula llegué a la cima de la montaña y a pesar de eso, el dedicársela a mi hija me ayudó a ver muchas cosas que antes no podía ver con

claridad.

## SÉPTIMA MONTAÑA

### CARSTENSZ, LA GRAN MONTAÑA DE LA PACIENCIA

*Fija tu atención en ti mismo,  
sé consciente en cada instante de lo que piensas,  
sientes, deseas y haces.*

GURDJIEFF

#### Ficha técnica

Continente: Oceanía

País: Indonesia

Cadena: Sudirman

Altura: 5642 metros

Rutas principales: Ascensión por hielo, nieve y roca, por la cara norte y por la arista oeste

Autor del primer ascenso: Heinrich Harrer (representado por Brad Pitt, en *Siete años en Tibet*), Russell Kippax, y Albert Huizenga

Fecha del primer ascenso: 13 de febrero de 1962

Otros nombres: es también conocido como Puncak Jaya (en indonesio Puncak significa “pico” o “montaña”, y Jaya significa “victoria”, “victorioso” o “glorioso”). Es llamado también “Puncak Sukarno” o “Pico Sukarno”, así como “Pirámide de Carstensz”

A mi regreso del Vinson mi vida dio un giro, el éxito en la cumbre y mi sexta montaña fueron demasiado para mi pareja, estaba muy enfadado conmigo y muy frustrado por sus intentos fallidos en la montaña, eso tuvo como consecuencia mi separación, Valeria tenía un añito y medio y yo estaba embarazada de mi segunda hija. En febrero del 2003 cuando aún yo no me percataba de mi embarazo ya estaba lista para viajar a Carstensz, en Oceanía, sin embargo los movimientos políticos y las luchas internas entre indonesios e indígenas cerraron el acceso a extranjeros.

Pasó un año y la oportunidad parecía darse de nuevo, me preparé y ya con todo empacado y a un día de subirme al avión me indicaron que se volvió a cancelar el permiso por la inseguridad que se vivía en Papúa Nueva Guinea, perdí el vuelo y regresé los patrocinios, ya no se sabía cuando podría volverse a abrir. Yo quedé en lista de espera, había que seguir entrenando y estar lista por si me llamaban diciendo que la oportunidad se daba. En el inter mi montaña ahora era otra, salir adelante sola con una pequeña de 2 añitos y una bebe de un año; mi madre murió a los pocos meses del nacimiento de Maria Regina, así que fue un año muy difícil para mí, lleno de pruebas personales pero también me permitió descubrir la bondad en muchas personas.

A principios de agosto de 2005 (dos años de espera) recibí una llamada que me decía que se abrió la posibilidad, que sólo hay 10 lugares permitidos y que de acuerdo a la lista de espera podría participar pero debería de ser en septiembre, el costo del permiso y del ascenso se había incrementado 200%, así que tenía sólo 30 días para conseguir los recursos económicos, ordenar mi vida y alistar todo para cumplir con la última montaña que coronaría el Gran Slam, amigos y amigas me dieron su apoyo, fue increíble como recibí el cariño y la ayuda de muchas personas, la familia Rebollo, Huerta, Goirand, Platas, Rodríguez, todos ellos me dieron muchas fuerzas para seguir con el proyecto.

Previo a mi partida hacia Carstensz en Oceanía, los preparativos me abrumaron. Entre contestar una llamada de la radio, entrevistas, dejar a las niñas en casa de Ada Huerta, empacar los últimos detalles, recoger diversos enseres e ir yo misma por mis banderines horas antes de tomar el vuelo, todo fue una locura. A pesar de ello, llegamos temprano al aeropuerto donde me esperaban los medios de comunicación. Durante las entrevistas, les confesé que no había encontrado la bandera de México que siempre llevo a mis viajes.

Me sorprendió la presencia de Esperanza Platas quien llevó los documentos de Cumbre Seguros, de pronto me vi firmando mi contrato en el Food Court, un patrocinador que me aseguraba durante mi expedición y que siendo ahora madre de dos hijas era muy importante para mí dejar eso firmado aunque fuera en el último minuto. Ya solos, Gerardo, un amigo desde hacía 17 años y yo caminamos un rato, su apoyo para mí era muy importante, nos conocíamos desde la preparatoria y la amistad con él y su familia ha sido muy significativa en mi vida.

Cuando la hora de despedirme llegó, me entraron unas ganas de llorar casi incontenibles, ahora dejaba a mis dos pequeñas, tenía que ser fuerte. Mi buen amigo y compañero me abrazó. “Sube esa montaña y regresa bien, ya que hay que subir otras montañas”, refiriéndose a mis hijas. Mientras yo avanzaba hacia mi destino, él se quedó ahí, con Esperanza y todos los demás.

Ya en el avión nos informaron que habría una revisión de rutina por razones de seguridad. No pensé en nada malo, ni me asusté ni me puse nerviosa, me sentía tan cansada que sólo me dormí, el retraso había sido de casi 2 horas y yo ni lo sentí, sin embargo tenía que hacer una conexión en los Ángeles, y debido al retraso que había tenido mi vuelo anterior apenas me alcanzó el tiempo para abordar el segundo avión.

Llegamos a Singapur cuarenta minutos antes de lo previsto, así que me dispuse a hacer unas llamadas a mis hijas, mandar unos correos y comprar algunas cosas. Mientras veía

fotos de mi familia se acercó a mí Guy Cotter, Neozelandés a quien había conocido en el Cho Oyu hacía muchos años y con quien escalé en Nueva Zelandia en uno de mis viajes, él sería líder de nuestra expedición. Estuvimos platicando de varias cosas, entre ellas me comentó que se había enterado de mi divorcio. En la sala de abordar conocí a otro compañero del equipo, el cual se portó serio y reservado. El grupo poco a poco se iba reuniendo.

Antes de desembarcar Guy me preguntó si mi agencia de viajes no había hecho alguna aclaración respecto a mi visa, le dije que pregunté y me habían informado que México no requería de visa, él me dijo que para Nueva Zelandia e Inglaterra sólo había que pagar un visado a la entrada de Indonesia.

En 2003, cuando planeaba hacer un expedición al Carstenz investigué todos los requisitos para llegar allá, entre ellos supe que los mexicanos no necesitábamos visa. Más tarde compré un boleto de avión pero todos los permisos para acceder a la pirámide de la montaña fueron cancelados. Y diez meses antes de partir en 2005 volví a revisar todo, por eso estaba segura de que iba con toda la documentación necesaria, que no tendría problemas.

Cuando bajamos del avión el cambio de clima se sintió muchísimo, nos recibió un calor intenso que no aquietó mi emoción. Nos formamos en la fila para pagar la visa y quedara todo en orden. Sobre las ventanillas había pegadas unas listas que indicaban los países que podían pagar veinticinco dólares por la visa. Cuando llegó mi turno, leí la lista y México no estaba incluido, no quise preocuparme, sin embargo al momento que revisaron mis pasaporte, de inmediato llamaron a Migración. Me quitaron los boletos y me pidieron que esperara.



**En espera de que nos recoja el avión, mientras jugamos beisbol con un bambú y cinta enrollada. Elbrus,**

**Rusia.**



**En la cima del Kilimanjaro.**



**Cerca de las Independence Mountains. Antártica, 2002.**



**Disfrutando del Océano congelado, Antártica.**



**En un breve descanso rumbo a Camp 2, en Vinson, Antártica.**



**Durante el trayecto a Camp 1, en Vinson, Antártica.**



**Jalando nuestros trineos rumbo a Camp 2 en Vinson, Antártica.**



**Esperando a mis compañeros de cordada, disfrutando de la travesía en la Antártica.**



**En Patriot Hill, base de llegada a la Antártica, con los guantes de un amigo, hechos de piel de perro.**



**Antártica, 2002.**



**Mi jardín en la Antártica.**



**Mt. Shin, frente al Macizo. Vinson, Antártica.**



**Mi tienda y mi bandera. La barda la construimos con bloques de hielo para protegernos de los fuertes vientos.**



**En la cima del Vinson, con la imagen de la Virgen de Guadalupe.**



**En la cima de Vinson, poniendo la bandera de México en alto.**



**Las nieves del Carstensz, la cima de Oceanía.**



**Vista desde el helicóptero de la Mina de Oro, en Papúa Nueva Guinea.**



**Rumbo a Papúa Nueva Guinea**



**Practicando con mi equipo en la cochera del hotel. Carstensz, 2005.**



**Vista desde la avioneta, llegando a Papúa Nueva Guinea.**



**En el campamento de Zebra Wall.**



**Rumbo al primer campamento. Carstenz, 2005.**



**Carstenz a mis espaldas.**



**Saliendo de mi tienda en el Camp Base, Carstensz.**



**Esperando para iniciar el ascenso. Carstensz, 2005.**



**De regreso del Carstensz, en Timika.**



**En la cima del Carstensz, punto donde se concluye el Gran Slam.**



Aquí con mis hijas: la montaña más importante de mi vida.

### **“TODO VA A ESTAR BIEN”**

Sin entender bien lo que sucedía estaba tranquila, seguramente todo podía solucionarse en el momento y yo continuaría mis planes. Sin embargo, la persona de migración de forma muy amable me dijo que México es uno de los países que requiere visa para ingresar al territorio, así que para entrar debía regresar a mi país y tramitar la visa, pues de otra forma no podía permanecer en la isla. Insistí en que podía comprar la visa, pero los trámites no se hacían así. Una solución posible que me propusieron fue ir a la embajada de Indonesia en otro país y ahí hacer lo correspondiente. “¿Que regresara?” Mis ojos ante esta frase se abrieron impresionantemente: “¿Queeeeeeeeeé?”, pensé.

¿Cuándo habían cambiado los requisitos? Meses antes yo había revisado todo y la

agencia no me había informado de nada. Sucedió que México había votado en contra de una iniciativa de Indonesia ante la Organización de las Naciones Unidas y como respuesta, dicho país vetó a México, justo cuatro meses antes de que yo llegara ahí.

Con tranquilidad y una sonrisa la persona que me atendía me dijo que regresara a Singapur en el mismo vuelo que había llegado, pues no había otra opción. Guy trató de arreglar las cosas, pero nada funcionó. Tomaron mis maletas y las regresaron al avión, tomaron mi boleto y me dieron un pase de abordar. Mi líder me miró antes de que me fuera, “veré cómo puedo ayudarte. No te preocupes”, intentó consolarme. “Todo va a estar bien”, le contesté.

Tenía la certeza de que ese asunto se resolvería. Al subirme al avión una persona me acompañó hasta mi asiento, todos se estaban comportando lo más amable posible. Me dijeron que al llegar a Singapur alguien me daría todas las indicaciones necesarias para arreglar mi problema lo más pronto posible.

Era increíble que después de treinta y nueve horas de vuelo volvía a ese mismo avión y en tres horas y media estaba ya en Singapur. Sin poder hablar con nadie ni sacar nada. Sólo podía rezar, pues en el fondo estaba segura de que esto era una prueba más en mi vida.

En Singapur no había nadie conocido que me pudiera ayudar o por lo menos escuchar. Estaba en un país que apenas conocía, en una complicada situación porque iba hasta allí a pedir la visa para otro país sin todos los documentos necesarios y sin mucho tiempo.

Los vuelos de Singapur a Manado sólo salían los lunes, miércoles y jueves, así que si no lograba resolver todo antes del jueves, llegaría el viernes a Manado justo cuando la expedición habría partido. Eso me angustiaba, porque cada hora era fundamental, no podía darme el lujo de dejar pasar mi oportunidad esta vez. Sí, me sentía sola y muy mal, pero no perdía la esperanza, juntaba mis manos y rezaba para que todo saliera lo mejor posible, eso era lo que estaba a mi alcance.

En uno de los libros que había cargado para el viaje estaba escrito: “No podemos estar a expensas de lo exterior”, que eso no debe ejercer alguna presión sobre nosotros. En fin, sin poder dormir ni un minuto y con tantas horas de vuelo en mi cuerpo, me asaltó un dolor de cabeza y me sentí fatigada.

Pensé que lo más sensato era buscar la embajada de México. Conseguí la dirección y el teléfono de la embajada. Después tuve que buscar una habitación para alojarme en una lista de más de cincuenta hoteles, pero para mi desgracia sólo había lugar en hoteles cinco estrellas muy caros. Lo más importante era descansar, pero tenía que administrar bien mis recursos. Si quería regresar a Manado el viernes, tendría que comprar el boleto en ese momento. El costo del boleto era de 1,723 dólares, más de lo que había costado el boleto de México a Manado (1,300 dólares). “¿Queeeeeeeeeeeé?”

Encontré lugar en el Four Season, donde la habitación costaba alrededor de 2,000 pesos por noche, tenía que hacerlo. Al llegar ahí, de inmediato le marqué a Gerardo pero no lo encontré. No sabía qué hacer, mandé correos, recé, pedí ayuda y orientación sobre los requisitos. Era tarde y las embajadas ya habían cerrado, no había posibilidad de arreglar nada hasta el día siguiente.

La ayuda de grandes amigos no se hizo esperar, mis amigos en México se pusieron en contacto con Relaciones Exteriores, Erika llamó a la embajada de Indonesia y buscó en internet toda la información requerida. Me mandaron cartas de recomendación, tanto para la embajada de México como de Indonesia. Desde Manado, Guy estaba buscando apoyo, esperando a que fuera de día para ponerse en contacto con la embajada. En su llamada telefónica, Gerardo me dijo: “Sal y lucha. Lleva esa arma que nadie puede resistir, tu sonrisa.” Las palabras de Gerardo me dieron más fuerza, porque sostenían uno de los ideales por los que he luchado en la vida: la confianza. Estaba convencida de que todo saldría bien pues tenía toda mi confianza puesta en Dios: “Jesús, confío en tí”, me repetía constantemente. El trabajo en equipo, en el que tanto creo, funcionó una vez más. Ahora no me tocaba observarlo en la montaña sino en la vida cotidiana, personas que me querían luchaban desde sus posiciones por el sueño de alguien más.

Sin quererlo, de pronto estaba sola en aquella habitación reflexionando acerca de todo lo que había pasado. No sólo hablo de los asuntos relacionados con la visa, sino de las enseñanzas de Gerardo, de la “quinta ley”, de cómo debíamos actuar conforme al orden y a las reglas. También medité sobre mi divorcio y las firmas para que todo quedara resuelto. Pensé en los viajes que había realizado hasta entonces, en los muchos países que he conocido. Y me di cuenta de que fue en una pequeña isla donde la vida me recordó que si no cumplía con las reglas y el orden establecido las cosas no funcionarían. Carstensz era la “montaña más pequeña” en altitud dentro de mi proyecto “Las siete cumbres”, y sin embargo se había convertido en la más grande en enseñanzas de vida.

Nunca quité la sonrisa de mi boca, pues me recordaba la esperanza y la confianza en Dios. En Singapur encontré personas que me ayudaron desinteresadamente, recuerdo al joven que me asistió con la impresión de documentos y las fotografías, una mujer que me guió hacia la embajada de Indonesia, etcétera. Mientras esperaba mi turno conocí a personas de distintos lugares del mundo con las que platicué. Era sorprendente, todos sonreían como yo. Cuando llegó mi turno, se me hizo fácil decir que la embajada de México... cuando de pronto la persona que me atendía me interrumpió diciendo: “Aquí es la embajada de Indonesia, país diferente, gobierno diferente”, completó molesto. Pero yo retomé lo que estaba diciendo: “En la embajada de México me comentaron que aquí son muy amables y que usted es el único que puede ayudarme.” Le mostré mis documentos, pero aún así me explicó que si no tenía boletos no podía darme la visa, además de que el procedimiento tardaría por lo menos tres días hábiles. “Regrese el lunes con el boleto y después de tres días obtendrá la visa”, concluyó.

Me quise morir. Con lágrimas en los ojos, ya desesperada le expliqué que si no llegaba al día siguiente a Manado mi equipo saldría a la expedición, le conté que había esperado cuatro años para estar ahí, que por favor...

Con mirada atenta seguía mi historia, al final me dijo que llevara una carta de mi embajada y el boleto para poderme ayudar. Le expliqué que no me venderían un boleto sin visa. “Yo la ayudaré”, decidió. Salí corriendo a la embajada, tomé un taxi y, para colmo de males, quien conducía estaba de mal humor, me dijo que por estar más lejos no me cobraría lo que marcaba el taxímetro, si no un poco más, lo cual ya no me importó.

Le hice la plática mientras él conducía y al final estábamos riéndonos y bromeando.

En la embajada de México me recibió Héctor Noriega quien amablemente redactó la carta que necesitaba. Sólo detalles y atenciones recibí de las personas de la embajada. Incluso me prestaron un celular para que estuviera comunicada con ellos y con la agencia de viajes en todo momento. Su amable disposición me demostró el valor del trabajo y el compromiso con la gente. Gracias a la embajada conseguí un boleto redondo a Manado en 360 dólares, el cual me habían cotizado en 1,723 dólares. Esperé la confirmación del boleto y cuando la tuve me dirigí de inmediato a la embajada de Indonesia.

Esperé un tiempo y por fin me dieron la visa. Salí de ahí feliz. Ya en el hotel mandé correos a Guy y a México, después salí a caminar. Entonces sí, empecé a disfrutar mi viaje.

Las atenciones del personal del hotel me hacían sentir muy contenta. Estaba realmente agradecida con Dios, por su bondad y su grandeza, por llenar con detalles y flores aquel tropiezo. El día de mi salida estaba emocionada y nerviosa, porque iba acercándome al objetivo del viaje.

### **RETOMANDO EL CAMINO CON ORDEN**

Después de las tres horas y media rigurosas de vuelo (que ya conocía), aterrizamos en Manado. Corrí para ser la primera en Migración. Las personas que atendían me reconocieron y me saludaron. Para tener recuerdo de ello, les pedí que se tomaran una foto conmigo.

Al encontrarme con Guy me dijo que ese mismo día partiríamos a Biak, así que no tenía caso pagar hospedaje, que podía usar su habitación para reordenar mi equipaje y, si quería, darme una ducha. Cuando me vieron llegar, el resto del equipo se puso contento por ver que sí había conseguido alcanzarlos. Ese sentimiento de compañerismo me dio buena vibra.

Después de una reunión de equipo en donde nos explicaron que debíamos distribuir nuestro equipaje en dos mochilas grandes, una la llevaríamos al Campamento Base, llamado Zebra Wall por tener una pared con rayas negras y blancas que simulan la piel de este animal.

Nos reunimos en el lobby a media noche, pues teníamos que salir en el vuelo a Biak casi a las dos de la mañana. Había varias cosas que estaban restringidas. No podíamos tomar fotografías de los aborígenes sin una autorización previa de ellos y sin haber llegado a un acuerdo en el precio que se pagaría por foto; si no se respetaba eso, podíamos tener serios problemas. Asimismo no podíamos caminar solos por el área. Había un campamento tailandés al cual tampoco debíamos acercarnos, pues ellos lo tomarían como un peligro y podrían atacarnos. En 2003 cuando se cerró el acceso a extranjeros fue porque en una pelea le dieron muerte a una persona y un norteamericano fotografió la escena y las imágenes fueron publicadas en televisión, eso fue visto como una afrenta grave al país, por lo que ahora estaban muy resentidos y en contra de visitantes extranjeros. Entre las indicaciones, nos dijeron que lleváramos agua

embotellada. En resumidas cuentas, teníamos que seguir el orden.

Ya en el aeropuerto, el tiempo pasaba y no veíamos movimiento. Después de tanto esperar nos avisaron que el vuelo se había cancelado debido a una huelga en protesta al alza de la gasolina. Entonces regresamos al hotel.

Paciencia fue la palabra clave de ese viaje. Anteriormente los planes habían salido casi como yo lo esperaba, y ahí todo era diferente. Entendí que hay veces que los planes cambian de un momento a otro, por ello es fundamental estar dispuesto a vivir en “el aquí y el ahora”.

Mientras esperábamos buenas noticias relacionadas con el vuelo, nos ofrecieron ir a bucear a los arrecifes. Un pequeño bote nos llevaría a la isla donde nadaríamos. La vista era sorprendente. Después de adaptarme al *snorkel*, pronto me encontré en un lugar maravilloso. El mar cristalino y los colores brillantes que nos ofrecía la naturaleza en esa parte del mundo me enseñaron la diversidad que existe en el planeta. No todo está visto, siempre hay algo de que sorprenderse. Había una variedad de peces que nunca había observado, sus combinaciones en negro, naranja, rojo, amarillo y hasta morado con verde fosforescente nos daban la bienvenida. El reflejo del Sol en las formaciones vegetales en la pared me hacían sentir fuera de este mundo. Supe que dentro también encontraría realidades, maravillas y belleza.

“Aquí estoy, en una isla en el Pacífico. En un paraíso maravilloso, viendo miles de pequeños seres. Acogida por otra clase de silencio, no aquel que ya había experimentado en las cumbres del planeta, ahora en la profundidad bajo el agua, donde todo parece tan armónico y sabio”, pensaba.

Yo iba a escalar, a subir el punto más alto de ese continente, e inicié mi aventura buceando en ese increíble fondo de mar, tal y como las montañas se inician, de las profundidades de la Tierra a la superficie. Así son los retos, nacen de lo profundo de nuestros anhelos y nos exigen llegar cada vez más alto. Qué grande es Dios y qué inmensa es su voluntad.

Después nos llevaron a otra isla y bajo una palapa austera y sencilla comí el mejor pescado de mi vida, fresco y exquisito frente al mar, era simplemente un lugar excelente. Regresamos al hotel a esperar la fecha de salida. Para nuestra sorpresa sería aquella misma noche.

Era increíble, a pesar de los obstáculos en el camino, en el fondo de mí estaba confiada de que todo saldría bien. Las decisiones no estaban en mis manos, pocas veces había dejado que las cosas así sucedieran. Lo mejor es estar en el punto medio de las dos posibilidades, decidir por cuenta propia y dar a los demás la oportunidad de tomar decisiones.

Ya en el aeropuerto las noticias cambiaban una y otra vez. El plan inicial del recorrido era: Manado-Biak-Nabire-Anarotari-Zebra Wall-BC. Pero de última hora nos avisaron que iríamos directamente al BC. Guy se preocupó por las posibles afectaciones a la aclimatación que sufriría el grupo. En fin, los planes ahí cambiaban, del plan A, B o C, ya habíamos pasado al plan W o Y.

Vólamos a Biak y luego a Nabire y las complicaciones otra vez se presentaron.

Quienes nos podrían llevar a la montaña tendrían que hacerlo en pocos días pues su visa expiraría pronto, así que mejor buscamos más opciones de pilotos. Otro día no pudimos salir porque estaba lloviendo mucho y ese clima no era benéfico para el vuelo. Nadie nos decía algo con certeza, estábamos en una completa incertidumbre. A pesar de ello nuestro grupo era muy agradable, cada uno con un estilo particular, unos de gran humor, otros de humor más ácido.

Yo sabía en el fondo que iba a subir la montaña, que Dios me permitiría vivir esa experiencia. Estaba consciente de que los tiempos de Dios muchas veces no son los tiempos del hombre, por ello la paciencia era fundamental. Debía estar abierta a la oportunidad y no más.

Llevábamos ya cuatro días de retraso. Por fin el 5 de octubre de 2005 salimos hacia la montaña. De todos modos se respiraba un ánimo escéptico por las constantes cancelaciones, de cualquier forma yo sabía que aquel día sí sería el bueno. Estaba muy contenta porque en Anarotari podríamos ver a los aborígenes y yo siempre había tenido la inquietud de conocer esas comunidades, de ver cómo es el lugar que habitan, sería una sensación emocionante viajar en el tiempo, ya que en pleno siglo XXI estar en una tribu donde se practica el canibalismo, definitivamente era toda una experiencia.

Después de hora y media de espera abordamos el avión. Desde las alturas podíamos observar las montañas, los lagos y un terreno pantanoso, así como a la población. El vuelo duró alrededor de cuarenta minutos. Cuando bajamos mucha gente se acercó a nosotros, sin embargo nos advirtieron que no dejáramos que nadie cargara nuestro equipaje pues desaparecería en cuestión de minutos.

De ahí nos condujeron a un pequeño y modesto hotel para descansar. Salimos a caminar un poco por los alrededores, siempre haciendo caso de las recomendaciones de nuestro guía de no alejarnos mucho del hotel.

En el paisaje había varios fuselajes de avión estrellados o dañados. Al día siguiente un helicóptero pasó por nosotros. Con rapidez y el mayor orden posible subimos el equipaje al helicóptero y nosotros también, ocupando los espacios libres entre maletas, bultos y cosas, nos sentíamos apretadísimos unos contra otros.

Llegamos al Zebra Wall, ahí estaba esa gran pared con líneas negras y blancas, bajamos algunas mochilas y el resto se las llevaron como se había planeado desde un principio. Cerca del lugar funciona una mina de oro donde trabajan alrededor de 5000 personas en condiciones lamentables, casi como esclavos. Ellos salen una vez al año a ver a sus familias. Existen estrictas condiciones de seguridad, por ello está prohibido acercarse, intentar pasar o caminar por ahí. Los aborígenes están en contra de la gente que trabaja en la mina y cuando estos salen han sido acribillados por los miembros de las tribus.

Al llegar se nos acercaron dos oficiales e interrogaron a nuestro oficial de enlace, Franky. Todo parecía en orden, se habían cuidado mucho la obtención de los permisos y autorizaciones, pero pronto regresaron con cuatro oficiales más, los cuales hicieron más preguntas y se fueron. Mientras instalábamos nuestras tiendas llegaron los de seguridad pero con dos policías. El encargado habló con Franky, le dijo que teníamos que ir a

Timika a registrarnos con las autoridades ya que permaneceríamos más de veinticuatro horas en su distrito. Pero nosotros estábamos en la montaña, a mitad de la nada. No obstante, ellos consideraban ese espacio su distrito. En pocas palabras, tendríamos que salir inmediatamente de la montaña.

Otra prueba más de paciencia, prudencia y templanza. Después de mi experiencia en Singapur, yo estaba muy tranquila. Luego de horas y horas de negociación, dijeron que nos permitirían cruzar la mina, más adelante nos encontraríamos con el camino a Timika, si todo salía bien, estaríamos en seis horas en la oficina de policía para hacer los trámites correspondientes y, al día siguiente regresaríamos al Zebra Wall.

Empacamos todo, ya habíamos aceptado acatar las reglas (seguir la ley y el orden establecidos), iríamos todos a Timika. Al final se acordó que sólo Franky fuera a registrarnos, él llevaría consigo nuestros documentos oficiales y regresaría en unas horas con el permiso y nuestros pasaportes, se los entregamos y se dispuso a cumplir con los permisos. A nosotros no se nos permitió pernoctar en Zebra Wall, De cualquier modo tendríamos que mudarnos al Campamento Base, porque no podíamos permanecer cerca de la mina de oro.

Cargamos nuestras mochilas hasta el BC. Para entonces sentía un fuerte dolor de estómago a causa del cambio en la alimentación y el ayuno involuntario que había hecho aquel día. Llovió sin parar durante el camino, y al cabo de un rato llegamos al BC, por la lluvia todo se hacía más pesado. Levantamos las tiendas, desempacamos de nuevo nuestras cosas.

Al día siguiente el clima fue perfecto, el cielo estaba despejado y soleado, para mí fue una buena señal para agradecer a Dios la oportunidad que tenía ante mis pies. Después de muchos intentos pude comunicarme con Valeria. “¿Cuántos días más mami? ¿Cuándo vas a venir?”, sus preguntas me partieron el corazón. De verdad moría por abrazar a mi hija, por besarla. Extrañaba a las dos, sólo que Regina era aún muy pequeña para charlar por teléfono y expresarse con palabras. “Ojalá un día podamos escalar todas juntas”, pensé.

Hicimos el reconocimiento de la ruta, planeamos la hora de salida de la expedición y tomamos fotos. El domingo, día de la cumbre, llovía a cántaros. Las palabras de Thomas Kempis se asentaban en mi mente: “Nos aprovecha tener dificultades y contrariedades porque sirven para que uno entre en sí mismo y reconozca que es un desterrado y no ponga sólo su esperanza en ninguna cosa solamente terrenal... Porque entonces nos dirigimos con más devoción a Dios”. Entonces, valía la pena seguir luchando con fe.

Guy nos convocó a una plática en la que quedaron claros los últimos detalles del ascenso: mantener nuestra temperatura corporal para evitar la hipotermia, comunicación constante entre todos, sobre todo en las cuerdas fijas, doble chequeo de los mosquetones, uso de casco, etcétera. Y dejó de llover...

Los nervios y la emoción se combinaban en mi cuerpo, sabía que no era algo nuevo para mí, pero debía ser muy cuidadosa en los rapeles, pues habría varios. Tanto el cansancio como la lluvia podían ser factores en contra.

Le dediqué a Dios mi última cumbre, pues era el cierre de un proyecto de muchos

años que tenía que concluir con un ascenso y descenso exitoso. Y recé:

*Tú, Padre Santo, que me has acompañado en todos y cada uno de mis ascensos, que me guías en cada paso y que, a pesar de las adversidades, siempre estas conmigo, a ti, Señor, que no me dejaste nunca en los momentos más difíciles de mi vida, en mi soledad durante el embarazo de Regina y en el parto, que hace pocos meses me permitiste estar acompañada de mi madre en sus últimos alientos de vida, que me diste fuerza cuando ya no podía... En este año que ha sido uno de los más duros para mí, que me diste fe cuando el panorama parecía oscuro, que siempre pusiste personas buenas a mi alrededor a pesar de quienes querían lastimarme y hacer daño... Por ti, por este año tan significativo, es mi ascenso. Amén.*

Qué mejor cierre de cumbre, qué mejor dedicatoria, que a la fuerza que me impulsó siempre, al poder que nunca me abandonó y que me enseñó lo maravilloso de la vida: Dios.

Había dejado de llover y la noche estaba clara, incluso podían apreciarse las estrellas. Empezamos a caminar alrededor de las 3:15 de la mañana. Me sentía fuerte, cargada de fuerza pero un poco nerviosa. Poco a poco, al entrar en calor, me fui equilibrando, en mi mente no dejaba de agradecer a Dios por el clima y la oportunidad. Mis pasos eran para y por Él. Todo fue mejor.

Me puse el arnés y el casco, tomé un poco de agua y seguí caminando. Nuestro ritmo era bueno, constante, así llegamos a la primera cuerda que nos ayudaría al ascenso de la pared. Lo hice rápido y bien. Después subimos por una especie de callejón entre dos paredes, luego hicimos una travesía, una escalada vertical de 80°. El sol de la mañana me daba energía, sus rayos y calor me hacían sentir la compañía de Dios.

El punto más crítico sería la W, por su considerable altitud y por estar más expuesta. Era necesario revisar nuestros mosquetones a cada momento para evitar una sorpresa. La primera parte de este trecho era un descenso en rappel de 30 metros, después escalamos 8 metros donde se formaba una torre de roca de mucha exposición. De nuevo bajamos 9 metros hasta llegar a una pared de 30 metros más o menos, en donde no había posibilidad de agarre, pues estaba completamente lisa. Por momentos quedamos al aire libre. Hicimos un ascenso de cuerda con ascensores (*jumars*), lo que requería fuerza y resistencia física, pues hay que encontrar un balance y equilibrio, ya que si no es así, los músculos sufren un desgaste considerable.

Cuando fue mi turno y me quedé colgada, traté de levantarme para avanzar y hacer el ascenso. Simplemente no podía acomodarme, la rodilla izquierda no me respondía para pararme y empujar. Esa situación me presionaba, por un lado no quería atrasar a mis compañeros, pero por otro, mi rodilla estaba en problemas. Andrew y Rob se portaron pacientes y amables, buscaron ayudarme, me daban consejos. En esos momentos salió a flote mi orgullo y me jugó una mala pasada: me bloqueé, no quería escucharlos, me faltó humildad para aceptar los consejos. Lo único que conseguí fue presionarme y que mi

rodilla no respondiera. Terrible error.

Guy bajó una cuerda que me puse en el arnés para ayudarme, me dio apoyo y así la pierna pudo recuperarse rápido. Me apoyé en una polea y subí. Moralmente me sentía mal, estaba avergonzada de haber recibido ayuda. ¡Cuánto orgullo! Increíble.

La montaña como gran maestra siempre nos da lo que necesitamos, yo necesitaba reconocer que recibir ayuda no te hace menos, sino más humilde y consciente de que todos necesitamos de todos. Esta lección de humildad me dolía. “Quizás necesitas más humildad de la que crees antes de llegar a la cima”, me repetía.

Debo reconocer que tuve un momento oscuro. Me sentí insegura, ya no confiaba en mí, “¿y si mi pierna vuelve a fallar?, ¿y si no respondía?” No debía hacer caso de esas consideraciones porque tenía que seguir. Así que me concentré en mi trabajo porque la ruta se volvía más y más expuesta y no podía perder la concentración. Como parte de la rutina hicimos otra escalada en roca, todo salió bien en ese intento. Eso me dio confianza, la ruta se iba estrechando considerablemente. Roca suelta y expuesta podría resultar una combinación peligrosa.

Después de hora y media llegamos a la cima. Guy fue el primero, seguido de Barb y yo. Miré a mi alrededor, aquel horizonte era extraordinario. El paisaje era hermoso, podía ver escenas de las rutas anteriores. Era la culminación de un proyecto increíble pero real. A pesar de que no podíamos quedarnos por mucho tiempo por amenaza de lluvia, saqué de mi mochila todas las banderas con la ayuda de Guy. Nos tomamos fotografías, nos hidratamos y comimos rápidamente, también recogí algunas piedras de la montaña. Llamé a casa para compartir mi felicidad y emoción con mi familia.

Cada paso, cada oración, cada esfuerzo estaba dedicado a un logro mayor. En el Carstenz era por el alma de Valeria, mi sol, mi reto, mi alegría.

*Va por ti, mi amor –gritaba en mi interior–, por el camino en la vida que aún tienes por recorrer. Por María Regina, por que tu alma brille, mi pequeña. Por todo lo bello que tienes que vivir. Por mi madre, que esta vez no compartiría la cima conmigo, porque ya no estaba entre nosotros, pero sé que me acompaña en alma en cada paso.*

Mientras hablaba por teléfono pensaba que todavía había mucho por hacer. Muchas montañas que subir, muchas montañas en la vida, no de roca, no de hielo, sino de cosas inimaginables.

“Karla, han terminado las siete cumbre”, dijo Guy. En ese momento caí en la cuenta de que había logrado mi sueño. El ascenso había sido duro, y todavía faltaba bajar. Apenas era la mitad del camino. Antes de bajar pude comunicarme con Televisa Deportes. Esto me emocionó muchísimo, se me hizo un nudo en la garganta y a pesar de que nunca antes había llorado en una cumbre ese día no me pude contener. Mi voz se quebraba al pensar que lo había logrado, había terminado el Grand Slam, pero sobre todo, pensaba en las otras montañas, las personales las que tuve que subir previo al cierre del proyecto en todo lo que había sucedido en esos años, pérdidas, pruebas, dolor y

bendiciones.

Había mucha energía en el medio ambiente. Un fuerte trueno nos indicó que era tiempo de bajar ¡y rápido! De pronto se comenzó a escuchar un ZZZZZZZZZZZZ cada vez más fuerte, una tormenta eléctrica se avecinaba. Esa señal nos alarmó, ya que no sólo teníamos que luchar contra el agua sino que podíamos quedar pulverizados en segundos. El sonido aumentaba más y más, nos movimos rápido y bajamos precipitadamente de la cima. Cuando quise *desescalar* una pendiente, la roca en la que estaba apoyando mi pie simplemente rodó, sentí miedo, debía bajar rápido pero pisando firme y seguro, de otra forma tendría una caída de 2 km.

Descendimos y avanzamos rápidamente, 20 minutos después empezó a caer aguanieve, ahora se agregaba otro factor más de riesgo, lo resbaloso del terreno, vendrían los rappes y después la W, había que esperar a que cada quien bajara por las cuerdas y en la espera, mojados, con el frío y el viento, sería más fácil enfriarnos, además el cansancio nos hacía más propensos a una hipotermia.

Atenta me repetía una y otra vez revisar los mosquetones, dar pasos firmes, todo era muy demandante para mi concentración. Llegamos a la W y el rappel fue rápido sólo que el ascenso con Jumar sobre una cuerda mojada y mochila mojada hacían que el peso se incrementara. El viento soplaba y no paraba de caer aguanieve, cada paso tenía el riesgo de resbalar más la incomodidad de ir empapados. Finalmente llegamos a las paredes que había que descender en rappel, y la lluvia empeoró, se formaban cascadas por donde bajábamos, parecía que estábamos practicando *cayoning* en descenso con cascada. Teníamos las manos mojadas y frías, y los guantes chorreando agua. Estaba cansada, la rodilla izquierda me dolía pues en el ascenso me golpeeé con una roca. El descenso era por turnos y había que esperar hasta que la cuerda quedara libre, de otra forma los anclajes no podrían resistir.

Finalmente bajamos a la base, completamente empapada, cansada; había que recorrer varios kilómetros hasta el campamento base, en días anteriores lo habíamos logrado en 45 minutos. Ahora, después de 7 horas de ascenso, 5 de descenso con la rodilla lastimada, empapada y con el doble de peso por mi ropa mojada, me llevo 2 horas más.

Cuando llegué al Campamento base después de concentrarme en no dar un paso en falso, no podía dejar de temblar, entré a la tienda comedor, Ripto (el cocinero), me ofreció algo de beber, quise tomar pero no pude, mi cuerpo lo rechazó, tenía náuseas y no me sentía bien, sólo quería entrar en calor, pero no tenía más ropa que ponerme, sólo una playera de manga corta, unos pantalones largos de primera capa y unos calcetines. Eran las 4:35 de la tarde y llegué a la tienda, me cambié y me metí al sleeping bag para recuperar el calor.

Guy me hizo el favor de llevarme una botella de agua caliente para meterla en mi bolsa de dormir y calentar el cuerpo con ella. Me la puse en el pecho pero mis manos y pies estaban helados y no dejaba de temblar; después de una hora empecé a entrar en calor. Mi compañera de tienda, Barb, me dijo que ella tenía mucho frío y que no había podido entrar en calor, le presté mi botella de agua y mejoró.

Tenía mucha hambre, en 24 horas había comido sólo unas galletas y nueces, mi

cuerpo me demandaba alimento así que busqué algo en mi mochila y le di a Barb un sándwich de crema de cacahuete, yo no podía comer a pesar del hambre, mi estomago no toleraba nada.

Cerraba los ojos y se venían imágenes a mi cabeza, y pensaba, baja el brazo, checa el anclaje, asegura, vuelve a revisar, anclaje, mosquetón, mi mente entraba en automático a realizar las revisiones, finalmente pude dormir.

Roxanne y Robbin no llegaban y yo estaba muy preocupada por ellas. Escuché que llegaron horas más tarde y descansé tranquila.

Al otro día desperté sintiéndome mucho mejor y mi apetito me exigía alimento, así que fui a la tienda comedor y me preparé unos huevos a la mexicana, mi compañera entró y al verlos se le hizo agua la boca, se los di y me prepare otros, moría de hambre; en eso llegaron David y Guy y me agradecieron que les estuviera preparando el desayuno, así que se los di a ellos, después de prepararles el desayuno a todos pude sentarme a desayunar, me supieron a gloria.

Pensé que el día era perfecto para descansar, así que decidí irme a mi tienda, todavía no salía del comedor cuando Guy nos dijo los planes para el día. Teníamos 1 hora para levantar el campamento empacar todo y bajar a Zebra Wall. Durante todo el viaje el cambio de planes de último minuto se estaba convirtiendo en algo habitual así que no me sorprendió, y pues manos a la obra.

Con la noticia de que los pilotos rusos del helicóptero que nos había llevado hasta la base de la montaña habían perdido su visa, la posibilidad de que vinieran por nosotros era nula.

Las opciones eran dos, atravesar el territorio de los aborígenes sabiendo que no les gustan los extranjeros y que nos poníamos en riesgo pues sus prácticas de canibalismo siguen vigentes, además de atravesar el territorio sin pasaporte ni ningún tipo de documento con nosotros, era suicida; la otra opción era ingresar a la mina sabiendo que seríamos aprehendidos y detenidos por entrar sin autorización y quizás encarcelados. Ante morir o ser encarcelados optamos por la segunda.

Uno de los ayudantes de la cocina dijo conocer a alguien en la mina y que nos ayudaría y pues al no tener alternativa nos dirigimos hacia allá.

El único problema era que debíamos cargar en nuestros hombros no sólo nuestra mochila sino el segundo bulto que habíamos dejado atrás, así que con dos mochilas, una de 20 kg y otra de 14kg, no sólo fue todo un reto hacer de las dos mochilas una sola, sino que cuando me la puse en la espalda literalmente me fui para atrás, me levante y empecé a bajar, iba pesadísima.

Inmediatamente empecé a preguntarme ¿qué tanto traje? ¿Qué metí? ¿Qué tiro?, y empecé a recordar que mi teléfono satelital, el panel, las cámaras de video las cámaras digitales, las banderas, los libros, el diario, además del equipo, pesan. Las piernas me dolían y mi rodilla aún estaba lastimada del golpe que me di rumbo a la cima, empecé a caminar con la mochila hasta que me dolió hasta el alma.

Justo cuando me había resignado, empezó a llover, así que bajamos con todo y tormenta, ahora mojándonos, pensé: “Un paso más y después uno más, siempre uno

paso más.”

Llegamos a Zebra Wall y esperamos al amigo de Ripto, el cocinero quien nos dijo que no podía hacer nada por nosotros, en eso llegó una patrulla de seguridad y Guy empezó a hablar con el patrullero, nos dijo que si nos dejaba pasar perdería su empleo.

David, Guy y Rob sacaron sus satelitales y empezaron a hacer llamadas a diplomáticos, senadores, etcétera, Guy buscaba a Franky, nuestro oficial de enlace por todas partes y no aparecía.

Rob Stein llamo a un senador norteamericano que conocía a los dueños de la mina y al consulado, y a la embajada, David buscaba a George Gepar que ocupó un alto puesto en la mina y es norteamericano, fue guía en Alaska y ahí se conocieron,

Tres países moviéndose para sacarnos de la mina, Roxanne, Robin y yo nos protegíamos del frío y de la lluvia, enlodadas hasta las rodillas, estuvimos ahí durante 4 horas. De pronto apareció otra patrulla de seguridad y Demi, nos saludó, pues ya lo habíamos conocido cuando llegamos, nos pidió que esperáramos, y así lo hicimos; el atardecer era espectacular pero no dejábamos de temblar por la humedad y el frío.

Finalmente se nos autorizó cruzar la mina y nos ayudarían a llegar a Timika, ya para entonces habíamos estado en las patrullas por más de 6 horas, nos dieron algo de comer, arroz y pollo, y lo devoramos.

Nos metieron a una oficina de seguridad y nos dejaron ahí otro rato más, totalmente incomunicados.

Nos trasladaron en camionetas, sin hablarnos, a una oficina militar para que el capitán nos diera una cartas que servirían de pase para los 4 puntos de seguridad de la mina y así salir a Timika, por momentos me sentía encarcelada, luego como refugiada, escoltada por militares indonesios sin lograr salir y sin tener idea de lo que seguía.

Después de 6 horas más, a las 2:00 am apareció una especie de tráiler negro sin ventanas, con 3 militares armados que nos hicieron señas de que entráramos al transporte, en ese instante lo bauticé como el Expreso de la muerte, sólo ver la escena daba miedo, 6 militares armados subieron con nosotros, sólo pensé que si nos dejaban a medio camino nadie se enteraría y, sin documentos, pues estábamos perdidos.

Bromeando les dije “no tienen por qué estar tan armados, sólo somos montañistas no somos peligrosos”, uno de los militares me vio y me dijo, “ustedes no, los aborígenes sí son peligrosos, las armas son para protegerlos a ustedes, hace 15 días mataron a unas personas que salieron de la mina”, en ese momento pensé, “bienvenidos ustedes y sus armas”.

Finalmente llegamos a Timika y casi amanecía, después de 4 horas llegamos a un hotel, fue volver a la civilización. El viaje de regreso sería de nuevo una prueba de paciencia, pero el riesgo había pasado.

### **Palabras clave**

**Orden**, Es fácil amar el orden en la montaña, el orden es la única forma de saber

dónde tienes cada cosa en el momento en el que la requieres, a veces puede parecer un poco exagerado pero si cada cosa está en su lugar, nos permite no desgastar energía inútilmente y lograr eficiencia en tiempo y resultados.

## VIVENCIAS

Sin duda la última cumbre cerró un proyecto de vida muy importante para mí, pero además de esto conseguí afirmar mi fe en Dios y supe que había personas que estaban dispuestas a ayudar sin pedir nada a cambio. En esta cima aprendí que:

- Es importante la paciencia, dejar que los tiempos de Dios pasen a su ritmo y no compararlos con nuestro tiempo.
- Que todo pasa, la lluvia, el cansancio, la dificultad, Todo pasa.
- Aprendí cómo una sonrisa sincera puede ser una verdadera llave que abre todas las puertas en los momentos más difíciles.
- Mi última montaña me enseñó, como ninguna otra, a vivir el aquí y el ahora,
- No era la montaña más alta, o más fría del Gran Slam, aun así fue una gran maestra que me ayudó a reconocer que todos necesitamos de todos, que siempre hay alguien dispuesto a ayudar, y que pedir ayuda y saberla recibir no te hace pequeño, sino que en la humildad está la grandeza del ser humano.
- Que el sueño que te mantiene despierto es dar un paso mas... pasos reales y así, tus montañas nunca se acaban.

## LA MONTAÑA MÁS ALTA

*El agradecido mira siempre grande el favor que recibió.*

LULIO

### EL ASCENSO PERSONAL

La montaña de nuestra vida es un reto personal, en el que nadie puede intervenir. En esta montaña hay riesgos y dificultades. El frío o el viento a veces pueden impedir nuestro ascenso, las nubes pueden nublar nuestra vista, pero con nuestro trabajo y esfuerzo, con pasos pequeños pero firmes, hay que avanzar hacia delante.

Antes de emprender una expedición es fundamental hacer un viaje a nuestro interior por medio del *autoconocimiento*, que es la facultad de saber y entendernos a nosotros mismos, así como la capacidad de averiguar las reacciones, capacidades o posibilidades que tenemos ante distintas situaciones.

Sin duda, una de las características más maravillosas del ser humano es su capacidad de pensamiento, que es el primer nivel del autoconocimiento; sin embargo, para no quedarse atrapado sólo en la actividad mental, es necesario actuar y materializar cada idea. Cuido de mi mente y de mi cuerpo; así como usamos y ejercitamos nuestros músculos, debemos utilizar nuestro cerebro, pues si no lo hacemos se atrofiará. Leer, estudiar, aprender cada día algo nuevo ejercita la mente y la mantiene con lucidez por más tiempo; incluso, esas actividades contribuyen a tener una vejez más digna y con más claridad mental.

La acción es el segundo nivel del autoconocimiento; por ejemplo, actividades como caminar, nadar, andar en bicicleta, no se aprenden pensando nada más, sino haciéndolas, es decir, practicándolas. Así, el ser humano se reconocerá en el “hacer” y descubrirá su capacidad de lograr cosas. El ejercicio físico promueve la producción y el flujo de ciertos químicos, como las endorfinas, que relajan, tranquilizan el cuerpo y nos mantienen vigorosos y llenos de energía, para una mejor calidad de vida.

Somos el resultado de nuestros pensamientos y acciones; por ello, nuestro futuro quedará marcado por los frutos del pasado y el presente.

El tercer nivel de esta escala es la alimentación. Debemos estar conscientes que ésta representa el combustible necesario para que funcione nuestro cuerpo. Cada alimento proporcionará los nutrientes adecuados para atacar las enfermedades y reforzar las defensas.

En un proyecto de vida, la montaña personal es ese propósito que involucra a todos y cada uno de nuestros propios talentos al servicio de nuestros sueños. Sólo nosotros podemos definir y elegir cuál es nuestra montaña personal, así sabremos qué tan alta, o qué tan complicada de subir es. No todo es maravilla en el camino hacia nuestra montaña personal, hay que estar conscientes de que toda decisión supone decir *sí* a ciertas cosas y *no* a todo lo demás. Pienso que sólo vale la pena vivir por lo que se está dispuesto a morir.

### Palabras clave

**Paciencia.** De niña me enseñaron que la paciencia es la actitud que lleva al ser humano a superar los contratiempos y dificultades. La montaña me enseñó que la paciencia es simplemente aceptar que no tenemos el control de todo, es diferente “soportar” que “comprender”. En la montaña nuestra pequeñez, nuestro exacto tamaño nos ubica, es fácil comprender que cuando se cambia el enfoque se puede vivir la paciencia de forma diferente, estamos a la escucha para comprender bien los mensajes que nos da la montaña, y así esperamos a que ella nos indique cuándo podemos subir.

## Y LA MONTAÑA HABLÓ...

*No es hacer lo que nos gusta,  
sino que nos guste lo que hacemos,  
lo que convierte la vida en una bendición.*

JOHANN W. GOETHE

**D**urante mis años como alpinista he visto cómo la mayoría quiere obtener éxito, mas no todos quieren poner los medios para lograrlo, o bien, no quieren pagar el precio. Es increíble presenciar cómo muchos quieren llegar a la cima, pero no todos están dispuestos a cargar su mochila, a avanzar bajo temperaturas extremas, a soportar vientos tan fuertes que hacen perder el equilibrio, o bien a sortear las dificultades más grandes. Dicen que el único lugar en donde la palabra *éxito* ocupa un lugar anterior a *trabajo* es en el diccionario, y eso es verdad. En la vida, siempre va primero el trabajo, y al final viene el éxito, siempre y cuando asumamos la responsabilidad de nuestros actos, emociones y acciones ante la vida. A esto lo llamo *autodisciplina*.

La montaña me enseñó que el esfuerzo que pongo en cada paso es lo que en realidad importa. Los tibetanos creen que la verdadera grandeza del hombre es cuando reconoce su pequeñez. Si aceptamos las cualidades y los defectos que nos hacen quienes somos, podemos empezar a trabajar con nuestras capacidades, podemos descubrir en qué somos pequeños y en qué somos verdaderamente grandes.

Además de lo que la montaña y Dios me han permitido ver, a través de la naturaleza he tenido frente a mí el rostro de triunfo y del fracaso; he presenciado lo mejor del ser humano: muestras de gratitud y humildad, pero también de egoísmo y de orgullo, mismas que me han ayudado a entender la complejidad del ser humano.

El amor es la pieza clave para entender la comunicación del hombre con su entorno. Sin el amor estamos desarmados en el mundo; no podríamos dar pasos firmes, porque el amor es necesario para creer y esperar.

Amo la naturaleza, amo la montaña y su grandeza. Así me he descubierto y me he encontrado, en su simplicidad y en sus propios tiempos, que son diferentes a los del hombre. También en su fuerza y en su generosidad. La naturaleza ha sido, y es mi gran maestra. Buscar lo bello de un atardecer, un cielo estrellado, la más grande de las oscuridades, los múltiples colores de la mañana. Debemos ir en busca de la belleza, no perder la capacidad de asombro ante lo pequeño, eso que nadie más se ha molestado en descubrir; aunque la gente nos crea ingenuos o demasiado optimistas no hay que perder

de vista nuestro objetivo. Una vez alcanzada la cima, sabes que la montaña y la vida te permiten cambiar la perspectiva, el esfuerzo y cada aprendizaje, han valido la pena.

### **Palabras clave**

**Puntualidad.** Dicen que la puntualidad es cortesía de reyes, de niña me enseñaron que ser puntal era respetar el tiempo de los demás y que llegar tarde significaba desprecio y falta de consideración. En la montaña la puntualidad va más allá de llegar a tiempo, para mí es exactitud en el dar un paso, certeza en el avance, cumplir con los tiempos significa estar cierto de que aún cuento con energía y reservas para regresar.

## Notas

[1] *Sherpa* significa ciudadano del este, tomando como referencia a El Everest. Pero también el término se aplica a personas que son contratadas como porteadores o guías.

[2] El *heliski* o *heliesqui* es un deporte extremo en el que, por helicóptero, se lleva a laderas o montañas nevadas inmensas para esquiar. De este modo se puede esquiar por laderas de nieve completamente virgen. Los instrumentos para hacerlo son especiales, por ejemplo, los esquís más anchos y más pesados que los habituales. Tanto la técnica como las condiciones físicas deben ser excelentes para evitar accidentes.

**AGUILAR**

De esta edición Wheelock.

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias.

México, 03240, D.F. Teléfono (55) 54 20 75 30

[www.librosaguilar.com/mx](http://www.librosaguilar.com/mx)

ISBN: 978-607-11-1276-7

Conversión ebook: Kiwitech

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

## **Aguilar es un sello editorial del Grupo Santillana**

[www.santillana.com](http://www.santillana.com)

### **Argentina**

[www.librosaguilar.com/ar](http://www.librosaguilar.com/ar)

Av. Leandro N. Alem, 720  
C 1001 AAP Buenos Aires  
Tel. (54 11) 41 19 50 00  
Fax (54 11) 41 19 50 21

### **Bolivia**

[www.librosaguilar.com/bo](http://www.librosaguilar.com/bo)

Avda. Arce, 2333  
La Paz  
Tel. (591 2) 244 11 22  
Fax (591 2) 244 22 08

### **Chile**

[www.librosaguilar.com/cl](http://www.librosaguilar.com/cl)

Dr. Aníbal Ariztía, 1444  
Providencia  
Santiago de Chile  
Tel. (56 2) 384 30 00  
Fax (56 2) 384 30 60

### **Costa Rica**

[www.librosaguilar.com/cas](http://www.librosaguilar.com/cas)

La Uruca  
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste  
San José de Costa Rica  
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05  
Fax (506) 22 20 13 20

### **Ecuador**

[www.librosaguilar.com/ec](http://www.librosaguilar.com/ec)

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre  
Quito  
Tel. (593 2) 244 66 56  
Fax (593 2) 244 87 91

## **El Salvador**

[www.librosaguilar.com/can](http://www.librosaguilar.com/can)

Siemens, 51  
Zona Industrial Santa Elena  
Antiguo Cuscatlán - La Libertad  
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20  
Fax (503) 2 278 60 66

## **Estados Unidos**

[www.librosaguilar.com/us](http://www.librosaguilar.com/us)

2023 N.W. 84th Avenue  
Miami, FL 33122  
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32  
Fax (1 305) 591 91 45

## **Guatemala**

[www.librosaguilar.com/can](http://www.librosaguilar.com/can)

7ª Avda. 11-11  
Zona nº 9  
Guatemala CA  
Tel. (502) 24 29 43 00  
Fax (502) 24 29 43 03

## **Honduras**

[www.librosaguilar.com/can](http://www.librosaguilar.com/can)

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán  
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626  
Boulevard Juan Pablo Segundo  
Tegucigalpa, M. D. C.  
Tel. (504) 239 98 84

## **México**

[www.librosaguilar.com/mx](http://www.librosaguilar.com/mx)

Avda. Universidad, 767  
Colonia del Valle  
03100 México D.F.  
Tel. (52 5) 554 20 75 30  
Fax (52 5) 556 01 10 67

## **Panamá**

[www.librosaguilar.com/cas](http://www.librosaguilar.com/cas)

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9  
Ciudad de Panamá  
Tel. (507) 261 29 95

**Paraguay**

[www.librosaguilar.com/py](http://www.librosaguilar.com/py)

Avda. Venezuela, 276,  
entre Mariscal López y España  
Asunción  
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

**Perú**

[www.librosaguilar.com/pe](http://www.librosaguilar.com/pe)

Avda. Primavera 2160  
Santiago de Surco  
Lima 33  
Tel. (51 1) 313 40 00  
Fax (51 1) 313 40 01

**Puerto Rico**

[www.librosaguilar.com/mx](http://www.librosaguilar.com/mx)

Avda. Roosevelt, 1506  
Guaynabo 00968  
Tel. (1 787) 781 98 00  
Fax (1 787) 783 12 62

**República Dominicana**

[www.librosaguilar.com/do](http://www.librosaguilar.com/do)

Juan Sánchez Ramírez, 9  
Gazcue  
Santo Domingo R.D.  
Tel. (1809) 682 13 82  
Fax (1809) 689 10 22

**Uruguay**

[www.librosaguilar.com/uy](http://www.librosaguilar.com/uy)

Juan Manuel Blanes 1132  
11200 Montevideo  
Tel. (598 2) 410 73 42  
Fax (598 2) 410 86 83

**Venezuela**

[www.librosaguilar.com/ve](http://www.librosaguilar.com/ve)

Avda. Rómulo Gallegos  
Edificio Zulia, 1º  
Boleita Norte  
Caracas  
Tel. (58 212) 235 30 33  
Fax (58 212) 239 10 51

**Colombia**

[www.librosaguilar.com/co](http://www.librosaguilar.com/co)

Calle 80, nº 9 - 69

Bogotá

Tel. y fax (57 1) 639 60 00

**España**

[www.librosaguilar.com/es](http://www.librosaguilar.com/es)

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

# Índice

Portadilla	2
Cita	4
Agradecimientos	5
Pasos iniciales	7
PRIMERA MONTAÑA	9
“El que se propone cosas grandes logra cosas grandes”	12
“Fiel en lo poco”	13
Vivencias	16
SEGUNDA MONTAÑA	17
Subir en estilo	19
El Everest: la cumbre más alta de la Tierra	21
Diez años después: las revelaciones	29
Vivencias	30
TERCERA MONTAÑA	31
El verdadero liderazgo	34
Prueba de amistad: encordados y comprometidos	52
Vivencias	61
CUARTA MONTAÑA	63
Los ojos al piso y el corazón a la cima	65
Las ofrendas nunca son inútiles	67
Vivencias	69
QUINTA MONTAÑA	70
De la selva tropical a la montaña	71
Relámpagos ¡a nuestros pies!	73
Vivencias	74
SEXTA MONTAÑA	75
Un poco de historia	76
¿Por qué estoy aquí? Lección de compromiso	77
“Esto es por ti...”	83
El verdadero hielo	85
Vivencias	87

SÉPTIMA MONTAÑA	89
“Todo va a estar bien”	107
Retomando el camino con orden	110
Vivencias	119
La montaña más alta	120
El ascenso personal	120
Y la montaña habló...	122
Notas	124
Créditos	125
Grupo Santillana	126